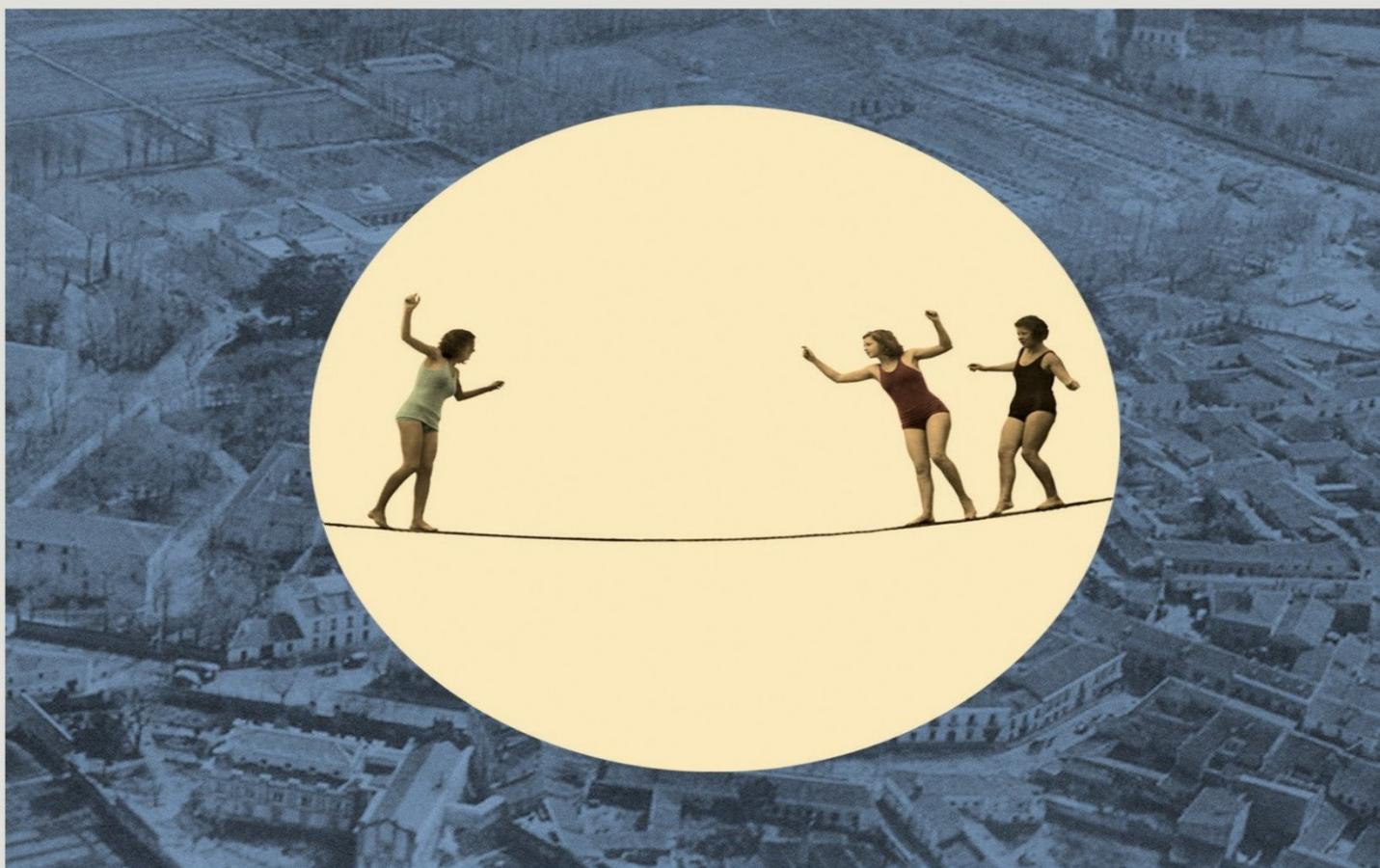


ELENA MEDEL

Las maravillas



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

LAS MARAVILLAS

ELENA MEDEL



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: octubre de 2020

© imagen de cubierta, Album / Universal Images Group / Underwood Archives /

© Elena Medel. Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4188-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Clearly money has something to do with life

PHILIP LARKIN

EL DÍA

MADRID, 2018

Busca en sus bolsillos sin encontrar nada. Vacíos los del pantalón, también los del abrigo: ni siquiera un pañuelo de papel húmedo, arrugado. En la cartera apenas guarda un euro, otra moneda de veinte céntimos. Alicia no necesitará el dinero hasta el cambio de turno, pero le incomoda esa sensación de no tener apenas. Trabajo en la estación de tren, en una de las tiendas de chucherías y bocatas, la que está cerca de los aseos: así suele presentarse. En Atocha pagaría comisión en todos los cajeros, así que se baja en la parada de metro anterior para sacar en una oficina de su banco veinte euros que le brinden algo de tranquilidad. Con un único billete en el bolsillo, Alicia se fija en la glorieta casi vacía, en los pocos coches y los pocos peatones. Quedan minutos para que se aclare el cielo. Si se lo ofrecen, Alicia elige siempre trabajar por la tarde: le permite despertar sin hora, gastar la tarde en la tienda y regresar directa a casa. Nando se queja durante esas semanas, en el fondo casi todas; ella se excusa porque su compañera se lo pide: tiene dos niños y le viene mejor el otro turno. De esa forma libera las primeras horas del día y evita las tardes en el bar con los amigos de él —también los suyos, a base de rutina—, las tapas baratas, los bebés entre servilletas manchadas. Alicia pensaba que la maternidad ajena zanjaría la costumbre, pero ellas se ausentan hasta que los niños se duermen, a veces regresan si comprueban el sueño profundo, y a Nando le defrauda que ella intente saltarse el ritual. Al menos dame eso, le pide. «Eso» significa unas veces invertir sus tardes en el bar de abajo, otras viajar con él a la excursión cicloturista de esa temporada. Él pedalea, ella avanza con las otras mujeres en un coche, Alicia considera que la palabra «esposa» nunca vinculó de forma más exacta el sonido al significado: durante esos fines de semana le escuece la piel de las muñecas, como por el roce del metal. Por la noche, en el hostel —las sábanas bastísimas—, Nando se muerde los labios y le tapa la boca para evitar que el ruido les delate, y al acabar le pregunta por qué evita siempre estos viajes, si le sientan tan bien.

De modo que día tras noche tras día tras noche tras día: unos calcados a los otros, sin una sola mañana en la que Alicia se finja enferma y decida pasear por la ciudad, sin una noche en la que la pesadilla de siempre no ocurra en su cabeza. Sus jefes —ha conocido a varios, siempre chicos antes algo más mayores que ella, ahora unos años más jóvenes, con la camisa dentro del pantalón — admiran que se mantenga años en el mismo puesto; algunos le preguntan si no se aburre de cobrar packs para el viaje, y ella responde que se siente feliz —lo valoran de forma especial: les reconforta la alegría suya, la de la vendedora de chokolatinas, Patricia te llamabas o no era así, eh, chica— y que con eso le basta. Uno de ellos quiso saber si Alicia no tenía sueños: si yo te

contara, y pensó en el hombre que renquea, su cuerpo muerto girando sobre sí, pero el jefe de ese momento supuso en su cabeza apartamentos de lujo en el centro de la ciudad, meses en playas de aguas transparentes.

Opta por turno de mañana o de tarde sin modificar sus costumbres: si trabaja por la mañana, cada tarde recoge a Nando o espera a que avise con un timbrado, y se reúnen en el bar mientras lloran los hijos de los otros; si trabaja por la tarde, invierte su tiempo de maneras más satisfactorias. Algunas mañanas se maquilla un poco —nunca sabe muy bien qué destacar: con los años se le acumula la grasa en las caderas y los muslos, ahí permanecen los ojos de rata que heredó de su madre, que su madre había heredado de su padre, o eso lamentaba el tío Chico—, camina hacia barrios que Nando jamás pisará, finge demasiado interés mientras toma café en un bar en el que aún no se incorporó la cocinera, ante el mostrador de una carnicería que cerrará dentro de un rato. Al principio se resistía con Nando en la ciudad, por miedo a que le descubriera, pero sucedió una vez: durante un papeleo en la Seguridad Social, un tipo que en la sala de espera se empeñó en contarle la novela que leía. Su cuerpo cada vez provoca en Alicia más vergüenza, así que no desperdició la oportunidad.

La glorieta de Atocha casi vacía, los pocos coches y los pocos peatones: quedan minutos para que se aclare el cielo. En la cuesta de Moyano, bajadas las persianas de los puestos, algunos puntos morados —las distingue de lejos, a las mujeres— apilando pancartas cerca del tió vivo. Ha escuchado en la tele algo sobre el día de hoy, pero enseguida se distrae, el semáforo cambia a verde, cruza a la estación, piensa en asuntos que le importan algo más.

María duerme bien, a pierna suelta. Al jubilarse guardó el despertador en una bolsa de plástico y lo colocó en la estantería de trueques de la asociación, para quien lo necesitase. Hacía años que no lo utilizaba —lo sustituyó, como todo el mundo, por la alarma del móvil—, pero le pareció un gesto simbólico, propio de una historia que ocurriese a otra: ahora que no lo usará más, pensó, que sirva a alguien que sí deba madrugar, para que el objeto acompañe otra historia en la que alguien sale de casa cuando aún no amaneció. Casi siempre se despierta ella sola: le molesta algo de luz que se cuele entre las persianas, el ruido del agua en la ducha del vecino. Hace meses que preparan el día. Ayer por la noche, María recibió un whatsapp de una amiga: «no puedo creer q haya llgado». En asambleas, en reuniones sectoriales, María corrige el entusiasmo de las jóvenes: toda mi vida, los setenta años que voy camino de cumplir, los he vivido para despertarme hoy, salir a vuestro encuentro, caminar con vosotras. En la asociación escucha: la que quiera que haga huelga de trabajo, la que quiera que haga huelga de consumo, la que quiera que haga huelga de cuidados. Que cada una escoja la forma que le venga mejor, porque todas nos sirven y aquí no estamos para repartir carnés de feminista. Se va a enterar mi marido si no se encuentra el plato puesto. Pues entonces, Amalia, le preparas una fiambrecita con potaje y que se lo caliente. ¿Ni eso sabe? La semana que viene curso de microondas, nivel usuario. Yo voy a trabajar porque el día de sueldo no lo puedo perder, pero me uno a vosotras por la tarde en Atocha. ¿Y los cuidados de una misma sirven? Antes de venir me pienso meter en la bañera hasta ponerme como una pasa. Pues claro, hoy cuidados para ti y cuidados para las demás.

En la tarde de ayer se citaron en la asociación: unas se ocuparon de preparar bocadillos para quienes salieran hoy a la calle a informar a las mujeres que salían del supermercado o que habían decidido acudir al trabajo; otras descartaban los piquetes, pero se acercarían a primera hora a la sede para comentar qué ocurría en otras ciudades, en la suya propia. ¿Oír la radio es huelga?

¿Mirar internet es huelga? Destaparon un molde envuelto en papel de plata y se repartieron un bizcocho. Habían horneado empanadas, las chicas prepararon humus y guacamole, una de las veteranas hundió la cuchara en el cuenco de barro, igual que con una sopa o una crema: así no se come el humus, las chicas se burlaron. Aquello le pareció demasiado moderno, y pensó en su madre, que vivió la guerra, y no habría malgastado la comida así: pero de dónde sois, del delta del Nilo o de Carabanchel, aquí en Carabanchel los garbanzos en el cocido. Mientras rellenaban el pan de molde con chorizo y salchichón, lo cortaban en triángulos, los envolvían en plástico, guardaban los sándwiches en el frigorífico para repartirlos al día siguiente, María enumeraba las huelgas y las manifestaciones en las que no participó: las de los setenta con Suárez, la de antes de las elecciones y las de después, y la del No a la OTAN, la del 85 por las pensiones, la huelga del 88 y las dos de los noventa, las de Irak y el No a la guerra, la de 2010, las dos de 2012 —la que se hizo aquí contra Rajoy, y la europea—, el tren de la libertad por el aborto. A las mareas, recuerda otra de las chicas, ya universitaria, a las manifestaciones de la Marea Verde viniste, y María comenta que en una de ellas le preguntó una periodista si se manifestaba por su nieta, señalando a la hija de una amiga, y ella no supo reaccionar y contestó que sí, que por su nieta y por todas las amigas de su nieta, y las chicas del grupo joven de la asociación saludaron a cámara, sin desmentir que fuese sangre de la sangre suya. María pronunciaba con familiaridad los nombres y apellidos de aquellos nombres que formaban parte de su biografía —Felipe, Boyer, Aznar— y que jamás tendrían noticia de una mujer de setenta y muchos años que había emigrado a Carabanchel desde un barrio a medio construir en una ciudad del sur; una ministra de Zapatero les dio un premio a las mujeres de la asociación, pero ella no lo recogió. Se entregaba por la mañana y ella no pudo pedirse el día.

Nando le ruega al menos dame eso, Alicia. «Eso» ya no incluye el matrimonio, con el que Alicia claudicó porque le aseguraba aquel piso triste en un barrio triste, ni los hijos; Nando ha asumido —casi— que jamás nacerán. «Eso» lo disfraza su marido en ocasiones de fin de semana con el club ciclista, bellos paisajes en mejorable compañía, o de algunos días más en la playa con su madre, con quien Alicia practica el sano ejercicio del silencio; «eso» se disfraza de noche de sábado en la casa de alguna pareja de amigos, y de cena en algún restaurante del barrio. Alicia se metió en esto —«esto», no «eso»: Nando, vivir con Nando, casarse con él y adaptar su vida a la suya—, así que haberse negado a tener hijos le obliga a una cesión diaria: si quieres algo, debes ofrecer algo, y si te niegas a algo debes compensarlo. Alicia está a tiempo todavía: ¿y si le dijera que sí, que de acuerdo, y hubiera suerte y lo lograsen rápido, y dentro de un año anclasen a la cama una cuna de colecho para oír de cerca los berridos? ¿Cuánto le costaría a Alicia perder los kilos que ganase? ¿Sus jefes recompensarían que haya aclarado durante años que la hamburguesa no se incluye en la oferta, o le sustituirán por una chica diez años más joven, a la que cobrar una miseria le importe tan poco como a ella? Unas gotas de leche empapando el sujetador, la barriga descolgada. Le tocaría armar otra estrategia para romper el hielo, porque Alicia ya acepta a hombres demasiado mayores o demasiado tarados si no se cruza con nada mejor, pero teme que ni siquiera ellos tolerasen su cuerpo de madre: un cuerpo de madre no es el golpe de suerte de ningún hombre. Su cuerpo de madre, ¿Alicia lo imagina? ¿De qué forma cree que Nando recibirá que se le caiga aún más el pecho, que las estrías se le marquen por los muslos? Nando dejará de pronunciar su nombre, y cuando le hable —incluso en público— la llamará «mamá», como si Alicia hubiese vivido un parto doble. Antes Nando habrá rechazado el sexo, por miedo a frustrar

de una embestida la mente brillante de su descendencia —otra ventaja para Alicia: que su transformación de esposa a madre le proteja del deseo de su marido—, y le habrá regalado infusiones para las náuseas de los primeros meses, y collares de dentición, y ropa de lactancia. Ella piensa en un bebé —llamémosle Alicita que no existe, así que se regodea en la idea de Alicita, en lo que supone Alicita —¿tendrá sus ojos de rata o los ojos de Nando?—, y googlea: vestido evolutivo, camiseta tunecina, sus tetas en uno de esos sujetadores espantosos. Quizá con suerte Nando se fije durante su embarazo en una de las chicas que trabajan en el almacén, en administración —suele hablarle de varias, simpáticas, preparadísimas: ella olvidó sus nombres —, y le deje en paz un rato, algunos meses, el resto de su vida. ¿Qué hará con Alicita entonces, si Alicita existe, si Nando se entretiene? En su primer impulso se le ocurre utilizarla para sus incursiones en la ciudad: que un hombre se les acerque con la excusa de ayudarle a plegar el carrito, que alguna carantoña propicie la conversación en el andén del metro. La niña qué tiempo tiene —Alicita vestidita de rosa, con sus encajes, dos perlitas en los lóbulos al poco de nacer—, y ella contestará con entusiasmo, e inventará alguna historia aprovechando que Alicita ni siente ni padece, no oye, le importa poco más que llorar y mamar y cagar y que la limpien: Alicita aparcada junto al paragüero, en un piso de Palomeras o de Las Tablas, mientras su madre lo hace con un desconocido que le pide el teléfono para verse de nuevo, y que durante semanas enviará fotos de su polla a un profesor de matemáticas en Cartagena, cuyo número coincide en tres o cuatro cifras con el de Alicia. No frena su carcajada, aunque le oigan los clientes: ¿y si Alicita retiene de esos encuentros alguna imagen, algún sonido? En los sueños del resto de la vida de su hija un cuerpo de mujer sobre un cuerpo de hombre, un cuerpo de hombre sobre un cuerpo de mujer, el hotel de un piso que conserva muebles de treinta años atrás, alguien que pide que alguien baje, alguien que pide que alguien suba, de repente justo antes de despertar, Alicita descubriendo su rostro en el rostro de la mujer tumbada junto a un cuerpo del que no sabe nada y que la mujer desprecia, sudorosa, de verdad feliz por un instante.

¿Y en las reuniones de antes te encontrabas a muchas mujeres, María? Lo preguntó una de las casi adolescentes con inocencia, el rastro de la grasa roja de la muñeca a la punta de los dedos; a María le llamaban la atención aquellas manos, dañadas ya desde pequeña, porque las miraba como el presagio de alguien a quien le tocaría usarlas más que la cabeza. Le asombraba el discurso de aquella chica —la hija de la hija de una amiga, reconoció María con un orgullo extraño— pese a su juventud, la forma rotunda en la que exponía lo que pensaba, su comprensión hacia quienes opinaban distinto, y a la vez le reconfortaba ese paréntesis en el que volvía a su edad: no me puedo creer que los hombres no te dejaran hablar. Yo iba siempre con los hombres de la asociación de vecinos, les explicó María. Me envié con uno a los cinco o seis años de llegar a Madrid. Le acompañaba a las reuniones para mejorar el barrio: entonces había muchas zonas complicadas, más que ahora, y se drogaban sin esconderse, en la puerta de mi casa, y no se conformaban con un tirón en el bolso sino que necesitaban más, y quedaban las chabolas, y más allá la cárcel. Teníamos la sensación de que al sur del río no existía nadie: nadie, claro, éramos nosotras. Empecé a pensar en lo que se hablaba en las reuniones, y empecé a apuntar algunos nombres de escritores que se mencionaban, ellos y otros hombres con los que yo tenía menos relación, en la asociación y en los bares donde tomábamos algo. De un escritor yo saltaba a otro, y a otro, y las conclusiones se las contaba siempre a este hombre, a mi pareja, Pedro se llamaba, y las debatía con él. Él las ponía en común a la reunión siguiente: qué listo, está hecho un

catedrático, todos le admiraban. Yo callaba, porque en su voz sonaba mejor todo lo que yo hubiera dicho con la mía. Empecé a tomar café con algunas mujeres, con tu abuela, con otras amigas, en los salones de unas y de otras, en mi casa, y allí hablábamos de temas más nuestros, que a ellos les interesaban poco: el divorcio, el aborto, la violencia, no solo de golpes sino también de palabras. Tu madre empezó a recomendarme libros que le descubrían en la carrera, en la universidad, y seguí leyendo, y me di cuenta de que conforme más pensaba por mi cuenta, más incómodo se sentía Pedro. Nosotras, tu madre y yo, hablamos; hablamos como hablamos todo el rato, desde siempre, y decidimos pedir permiso a la asociación para montar un grupo de mujeres. Imaginaron que nos cambiaríamos trucos de cocina, ropa que ya no nos entraba: se instalaron aquí tu madre y varias compañeras suyas, y empezamos a molestarles. El ayuntamiento nos dejó un local, y nos lo quitó en cuanto protestamos por la falta de luz del parque; con dinero de aquí y dinero de allá alquilamos uno nuestro. Yo me mataba en aquella época: trabajaba de limpiadora en las oficinas, en Nuevos Ministerios, y regresaba a comer como podía, un bocadillo en el metro o un plato rápido sin ni siquiera sentarme, y alguna noche me escapaba para ver a Pedro un rato, pero creo que nunca me he sentido tan contenta. Ni ahora que no madrugo, que me paso el día en la asociación, y que veo que sois más las que ayudáis. Aquella fue la primera vez en mi vida en la que sentí que alguien me escuchaba, y que respetaba lo que yo decía. No porque quisiera acostarse conmigo, no porque desconectase y no oyese mi voz sino algo lejano que no identificaba, sino porque alguien me comprendía, estaba de acuerdo, creía que merecía la pena oír lo que yo decía por lo que yo decía. Hubo un momento en el que todo aquello, pensar y decirlo, hacer lo que decía, la asociación, me pareció mucho más importante que cualquier cosa que Pedro me propusiera. Él quería que viviésemos juntos, y me di cuenta de que aquello no tenía nada que ver con el amor. Yo no era María, alguien, sino algo, y algo de lo que él se sentía propietario: su piso, su coche, su esposa. Esta cicatriz —y señala su mentón, un rasguño que brilla en la piel blanca— me la hice al salir corriendo del autobús; tropecé, caí, y él ni se inmutó. Aguantamos un año más después de aquello. Así que no: nunca me encontré a mujeres como nosotras, quiero decir. ¿A qué te refieres, María? A mujeres pobres. Incluso para protestar hay que tener dinero.

LA CASA

CÓRDOBA, 1969

El bebé huele a tabaco. Lo primero que llama la atención a María cuando toma a Carmen entre sus brazos es que huelan tan distinta al resto de los bebés. La hija de la vecina de sus tíos huele a veces a cebolla, aunque su madre intente engañarlo con colonia; en cambio, el niño de la casa — de la casa en la que trabaja, se corrige María; no de la casa suya, que no existió algunos meses antes que su hija, y tiene un olor dulce. A María le cuesta explicarlo —¿qué significa «un olor dulce»?— porque nunca había conocido nada que se le pareciera, pero ahora lo identifica en las tiendas, en las cafeterías. La hija de la vecina juega con las cacerolas por la tarde y el niño vive entre la cuna y el capazo en el salón; Carmen también recorre la casa a su modo, entre el dormitorio y los brazos de la abuela, sentada a la mesa grande. María se da cuenta de que quizá el olor a tabaco tenga que ver con su familia. En la cocina fuma su madre, fuma su padre a cada paso, y sospecha que su hermano Chico ha empezado a fumar en el dormitorio, confiando en que nadie le descubra. Carmen huele a tabaco; quizá piense María que su hija huele a casa de dos habitaciones, o quizá piense tan solo en lo extraño que resulta dormir ahí, con ella.

Hace algunas semanas que Carmen cumplió un año, y María regresa por primera vez a casa desde que se marchó: ensayaba en el autobús las palabras con las que describiría las calles anchas de Madrid, y los paréntesis que colocaría para no referirse a las zonas a las que los tíos le rogaban que nunca se acercase. Intentó charlar con la mujer que viajaba en el asiento de al lado, habló sobre el tiempo y sobre las diferencias entre las dos ciudades —las avenidas, los espacios que nadie le aconseja—, pero María recibió balbuceos, monosílabos, algún lugar común. Temía el tiempo hueco; necesitaba ocuparlo de alguna forma. Se quedaba dormida unos ratos y otros se fijaba en el color del paisaje transformándose: el amarillo áspero de la tierra quemaba más cuanto más al sur. Mientras su hija duerme la siesta María ha intentado descansar, pero se ha limitado a tumbarse de lado con los ojos abiertos, la mirada fija en la respiración. Se entretiene reconociendo sus rasgos en los de Carmen. Recordaba las manos tiernas, pero no el mentón basto que tanto le acompleja; a Carmen apenas le ha crecido el pelo —moreno, igual que el de su padre—, y el poco que tiene es tan fino que María evita acariciarle la cabeza, por si se lo pudiera quebrar. Es más pequeña de lo que María pensaba —mucho más que el niño de la casa—, y el vientre aún no se le deshinchó. La piel blanquísima la heredó de la familia de su madre, asume ella, y no le cuesta imaginarla con algunos años menos de la edad que María tiene ahora, las venas marcándosele en los brazos y en el pecho. A Carmen le desea más fortuna.

En su memoria, la medida de Carmen encaja en sus brazos listos para recibirla; hoy carga a su

hija apoyándola en la cadera, porque el gesto aquel no basta. Le hace gracia, pensará María dentro de muchos años, que la memoria genere su ficción propia: cómo lo que no se nos ha grabado porque lo consideramos insignificante, o porque no satisface nuestras expectativas, lo sustituye aquello que quisiéramos que hubiese ocurrido. Durante el día cocina y limpia y plancha y obedece, pero por la noche se dedica a la memoria. Antes del sueño ensaya el plano de la casa de sus padres: al entrar, un pequeño recibidor en el que colgar los abrigos, a la izquierda el dormitorio de sus padres —el cabecero de madera, la persiana bajada casi siempre—, a la derecha el que compartía con sus hermanos Soledad y Chico —y antes con los más mayores—, al fondo la cocina con la mesa grande, más allá el patio con el aseo; al principio un agujero en el suelo, el peso del cubo en la esquina rebosando de agua, no olvides vaciarlo primero y llenarlo después para quien te siga. Desmontaron su cama, y el lugar lo ocupa ahora la cuna de la niña: la misma de sus sobrinos casi adolescentes, la misma de su hermano pequeño. Ya con los ojos cerrados se permite corregir algunas situaciones: no sube a ese autobús, no devuelve el saludo a ese hombre, no entra en esa casa.

María añora también algunas fotografías que decidió no llevar consigo a Madrid; se le borran los rostros, ahora le parece que así los habría mantenido con ella. En la maleta guardó una foto antigua en la que aparecía con su hermana y su padre en el patio de la casa, y a veces se entretiene identificando algunas marcas que el blanco y negro resalta en la pared. A los pocos meses de llegar a Madrid, su madre le envió una carta dictada a Chico: le hizo gracia su letra esmerada en las primeras líneas, acelerándose en el segundo párrafo, la caligrafía deforme en el adiós. Su madre incluyó una fotografía más: en ella uno de sus sobrinos posaba frente a una tarta de cumpleaños, y Chico llenaba de merengue la nariz de Carmen, a la que protegía en su regazo y cuya cabeza sostenía con ternura. María la colocó en su mesilla de noche. Supuso que la mandaron para eso. Sin embargo, ella la utilizaba para advertir a la tía: que no la confundiese la docilidad con la que madrugaba, con la que al regresar del trabajo preparaba la cena o limpiaba los baños. Aquella fotografía contaba la verdad.

Cuando la niña despierta, María se fija en los ojos de Carmen: dos cabezas negras de alfiler. El bebé se despereza y María reacciona: se sienta en el borde de la cama, desde ahí estira el cuello y mira a la cuna. Se ha acostumbrado a las carantoñas al niño de la casa, a algunas bromas con la hija de la vecina; pero Carmen, siendo suya, le parece de otra. Carmen se mueve como si quisiera incorporarse: agita las piernas, un movimiento levisimo el primero, seco cuando no obtiene respuesta; mueve los brazos, busca la mirada de María. Ella se levanta por fin, se acerca a la cuna, toma a su hija en brazos —el olor a tabaco— y la abraza. La niña no reacciona a su cariño: ya no mueve las piernas, pero estira el bracito derecho. María entiende que Carmen señala quizá a un peluche destartado en la esquina de la habitación. Qué orgullo siente María en ese momento: se emociona cuando identifica a Carmen tan inteligente como para activar sus recuerdos y encontrarla en ellos, tan madura que pretende enseñarle sus juguetes. ¿Eso ocurre? ¿Eso ocurre, o lo que ocurre es que María proyecta en el bebé aquello que imagina? Sin soltar a Carmen, María recoge el peluche y se lo entrega, pero la niña lo rechaza con un manotazo: no hay lágrimas, no hay gritos, aunque los gestos del bebé ganan en brusquedad. María toma la manita izquierda y la acerca a su pecho; se nombra «mamá», repite «mamá», incluso consciente de que Carmen no la distingue de una extraña. Carmen continúa estirando el brazo derecho, señalando algo en lo que María no repara:

—¿Qué quieres, Carmen?

Tan evidente es que Carmen no entiende las palabras de María como que María no entiende los gestos de Carmen. ¿Debe avisar a alguien, pedir ayuda? Chico no regresa del trabajo hasta la noche; María imagina a su padre tumbado en la cama, a su madre sentada en la cocina, a Soledad cosiendo al otro lado de la mesa. ¿Qué necesita su hija? El bebé extiende su brazo, señala una cajonera baja y ancha. Le han explicado que el primer cajón corresponde a Carmen, los dos siguientes a Chico, otros dos a Soledad, y en el último aún guardan algunas cosas de María. Hubo un tiempo en que su espacio lo ocupaba algo de ropa, un cuaderno, una pulsera ancha de plástico que encontró por la calle y que se había puesto alguna vez; la pulsera la tiró, el resto lo guardó en la maleta. Pero el bebé, el bebé ahora: el bebé señala la cajonera sobre la que su madre —la madre de María, la abuela de Carmen— le cambió el pañal por la mañana.

María sale de su error: lo que Carmen exige no es cariño ni atención, sino rutina. Carmen exige que al despertar de la siesta alguien la tome en brazos, la saque de la cuna y la tumbe en el cambiador improvisado. No le importa quién: si la madre de su madre, si el hermano de su madre, si la hermana de su madre, si su propia madre. Hoy se ocupa María, pero cuando regrese a Madrid se encargará cualquier otra persona, y Carmen lo asumirá con el mismo silencio. A Carmen no le asustan los extraños. Se ha acostumbrado a recibir las noches en los brazos de las vecinas que se congregan en la puerta de casa; tampoco le asusta la mujer desconocida que repite «mamá», y se empeña en abrazarla y le ofrece un peluche. Sobre la toalla Carmen deja de moverse, levanta un poco las piernas —como todos los días, como a todas horas—, gruñe porque María ha omitido algún paso en la limpieza. Cuando considera que la niña ya está lista, y logra colocarle el pañal, María devuelve a Carmen a la cuna, y se recuesta sobre la cama de su hermano. Antes de cerrar los ojos, María tiene la sensación de que Carmen —cuerpo de bebé en paralelo al suyo adulto, las dos buscando el sueño— la observa.

En la puerta de la casa tres y cuatro mujeres, primero, luego más: hasta ocho o nueve. Las voces se confunden las unas con las otras, sin tonos que permitan distinguirlas, con las mismas palabras en bocas diferentes. Las vecinas se reúnen cada noche en la acera; peregrinan con las sillas que cada una trae de casa, a veces comparten algo de cena por si el marido regresara tarde. La costumbre nació en los años primeros del barrio, con María muy niña, antes de que los hermanos mayores se marcharan y de que nacieran los pequeños. En aquellos años resistían con velas a la noche, porque seguían sin instalar el alumbrado de las calles, y clavaban las sillas en la tierra. Chico apenas recuerda los viajes a la fuente con la madre. Ahora el barrio es otra cosa, aunque persisten las calles que se enlodan con la lluvia: han prometido que lo arreglarán, confía Chico, lo oyó en el bar hace algunas semanas. María no tiene la sensación de que haya cambiado tanto en este último año, por mucho que Chico insista en todo lo que no reconocería si le acompañase a pasear un rato.

—No llego a la barra.

—No me lo creo.

A María se le escapa la risa cuando se lo cuenta Chico: por su altura, tan bajo, los primeros días los clientes no se daban cuenta de que estaba ahí. Su hermano exagera: la realidad siempre suena más grave en las palabras de Chico, también más feliz cuando toca, y a María le divierte la manera en la que él describe el silencio de Soledad, las anécdotas de Carmen o las conversaciones de las vecinas.

—Los primeros días se me veía la cabeza nada más: una cabeza de niño poniéndoles un

botellín. Hasta que me arreglé una pasarela con varias cajas de gaseosas, y ahora ya saco medio cuerpo fuera.

Chico ha perdido el nombre en favor del apodo. Él mismo se presenta así, Chico, tal y como el padre se acostumbró a llamarle nada más nacer: el hijo más pequeño, un bebé rubio con más huesos que carne, de ojos grandes y claros —iguales a los de María—, empeñado en no crecer. A los seis aparentaba poco más de cuatro años; a los trece, ahora, ni siquiera once. María había confiado siempre en que Chico sería el único hermano que lograría salir del barrio: disfrutaba en el colegio, le gustaban los números. Le decepcionó saber que dejaba las clases para ayudar en el bar de uno de los mayores. Eso pensaba intentando distinguir las palabras de su hermano entre el barullo de las mujeres, cinco o seis o siete, su cháchara por la ventana. ¿Está ahí? Está ahí. En el dormitorio, con la niña y el hermano. ¿Ha venido? Yo no podría. Yo no podría haberme ido y dejarla aquí, como un cachivache del que te olvidas. Yo lo que no podría es haberlo hecho. ¿Hecho el qué? Baja la voz, te oye la madre. Te oye ella. Qué. ¿Ha venido? Mejor Soledad, tan callada siempre, qué tranquila. Y el pequeño. Yo se lo dije a la madre, no me quiso oír la madre. Calla, el pequeño, que es un niño.

—No las oigas —consoló Chico, confirmando las sospechas de María: una calada rápida, otra, otra más, frente a la cuna de Carmen, ahora en los brazos de su madre.

—¿Fumas desde cuándo?

—Desde el bar. Se reían de mí todo el rato. Me llamaban Chica, algunos. No me gusta el tabaco, pero así parezco más mayor. ¿Tú qué crees? ¿Que sí?

—¿Da mucho la lata la niña?

—Yo estoy fuera todo el día. Llevo la labor de Soledad a la misma hora de siempre, pero al bajar del centro le devuelvo la pendiente y luego voy al bar. Estamos Toñi y yo solos, la verdad, pero mejor. Después de comer nos quedamos tranquilos, a veces alguien se toma algún café, y luego los hombres con las cartas y el dominó, algunas cenas y para casa. La niña está dormida casi siempre. No es muy graciosa, pero sí que es muy lista. Hablo a veces con ella, y me oye como si me comprendiese. Prefiere estar conmigo a estar con Soledad, eso sí.

Los dos callan, por si la hermana les oyese. Más que un enlace, Soledad supone una elipsis entre ambos: nació después que María, antes que Chico, y a ambos les parece llegada de otro mundo, sin nada en común con nadie. Sentada en la cocina, cose mientras oye la radio a todas horas, y apenas se detiene para almorzar y descansar. A veces interrumpe su trabajo antes de tiempo, y juega a dar palmadas delante de Carmen, esforzándose por simular cariño; pero se aburre pronto. Chico apaga el cigarro y estira los brazos para que María le entregue a Carmen.

—Se fueron del barrio, María.

—Yo no quiero saberlo.

—Ya. Pero bueno: se fueron. Podrías volver tú. —Chico enmudece, por si María quisiera responder, pero su hermana calla—. ¿Cómo es Madrid? A mí me gustaría ir alguna vez. Igual de vacaciones.

—En casa de los tíos no hay mucho sitio. Al principio me parecía todo muy extraño, porque apenas les conocía... Los primeros meses dormía en la cama con la prima, pero después de la boda estoy sola en el cuarto. Yo también hago igual que tú: me despierto y al autobús, porque la casa está lejos. La familia es simpática y paga cuando toca. Toda la comida les parece bien y libro los domingos, porque ellos se van fuera. Tengo suerte, a casi ninguna de las chicas que sirven en el edificio les pasa: muchas duermen allí, otras trabajan cada día. La familia tiene un niño de poco

más que Carmen, y es caprichoso, pero es la madre la que está con él. Me da miedo que cuando pasen los años y crezca ya no me necesiten.

—Igual entonces puedes volver, ¿no?

—O llevarme a Carmen.

En Chico distingue una mueca de disgusto: como si su intención desbaratase la rutina de su hermano. Demasiado tarde para que Carmen no duerma, y sin embargo María lo consiente porque las bromas de Chico han despertado la primera carcajada que oye de la niña en todo el día. La conversación de la calle no se detiene, y María distingue que algunas de las vecinas continúan hablando sobre ella, qué vida lleva fuera, por algo la sacaron en cuanto pudieron, menos mal que la niña se ha quedado aquí.

—¿Echas de menos la escuela, Chico?

—Ahora ya no, al principio sí. No me gustaba el bar. ¿Te imaginas? Haber sido maestro. De mayor igual sigo, si salgo de aquí y tengo tiempo. Sí echo de menos los libros que me prestaban, porque algunas noches me aburro. Algo tendré que inventarme.

La voz de Chico ha crecido de golpe. María piensa en él, poco más de trece años, atento a que el vecino de allá no se marche sin pagar la consumición, recitando comandas a su cuñada, almorzando de pie las sobras del menú del día, el cigarrillo en la boca. Piensa en que Chico mantiene la sonrisa frente al resto, pero piensa también en lo que piensa Chico cada noche, en su cama pequeña, mientras el bebé duerme y Soledad cose y calla.

—Por las noches llora que no te lo crees. ¿Te acuerdas de los primeros meses? Pues todo lo contrario. De repente estás en el séptimo sueño y te saca con un grito. Sole se tapa la cabeza con la almohada, así que me toca siempre a mí. ¿Los bebés tienen pesadillas?

Apenas vivió con Carmen al nacer; lo que sabe se lo cuentan el teléfono y alguna carta, los ratos en los que la dueña de la casa sale a pasear sin el niño, y de entonces sabe María el olor dulce, tan distinto al de su hija. El bebé huele a tabaco, igual que Chico, sus uñas amarilleando por la nicotina. La algarabía de la calle no se detiene, e incluso ya al borde del sueño —igual que al poco de dar a luz: en la cuna Carmen, en la cama pequeña ella y su hermano, en la otra cama a pierna suelta Soledad— oye a las vecinas hablar sobre ella. A veces distingue la voz de su madre, evitando la conversación o esforzándose por abrirla a un tema nuevo. Se fueron del barrio, reconoce María en una de las mujeres. La mujer se enteró. Cómo sigues aquí cruzándotela todos los días, por la misma calle, con los mismos ojos. Era lo mínimo. María siente el cuerpo delgado de Chico despegarse del suyo, y su hermano se incorpora para cerrar la ventana.

—Hace frío —justifica—. No se vaya a resfriar la niña.

Oye cómo Chico revuelve en su cajón y sale del dormitorio. Soledad abre la puerta con cuidado, se cambia a oscuras de ropa, desea buenas noches, cruje el somier con el peso de su cuerpo. Silencio: las vecinas se retiran a sus casas, algunas sillas rasgando en la acera su camino de vuelta. Chico se mete en la cama y se coloca espalda con espalda, de cara a la pared. Huele su hermano a tabaco, piensa María, antes de que Carmen se despierte llorando.

María empieza a contárselo a sí misma, los labios en silencio, mientras en la habitación duermen su hija y sus hermanos: nota el calor de la espalda de Chico, el motor en el pecho de su hija, la respiración dura de Soledad. Yo quiero decir muchas cosas, pero no sé ordenarlas. Hace lo mismo que otras noches: hoy ensaya las palabras que diría a su madre, a Carmen cuando entienda. Las situaciones que ha vivido, hasta aquellas que no parecen importantes, las retoma del comienzo al final; corrige algunos gestos y casi todas las decisiones, les arma finales felices que

no se corresponden con la realidad. Por ejemplo, Carmen: en las historias que María piensa antes de dormirse, Carmen no existe. Ni María oye la voz del padre ni conoce aún ciudades grises, o las conocerá dentro de años, de visita. Pero Carmen sí existe, rompe la noche con su llanto y les despierta a ella y a Chico, y Soledad —tal como le advirtieron— esconde la cabeza bajo la almohada, para fingir que duerme. Carmen existe, ojos unas veces como bichos que pisotearía, otras puntitos de una figura que jugaría a unir, y a María se le ocurre que quizá pudiera regresar a la ciudad con ella, y pedir a la tía que le echase un ojo mientras trabaja. María, para sí: yo quiero decir muchas cosas, pero no sé ordenarlas. Están en mi cabeza, las pienso todo el rato, pero al llegar a la boca se me pierden. Yo entiendo que me equivoqué y que por mi mala cabeza me avergoncé primero a mí y luego a vosotros. Si no enviase aquí el dinero, y me lo quedase yo todo, quizá pudiera dar algo más a los tíos, ahorrar el resto, alguna vez vivir juntas Carmen y yo. Hablad con los tíos, que digan: que no salgo más que algunos domingos con la prima y su marido, que siempre regreso del trabajo a la casa. Carmen no sabe quién soy y yo no podría describirla. Cuando me preguntan por su cara, por sus gestos, yo cuento cómo es el retrato que tengo en la mesita de noche. Mi hija no se mueve, no me habla, no sabe quién soy. Está encerrada en la fotografía.

Con su madre no habla. Nadie habla con su madre, en realidad, ni con su padre: cada uno ejerce su papel, sin modificar lo que los demás esperan. Los padres actúan como padres, disponen y ordenan, y los hijos actúan como hijos, obedecen; culpa de María la de saltarse esa lógica. Desde que regresó ella, su madre se ha limitado a contar algunos detalles sobre Carmen —no te asustes con este ruido, porque hemos descubierto que ni sueño, ni hambre, ni dolor: le gusta oírse, nada más—, lamentar que a Chico se le gastan las horas en el bar y se olvida de traer el hielo para la nevera; reprocha a su padre todas las horas de sueño. Tampoco habla María con su padre: nada más entrar en la casa se asomó al dormitorio para saludarle, le besó la frente. Quiso preguntarle algo, qué tal estaba, contarle de su hermano —vive con él en Madrid, le mandaba recuerdos—, pero Soledad llamó desde la cocina, y al salir María su padre le pidió que cerrara la puerta.

En algunas macetas del patio se distinguen hojas secas: María supone que su madre no alcanza a regarlas todas, y el sol cae directo. A veces Soledad y ella sacaban las sillas con el buen tiempo, y cosían: la ropa en el regazo, para evitar mancharla, y atención para que al suelo no se cayeran las agujas ni los hilos. Durante alguna visita al taller se había fijado en las máquinas de coser —y en las mujeres que las manejaban, rápidas, rápidas—, en su ruido de batalla, pero en la labor de su hermana y de ella no oía más que un quejido de Soledad al pincharse, o la pelea que se filtraba desde un patio vecino. Cuando se les escapaba algo —un vestido contra las piedras minúsculas, finísimas, que se resbalaba y no lograban retener, o algo peor: la aguja perdiéndose entre ellas— las dos se incorporaban como si en su caída la tela, el cobre o el metal les golpeasen a ellas: ante los remordimientos de María, Soledad se lo reprochaba, y ante los remordimientos de Soledad, ella misma enmudecía. ¿Cuántas hebras negras y blancas, verdes o azules, se habrían ya colado entre la gravilla? ¿Y alfileres? Carmen jugaría alguna vez en el patio, y María se anticipó a la rabieta futura de su hija tras pincharse una de ellas en el culo o en la palma de la mano. Al instalarse en la casa la familia, el padre de María simuló con grandes piedras blancas un camino hasta el aseo —cruzaba todo el patio para evitar la tierra y el barro cuando hubiera, pero nunca consiguió más que el dibujo—, y sus hermanos mayores cubrieron el terrizo al marcharse: en otras casas con cemento, le contaron, y en la de enfrente con baldosas distintas; los hijos trabajaban de albañiles, y un día tomaban una pieza en la obra y al otro otra, en la misma obra o en la obra de al

lado, distintas entre sí, un puzzle torpe. La solución de la casa de sus padres, más que subrayar su humildad, hablaba sobre su despreocupación: otras vecinas habían preguntado a su madre por qué no plantar algunos frutales, como ellas, en lugar de las macetas dispersas por la pared de un blanco sucio, algunas de la altura de los hijos que ya no vivían allí. María nunca oyó la respuesta de su madre —el silencio, alguna evasiva, mejor eso que nada—, pero sí los comentarios de puertas para adentro, la satisfacción cuando las raíces levantaban el cemento de las vecinas más ambiciosas, y debían arrancarlos y reparar los daños; el regodeo de su madre cuando las avispas rondaban las parras en los otros patios, y arruinaban los racimos, hasta su casa el olor de las cataplasmas de ajo para aliviar las picaduras. Ni dormir tranquilas, mascullaba; que ni duerman tranquilas. Pero si de noche las avispas no distinguen nada, explicó Chico, lo mismo da qué planten las mujeres esas en el patio; el problema lo tienen por el día. María se fijó en su madre, la risa desinflándosele.

Chico insiste en que en el barrio ha cambiado todo, y en el rato que María caminó de la parada del autobús urbano a la puerta de la casa —nadie la esperó para ayudar con la maleta— pensó que su hermano exageraba. Sin embargo, cuando pasea con Carmen hasta la plaza acepta que tiene razón, aunque por otros motivos: al recrear esas calles, las adapta a las calles en las que ahora vive. Sustituye un trazado de cuadrícula —paralelas exactas, exactas perpendiculares— por otro: piedras allá, tierra aquí, en realidad se dirigen a un centro, en diagonal. María lo percibe mientras repite el camino que tanto disfrutaban algunos sábados por la mañana, algunos domingos, Soledad y Chico y ella, así: ellas del brazo, él adelantándose. Ahora carga a Carmen contra su pecho, la niña en sus brazos, de espaldas, y si se agota del peso la apoya en su cadera; en la puerta de una de las casas, una chica de su edad juega con dos niños, uno algo mayor que Carmen, otro algo más pequeño. En la plaza la parroquia, la sede de la asociación de vecinos; la hija de la vecina de al lado asiste a los cursos de mecanografía, se cruzaron nada más salir de casa, la llamó madrileña. ¡Madrileña!, pocos años más que Chico, le preguntó si se había cruzado con algún artista famoso. María contestó que no, que trabaja y ya, y a la vecina le decepcionó que hubiese cambiado de ciudad para eso. Mientras se alejaban, Carmen se fijaba en ella y golpeaba la barbilla de María, puede que dándole la razón.

En el barrio de los tíos, en Madrid, a los coches —quien los tiene— no los atrapa el fangal, sino que transitan y chocan y aceleran sobre el empedrado. Las muchachas de su edad se parecen a Soledad y a ella, los padres a sus padres; oye acentos parecidos al suyo. Sin embargo, siendo como la chica del curso de mecanografía, como la chica que entretiene a sus hijos en la puerta de su casa, se siente distinta: más afortunada que Chico o que Carmen, incluso. Piensa en Soledad: ¿durante cuánto tiempo deberá coser en la cocina, caminar sola hasta la plaza los fines de semana para que le dé el aire? El colegio en el que estudiaron ella y sus hermanos ya no basta para quienes nacen en el barrio. ¿Ocurrirá eso con Carmen? ¿Le enseñará Chico a leer y a sumar por las noches, sentados en la cama para no despertar a los abuelos? Por esas calles que apenas reconoce, una casa y una tienda y un bar, una casa y otra casa y otra casa, las unas iguales a las otras, María pasea a Carmen no con la tranquilidad de disfrutar de ella un rato antes de volver a casa, sino con la intención de que alguien conocido se les cruce, la llame por su nombre, le pregunte qué tal está. No sabe quién es nadie: ha olvidado las caras, los nombres. Las casas se agotan y no le espera más que campo, más tierra, qué más allá. Pregunta a una mujer cómo volver a casa. ¿Y tu casa? ¿Tu casa dónde está?

María cubre el mueble con una toalla, y tumba a la niña sobre la cajonera: huele a caca, desde luego, y por la tela empapada también entiende que ha debido de orinarse en el paseo. El niño de la casa en la que sirve sí se queja, a él sí le incomoda la sensación de humedad, pero Carmen lo asume y espera a que alguien se dé cuenta de que está ahí, de que ha pasado el tiempo. Piernas arriba: se lo ordena María, levantando el vestido, desmontando el pañal con algo de diarrea; preguntará a su madre si ocurre a menudo y, si no, hará memoria de lo que Carmen ha comido. Hunde la mano en el agua caliente, frota la pastilla de jabón y limpia las nalgas manchadas. La seca a toques leves con la toalla, se retira la manopla, luego una capa fina de polvo de talco recubriéndole la piel. Esas piernas arriba, y dice su nombre: esas piernas arriba, Carmen. Por favor, pónmelo un poco fácil. Bien. La niña levanta las piernas y María agarra sus tobillos; sin medir su propia fuerza intenta elevar el cuerpo del bebé, lo justo para encajar el tejido entre el mueble y el cuerpo, pero la niña se queja. Reacciona por primera vez con un lamento suave, y luego el llanto, la fanfarria. Soledad pregunta, el padre reclama qué sucede, la madre no lo oye desde la puerta de a saber qué casa. Soledad se marcha sin que María le conteste, le reprocha que mientras ella cose María no la ayude, por mucho que ahora les visite. Lo que sucede es que la niña es una niña, y llora. María suelta los tobillos de Carmen en un acto reflejo, y no se da cuenta de si las piernas chocaron contra la madera; entre los ruidos no distinguió el golpe seco de la carne tierna. La niña permanece sobre la cajonera, lloriqueando; quizá le moleste la madera bajo su cuerpo, así que María la toma entre sus brazos, y mueve la toalla grande hasta la cama de Chico. Con dificultad la estira, y tumba a Carmen sobre ella. Piernas arriba, Carmen: por favor. Piernas arriba y no las bajas. La niña ya no gime, pero las lágrimas se le confunden con los mocos y los labios le tiemblan. Carmen, por favor, no lo hagas difícil. Carmen no se mueve, así que María intenta colarle la tela bajo el cuerpo: lo consigue. Anochece demasiado rápido —en cada gesto se demora minutos y minutos— y apenas distingue ya dónde ajustar un nudo y otro. Una mano aparta la suya: estás aquí, qué pronto, Chico.

—Sí, Toñi me ha dicho que me viniera antes. Le conté que te ibas mañana temprano.

María se desploma sobre el colchón y se sienta en el lado de la cama que Carmen deja libre. Observa la forma en que su hermano trata al bebé, analiza qué gestos de él se diferencian de los gestos de ella. Chico trata a Carmen como si fuera un juguete: toma sus muñecas y une las palmas de sus manos en aplauso, con un pañuelo intenta sonarle la nariz mientras le canturrea. María se lo hace notar, y Chico le explica: tú la tratas con miedo, y ella lo siente. Carmen se sorbe los mocos, abre los brazos y los cierra en torno a Chico. Una palabra en su voz, oye María: nadie le contó que Carmen hablara. Carmen se aferra a Chico, y María se acerca para oír bien lo que dice. Una palabra en su voz, ¿identifica a María? La cabeza de Carmen en el hombro de Chico, Carmen llamándole mamá.

EL REINO

CÓRDOBA, 1998

¿Qué ocurrió el día antes de la pesadilla que Alicia tiene cada noche? Antes despertó entre las quejas de su madre, se vistió con desgana para ir al colegio —los pantalones vaqueros, las sandalias, una camiseta de una marca deportiva—, regresó a casa. No faltaba demasiado para las vacaciones, para la mudanza, para el cambio al instituto. Ese relato lo cruzan muchos cuerpos: su madre minúscula, su hermana minúscula, su padre con la espalda ancha, los casi adolescentes que durante el recreo paseaban por el patio. Sus caras no las sabe, tampoco casi ninguno de sus nombres. En la pesadilla que Alicia sueña cada noche no aparecen sus cuerpos: aparece, sí, el cuerpo de su padre. ¿Es él quien se estrella contra el árbol y quien renquea antes de ahorcarse, o es una imagen de su padre en la que ella misma se recrea? Para entender el día que vivió su padre antes de decidirlo todo —antes de escoger una carretera poco transitada, acelerar en una curva, calcular mal y quedarse en un recodo en el cerro, aun así no caer al vacío, renquear antes de ahorcarse—, muchas veces Alicia recorre uno a uno sus gestos, sus palabras.

Desde el centro del salón lograba observar la calle sin que nadie la distinguiera. Ocurría en aquella casa, en aquella habitación inmensa: la más grande en la que Alicia nunca haya estado. Si se asomaba al balcón no resultaba difícil que la descubrieran, claro: el coletero rojo, la melena clara recogida entre las macetas de su madre. Pero situarse en el centro del salón le permitía distinguir a quienes cruzaban a la plaza, antes del bloque; adelantarse a sus pasos, leer su futuro.

Se colocó en el justo punto bajo la lámpara cuando el reloj marcó las cinco de la tarde. Había quedado con sus compañeras de clase en que no se presentarían antes de esa hora, y confiaba en un pequeño retraso porque Celia no era nunca puntual: vivía lejos, al final del barrio, cerca de la carretera de Madrid, y no calculaba bien las distancias. Aun así, cuando el reloj marcó la hora Alicia se levantó del sofá, apagó el televisor y espizó. A los diez minutos apareció Inma, y poco después Celia, trotando. Se detuvo antes de cruzar, apoyándose en la farola, para recuperar el aliento. Charlaron ambas, apenas dos o tres frases, y se encaminaron a casa de Alicia. Poco después sonó el telefonillo.

¿Por qué escogió Alicia a Inma y a Celia para aquel trabajo? Les obligaban a ser tres, ellas siempre andaban juntas, y Alicia no había logrado encajar en ningún grupo. Se acercó a Celia, dos pupitres más allá del suyo, y ella recibió la propuesta con resignación, quizá con desconfianza; en cambio, Inma contestó con entusiasmo. En ese momento —aquel día— a Alicia no le preocupó la reacción de ambas; dio el problema por resuelto. Pero a la mañana siguiente, Celia explicó que en

su casa no podía ser, porque vivía mucha gente, e Inma que tampoco en la suya, porque su abuela estaba enferma y necesitaba silencio. Así que Alicia, que había evitado contar sobre ella más de lo necesario, terminó abriendo su salón inmenso a aquellas chicas insignificantes.

Pero Alicia mentía, en el fondo: quería saber más sobre el empeño de Celia en proteger a Inma. Inma tan ingenua, centro de las bromas porque siempre confiaba, con las mejillas encendidas al comentario más leve; y Celia, dispuesta a golpear a quien se burlase de su amiga, con el celo no de las íntimas, no de las hermanas mayores, si no el que se espera de las madres. Todavía piensa hoy Alicia en Celia, intentando respirar tras la carrera para fingir puntualidad, y en sus caderas anchas de adulta antes de tiempo, y se pregunta qué habrá ocurrido con su vida: si Inma y ella mantuvieron la amistad, si habrá parido ya a tres o a cuatro hijos, si se parecerán sus vidas. Alicia recuerda que a Celia le gustaba dibujar; que se entretenía poblando los márgenes de los libros de texto de flores delicadas, y que disimulaba los lápices de colores escondiéndolos en el regazo, y completaba aquellos jardines entre lecciones de lengua o de historia. De Inma, en cambio, apenas podría haber dicho nada más: se recogía el pelo en una trenza, hablaba a todas horas de su abuela y de su hermano mayor.

Celia e Inma se habían fijado otras veces en el ventanal de la casa de Alicia: desde que llegó a clase en septiembre, casi todos los grupos de chicas se habían acercado a la plaza en algún momento, y se habían detenido —las unas del brazo de las otras— frente al edificio. Las mismas caras se repetían curso tras curso, de manera que alguien nuevo —porque repetía, porque su familia se mudaba— arrastraba una leyenda misteriosa. Para Hashim inventaron un pasado conflictivo, la residencia en un orfanato de película; sin embargo, vivía con sus padres y con sus hermanos en los bloques nuevos, frente al centro comercial. Yoli, que había repetido varios cursos antes, no había aprobado porque su padre se fugó con una compañera de trabajo, y le costaba entregar a tiempo las tareas y prepararse los exámenes; nunca descubrirían si sucedió así, porque la madre de Yoli, y Yoli y un par de hermanos pequeños, gemelos, pelirrojos como ella, se marcharon de la ciudad al acabar el trimestre. En las películas del cine de verano, los niños construían una casa en el árbol, y trepaban por listones de madera clavados en el tronco, y se refugiaban allí lejos de los adultos. Inma, Celia, Marta, Rosi: su bosque los cuatro árboles delgados del parque, la tierra amarilla, los columpios metálicos imposibles en junio. Inventar historias sobre sus compañeros era su casa en el árbol.

Todavía no habían afinado ninguna historia para Alicia. Todo en ella les descolocaba: escribía sin faltas de ortografía, recordaba fechas y nombres de personajes históricos, en clase no bostezaba. Les descolocaba que hubiese repetido curso, y les descolocaba sobre todo lo que ocurría fuera de su cabeza: que hubiese adjudicado unas zapatillas diferentes a cada día de la semana, que se preocupase por exhibir la marca de sus pantalones vaqueros. Así encendía Alicia la curiosidad: al sentarse subía la camiseta hasta la cintura, en el recreo lamentaba que las Nike nuevas le rozasen el tobillo. Celia pensaba en la ropa que su madre compraba en la tienda de oportunidades de la avenida, en sus pantalones iguales a los de otras tantas alumnas del instituto, con esas marcas que cambiaban una sola letra para confundirse con aquellas de moda: Zappa, Pila. Inma ni siquiera estrenaba ropa: la heredaba de su prima.

No era la primera vez que Inma y Celia, Celia e Inma, juntas desde los años de la guardería, se detenían ante el paso de peatones frente al edificio en el que vivía Alicia, y se esforzaban por distinguir algo —la silueta de la madre sirviendo la merienda, el sofá en el que se sentaría el

padre— a través del ventanal. Nunca lo habían conseguido: terminaron agotándose de esperar a que algo estallase, la realidad o la imaginación, y variaron su ruta. Sabían que Alicia tenía una hermana menor, Eva, y que al año siguiente ambas se cambiarían a los carmelitas, porque sus padres habían comprado un piso en la zona buena del barrio, en los edificios con cochera y piscina. En los recreos se fijaban en Eva, dirigiendo los bailes de sus compañeras e inventando pasos para las canciones de moda. La madre de Alicia no trabajaba, o trabajaba en casa, pero también habían oído que una mujer iba a limpiar a veces, porque Alicia la mencionaba en sus conversaciones: esta tarde no puedo hacer las tareas porque viene la chica, la chica me movió las figuritas de la estantería para limpiar el polvo.

Un timbrado agudo: la memoria de Alicia las recoge aún más pequeñas, Inma una muñequita de porcelana que exhibir en el mueble del salón, Celia con el cuerpo de niña que le hubiera correspondido por su edad. Un timbrado agudo, las quejas de la madre de Alicia desde el dormitorio, intentando quedarse en el sueño, y la euforia de su hermana al recibir visita. Alicia esperó tras la puerta a oír el clic del ascensor llegando al cuarto piso, y les abrió antes de que Celia pulsase el llamador.

—Mi madre está durmiendo la siesta.

A Alicia le hizo gracia —¿o le hace gracia ahora, con los años, más cercana en circunstancias a aquellas niñas que a la adulta que tendría que haber sido?— el mimo con el que vestían. Celia conservaba los mismos pantalones vaqueros de la mañana, pero había cambiado la camiseta de publicidad de una tienda de toldos por una camisa blanca sin mangas, bordada en blonda, quizá encontrada en el armario de su madre. A Inma le habían colocado un vestido de verano, de cuadros y tirantes; la parte de arriba le quedaba justa, y de continuo se lo recolocaba para poder moverse. La hermana de Alicia se fijaba en ellas, sonriente, y Alicia solo esperaba a que se sentasen en la mesa grande para pegar los recortes en el póster.

—Os vamos a enseñar la casa —anunció la hermana, tomando a Inma de la mano.

Asumió el papel de anfitriona y avanzó pasillo arriba. Mientras Alicia se había plantado en el centro de la habitación, intentando descubrir a las visitantes antes de que sonase el portero automático, parecía como si su hermana hubiese planificado cómo comportarse, de qué manera agasajar a aquellas desconocidas. Su hermana —cuatro años menos que Alicia, llena la cara de pecas, algunos huecos en la boca debido a los tropiezos— abrió la puerta del aseo, señalaba el váter y la lavadora, las toallas gastadas de rizo. Guiaba a Celia y a Inma, mostraba su dormitorio con orgullo: una habitación para ella sola, pintada de rosa, con su nombre en grandes letras sobre la balda central de la estantería; los peluches, las muñecas, algunos libros infantiles, una televisión pequeña para cuando se despertaba antes de tiempo los fines de semana y quería entretenerse sin molestar a nadie. Salía de su dormitorio y abrió la puerta del de Alicia, una vez más señalando su televisor —algo más grande que el suyo: los padres habían respetado cierta jerarquía—, la estantería con las miniaturas de su colección, algunas muñecas cubiertas por el polvo; se contuvo y no mostró el armario, pero Alicia notó cómo Celia admiraba todas sus zapatillas de deporte. La niña soltó la mano de Inma y tiró de la de Celia para que la siguiera. Pasaron de largo ante el dormitorio de los padres —se habrían encontrado a la madre de Alicia tumbada, con los ojos cerrados, oyendo el ajetreo en el pasillo, y otro televisor, y un armario que abarcaba toda la pared, y zapatos de tacón esparcidos por el suelo, como migas de pan para no olvidar el camino de vuelta a casa— y entraron en el despacho del padre, con el ordenador de

mesa y el módem. Inma preguntó si tenían internet, y la hermana de Alicia respondió que sí, incapaz de concebir que sus compañeras no buscaran la información para sus trabajos en Terra o en Yahoo.

—Pero cuando llaman se desconecta —lamentó.

Quedaban el baño principal, el bidé, la bañera, el espejo inmenso ante el cual el padre se afeitaba, la madre se maquillaba, y Alicia y su hermana se asomaban para completar la foto de familia. Las cremas, los perfumes: no la colonia de bebé en bote de tamaño familiar con la que la madre de Inma rociaba a su hija todas las mañanas, sino los frascos delicados de cristal —apenas unas gotas detrás del lóbulo, al inicio del pecho— que el padre regalaba a la madre porque sí. Quedaban la cocina, el microondas, la nevera de dos puertas, las bolsas vacías de El Corte Inglés, apiladas con descuido. Alicia no sabía de quién había heredado el olfato finísimo, no de su madre, no de su padre: pero identificó en Celia el olor a patata recién pelada, más planta que alimento.

Alicia, su hermana Eva, Inma y Celia: las cuatro regresaron al salón, Alicia directa a la mesa para desplegar la cartulina y repartir las barras de pegamento, Eva sin otra intención que la de mostrar la terraza. Algunas macetas que la madre regaba con cariño —Alicia nunca aprendió los nombres de las plantas—, un par de sillas en las que se sentaba con el bikini puesto para tomar el sol. Inma y la niña se asomaron, para finalizar el recorrido; Celia permaneció en el salón, en el justo punto que Alicia había ocupado un rato antes, bajo la lámpara. A Celia no le preocupaba el exterior, le pareció a Alicia; no le preocupaba lo que ocurría fuera, el mundo que se sabía de memoria. Se fijaba en la pantalla de televisión ocupando la mitad del mueble, en el vídeo que el padre acababa de comprar, en el equipo de música, en la colección de películas y discos, y en las fotografías de todas las vacaciones familiares: Alicia dentro de un marco, bailando con otras niñas en el hotel en Marbella, y Alicia y Eva y sus padres dentro de otro marco, sonrientes en Disneyland Paris, Eva con un gorro con orejas, la torre del Castillo de la Bella Durmiente emergiendo de la cabeza del padre, tan dilatadas las pupilas de Celia que los ojos verdes se le teñían de negro.

También Inma y Celia regresaban, de vez en cuando, a aquella tarde en la casa de Alicia. En las semanas posteriores les costaba explicar a los demás qué había sucedido: todos les preguntaban si habían subido al piso, si les habían enseñado la casa, si estaban allí cuando sonó el teléfono por primera vez o en la segunda llamada. Inma contestaba al principio —sí, había un televisor en cada habitación; sí, bebimos refrescos; no, nos marchamos pronto—, y Celia enmudeció. Ni siquiera respondía cuando sus padres le contaban algún rumor oído en el bar de abajo, intentando con torpeza que su hija se sintiera acompañada. Años más tarde, Celia empezó a traer algunos detalles a la conversación: un día en el instituto, en un cambio de clase, recordaba la colcha rosa de la habitación de Eva; tiempo después, en Coímbra durante el Erasmus, envió a Inma un largo email en el que evocaba las sensaciones que le despertaba pensar en aquella tarde, el contacto con todas aquellas riquezas impensables para dos chicas como ellas. Por primera vez mencionó la envidia que Alicia había despertado en ella durante todo el curso, los chándales caros frente a la combinación de pantalones y sudaderas con los que ellas debían conformarse, y por primera vez mencionó también el alivio que aquella tarde —que el final de aquella tarde— le había supuesto, la tranquilidad que había sentido al regresar a casa y encontrar en el sofá a su madre y a su tía, a su hermano pequeño y a sus dos primas acabando las tareas; a su abuelo en la mecedora, bajada la persiana, forzando la noche. La tranquilidad, también, de oír la puerta

cerrándose porque su tía y sus primas se marchaban, y la tranquilidad más tarde de la puerta abriéndose porque su padre llegaba de trabajar: corrió a abrazarle, y su padre le manchó la camisa de grasa del taller. Para el asunto del mensaje, Celia escogió uno sin vínculo aparente con la situación: «Las maravillas».

Inma lo leyó de inmediato, pero tardó varias semanas en responderle. Tecleaba y borraba, reescribía hasta sintetizar un párrafo en dos frases, al día siguiente lo retomaba. Al final, logró contar a Celia que durante años había sentido que lo que ocurrió aquella tarde respondía a la justicia divina: la avaricia es uno de los pecados capitales, o al menos eso le había enseñado su abuela. Para qué necesitaba aquella familia todo aquello, aquellos televisores, aquellos viajes; se lo preguntaba cada noche, repetía Inma cada cierto tiempo, a modo de estribillo. No sabía qué le había molestado más: si la inocencia con la que Eva le había mostrado la casa, inconsciente de exhibir su nivel de vida ante Celia e Inma, o si la indiferencia con la que Alicia les había recibido, sin molestarse en compartir su intimidad con ellas. Celia le contestó de inmediato, despachando su email en pocas líneas y contando alguna anécdota sobre la fiesta de la noche anterior.

No olvidaron a Alicia, a Eva: ni siquiera a Carmen, la madre de ambas, apenas un cuerpo que respiraba durante el sueño al otro lado de la puerta, apenas una voz creciente, de titubeo a grito. Algunas veces, durante todos estos años, Celia e Inma —Inma y Celia— recordaban aquella tarde a la salida del cine, ayudando en la mudanza de una o visitando a la otra en el hospital, recién nacido alguno de sus hijos.

—¿Crees que nos convertiremos en ellos? —preguntaba una o preguntaba otra.

Y una u otra contestaba que no, torcía el gesto, amagaba una carcajada entre el deseo y el terror.

En la memoria de Alicia, los recuerdos de aquel día no se suceden de forma cronológica. Escenas concretas: por ejemplo, no logra reconstruir los momentos entre que el despertador suena y ella regresa a casa; horas —ni siquiera el tiempo logra precisarlo— en las que se despereza, su madre le grita para que corra a ducharse, su hermana se derrama el colacao en el pichi, la madre grita a Alicia para que ayude a Eva a cambiarse. Sin embargo, en los años siguientes —pocos— Eva defendía que su padre madrugaba más que ellas y desayunaba fuera, pero ese día prefirió acompañarlas al colegio; ella se derramó la leche, sí, pero él la acompañó a su habitación y juntos escogieron un vestido para ir a clase ese día. En los dos relatos —en el de Alicia y en el de Evala madre no se había despertado aún, o más bien no había salido de la cama: desde allí les ordenaba qué hacer, cómo hacer, de vez en cuando se oía algún bostezo. A partir de ahí, Alicia se pierde: caminó al colegio con Eva, o con su padre y con Eva, y accedió al edificio de los mayores tras asegurarse de que su hermana había entrado en el de los más pequeños, o besó a su padre en la mejilla para caminar sola los últimos metros y que nadie la viese acompañada. Soportó tres clases diferentes, en el recreo se acercó a Celia e Inma para explicar a qué hora debían llegar a su casa esa tarde, la tutora del año pasado la felicitó por sus progresos. Después de otras tres horas —Religión o Plástica, a saber— guardó los libros y cuadernos en el interior de la mochila, se despidió de Celia, corrió a por su hermana. Espera, ahora: Alicia cree que su hermana aguarda junto a la verja con un vestido de color naranja, de una tela suavísima, con el que su madre nunca habría permitido que se manchase al jugar en el patio. Sí: manchas de tierra en el vestido de su hermana, como si se hubiese tirado al suelo para imitar alguna coreografía. Sí: puede que su

hermana tuviera razón, y que su padre decidiera retrasar aquel día su salida de casa, consciente de lo que ocurriría más tarde. Alicia tomó fuerte su mano, la mano de su hermana —ha olvidado el tacto de la mano de su padre—, y volvieron a casa. Almorzaron —qué almorzaron: casi veinte años, y todavía un nudo en el estómago—, su hermana se encerró en su habitación a ver la tele, su madre se encerró en la suya a dormir la siesta, Alicia miró algún programa y, a las cinco de la tarde, apagó el televisor y se situó en el centro del salón, en el punto justo bajo la lámpara, para anticiparse a la llegada de sus compañeras.

—¿Queréis cocacola?

—Mi madre no me deja. Dice que da cáncer.

—Mi tía se la unta en el cuerpo cuando toma el sol, y así se pone más morena. ¿Tú te la bebes? ¿Está buena?

—A mí sí que me gusta. Mi madre está echándose la siesta. ¿Y las vuestras?

—La mía está en mi casa.

—La mía en el supermercado.

—¿Ha ido a comprar o qué?

—No, es que trabaja allí.

Mientras Inma recortaba algunas figuras con cuidado, Celia transcribía sobre cartulina de otro color algunos de los textos que querían reflejar en el mural, y Alicia rotulaba el título en la parte superior. Su hermana había desplegado algunos cuadernos para colorear más propios de otra edad pero que a ella aún le entretenían. Eva ofrecía refrescos, dulces, preguntaba por parientes cuya existencia ni siquiera conocía; imitaba la actitud de su madre ante sus amigas, con su mismo chapurreo insistente, más ruido que conversación.

—Eva, cállate y déjanos, que estamos estudiando.

Enmudeció, y cuando Inma le preguntaba qué curso estudiaba, qué asignaturas prefería, qué quería ser de mayor, a la niña apenas se le escapaban monosílabos. Como en otras ocasiones, Alicia había logrado desactivar a Eva cuando se transformaba en una versión jibarizada de su madre, y la había devuelto a su estado natural: niña de nueve años incapaz de modular su tono de voz ni de pensar más allá de su ombligo.

La madre de Inma trabaja en un supermercado, la de Celia donde puede. Unos meses friega escaleras, otros ayuda en una peluquería; a Alicia le parece, incluso, que Celia le comentó alguna vez en clase que durante unos meses estuvo en alguno de los restaurantes de su padre. Si Alicia creyese en sueños y profecías, explicaría que aquel día su futuro se le reveló en la mesa grande del salón de casa, ante una cartulina con una tarea de Conocimiento del Medio. Pero eso no ocurre: ahora confía en poco, entonces en menos, y aquella tarde le apetecía divertirse. Faltaban días para despedirse de ellas para siempre —a Alicia no le parecía que familias como las suyas pudiesen pagar la matrícula de su instituto— y no le despertaban ninguna simpatía, tan idiotas, entre semana vestidas de domingo.

—Inma, ¿tienes internet en casa?

—No tenemos ordenador en mi casa.

—¿Pero te has conectado alguna vez a internet?

—Tampoco. Una vez en la biblioteca, creo que Vicky. Creo que Vicky fue la que se conectó.

—Iba muy lento —puntualizó Celia—. Es que Vicky sabe porque unos vecinos suyos tienen.

—¿Televisor tenéis?

—Tele sí.

—Sí, en el salón.

—Pero en el salón solo, ¿verdad?

—En el salón, sí.

—Yo también, nada más. Pero no la encendemos mucho porque mi abuela está mala.

—Nosotros sí, todo el rato. Cuando viene mi tía, todo el rato.

—Aquí cada uno ve el programa que quiere en su habitación.

Eva coloreaba una figura, intentando no salirse de la raya. Mientras Alicia pensaba en la siguiente frase, admiraba su esfuerzo para no dejar un solo espacio en blanco, pero tampoco pintar más allá de la figura establecida en el molde. El mismo cuidado, la misma atención, los centraba Alicia en encontrar palabras que dañasen a Celia y a Inma. Esa memoria suya, una línea de pena en la memoria de las chicas.

—Y esa ropa que lleváis hoy, Inma, Celia... Me encanta.

—Gracias. Es nuevo el vestido.

—¿Sí? ¿Dónde te lo has comprado? A mí me encantaría tener uno igual.

—Me lo dieron la semana pasada porque a mi prima ya le queda pequeño, pequeño del pecho, que lo tiene de mujer. Pero se lo ha puesto dos o tres veces nada más. Así que en realidad es casi nuevo.

—¿Será del mercadillo, a lo mejor?

—No, me parece que no. Mi prima compra en el barrio, no va hasta allí.

—¿El mercadillo dónde está, Celia? Yo no he ido nunca.

Alicia pronunció «Celia» y buscó su mirada. Antes reparó en Eva, la lengua entre los labios, concentrada, y en Inma, la mirada fija en un paisaje que buscaba troquelar; más tarde, la última, Celia. Celia había tapado el bolígrafo, se había cruzado de brazos y se le había adelantado: ya sus ojos, fieros, en los suyos. En ese momento Alicia se dio cuenta del error: como si no lo supiera. Tomar el pelo a Inma, por supuesto; su maldad habría significado curiosidad para ella, se habría sentido halagada por las ganas de Alicia de saber sobre su vida, quizá incluso en aquellos minutos de charla se ilusionó con una amistad de tardes de verano frente al televisor, bajo el aparato de aire acondicionado. Pero no ocurría así con Celia: cada ataque a Inma le dolía, y cada ataque a sí misma la soliviantaba. Una palabra suya bastaría para dañar a Alicia, que había presenciado sus reacciones en los pasillos: el día en que por poco la expulsan, cuando Dani levantó la falda de Inma, y Celia le agarró por el cuello; los pies de Dani a pocos centímetros del suelo, las manos de Inma en tensión, y su mirada exacta a la de ahora.

—El mercadillo lo ponen cerca de la iglesia, en el aparcamiento junto a la carretera del polígono. Los martes y los viernes. Yo no voy porque estoy en clase, pero va mi madre a darse una vuelta cuando no trabaja, por hacer algo. Estos vaqueros son del mercadillo, y la camisa es de las oportunidades nuevas, cerca del bar primero que abrió tu padre. Por allí vive un tío de tu madre, ¿no? Un vecino mío creo que lo conoce.

En aquel momento la respuesta de Celia descolocó a Alicia, porque anhelaba una escena diferente; que desplegase los brazos y le golpeará, y que Eva gritase y su madre irrumpiese en el salón. Al día siguiente lo habrían comentado en clase, y quizá incluso el tutor hubiese convocado a los padres de Celia, a los de Inma, a los de Alicia, para encontrar una solución a tan pocos días de acabar el curso. Sin embargo, Celia calló y retomó su labor, con algo más de prisa, intentando

acabar cuanto antes de copiar el texto que le correspondía. A Alicia le pareció inteligente Celia; inteligente, y con la palabra velocísima, directa. Lamentó haber pasado un curso entero tan cerca de ella, y no haber hablado más; lamentó, también, haberla subestimado y herido de esa forma. No, en realidad: en aquel momento a Alicia le divirtió la situación, con Inma engañada en los halagos y Celia humillada, sin internet y sin televisores, con su blonda ridícula. Alicia no puede fingir que a los trece años sintiera el arrepentimiento de los treinta; tampoco puede imaginar para su adolescencia la empatía que, por otra parte, sigue faltándole ahora.

Entonces sonó el teléfono.

Uno de los asuntos que más preocupaban a Celia, explicaba a Inma en sus conversaciones, era detectar a alumnas que despertasen en ella la imagen de aquella tarde. Había identificado a un modelo al que apodaba «Alicia», y que respondía a las características de su antigua compañera. Una chica que se sintiese superior por cualquier aspecto, porque se hubiese criado en una familia con más dinero, porque se supiese más guapa o más inteligente, y que buscase a compañeras más pobres, más feas, más tontas. Ese gesto en la piscina: cuando te apoyas en los hombros de alguien para impulsarte, para saltar y hundirle al mismo tiempo. A las pocas semanas de comenzar cada curso, Inma y ella se telefoneaban y analizaban a sus estudiantes: primero con el entusiasmo de quien no conoce, luego con el hastío de quien se sabe la lección de memoria. Celia defendía que Inma no lo notaba tanto porque en ciencias costaba mucho más humanizar al alumnado, pero en Historia del Arte la materia lo facilitaba: una Alicia, explicaba Celia, una Alicia no se emociona. Una Alicia finge que se emociona; abre mucho los ojos porque sabe que es lo que corresponde, lo que se espera de ella. Aquella chica se había transformado en arquetipo. Despojada Alicia de sus flaquezas y de sus bondades, a Inma y Celia —Celia e Inma— los años las convirtieron en espectadoras: ocuparon dos asientos en torno a la mesa del salón, oyeron el teléfono sonar, las palabras de Carmen y el llanto de Eva, qué habrá ocurrido con Carmen, qué habrá ocurrido con Eva; el silencio de Alicia. Pero el tiempo las aleja, las expulsa de la escena; primero Celia e Inma se sentaron en la terraza, a mirar qué sucedía dentro del salón, y más tarde saltaron a la calle, de nuevo en aquel paso de peatones desde el que contemplaban el ventanal.

—Entonces sonó el teléfono —zanjaba siempre Celia—. De qué manera tan absurda les cambió la vida, ¿verdad? Con una llamada de teléfono.

Entonces sonó el teléfono. La madre de Alicia respondió, como siempre: había sonado el teléfono en el salón y había sonado el teléfono en su dormitorio. Alicia no entendió por qué irrumpía de esa forma ante las chicas; le desconcertó que su madre, siempre empeñada en maquillarse incluso para sus hijas, permitiese que aquellas dos desconocidas se fijasen en las varices que asomaban por sus piernas, telarañas moradas cerca de la rodilla. Sonó el teléfono y Alicia distinguió algunas palabras de su madre, que explicaba que no, que la libreta la guardaba en el despacho. El ruido, sin embargo, no la condujo hasta esa habitación sino a la que ocupaban las chicas: irrumpió la madre, localizó una libreta de tapas negras en el mueble, junto al televisor, sin importarle la presencia de Celia e Inma descolgó el otro teléfono.

—Aquí estoy, la tenía en otra parte. Me acabo de acordar de que anoche apuntó alguna cosa mientras veía la tele, y la dejó a mano. Te dicto el número.

La voz de la madre frenó el chirrido de los rotuladores contra la cartulina. Eva dejó de colorear, también Alicia; Inma soltó las tijeras sobre la mesa, y Celia tapó de nuevo el bolígrafo.

Las amigas se miraban, atentas a la conversación, intentando adivinar qué voz al otro lado, de quién, sobre qué.

Entonces sonó el teléfono y aquella mujer entró en el salón como un fantasma: una combinación negra sobre la piel blanquísima, negros los tirantes y negro el encaje sobre la piel blanquísima, las ojeras dibujadas por el rímel corrido. Sonó el teléfono y ni Alicia ni Eva se esforzaron en responder: Celia e Inma intuyeron la voz de la madre a lo lejos, a una distancia muy superior a la del pasillo. Sin disimulo, las chicas interrumpieron su tarea para oír: ni puntas de rotulador contra la cartulina gruesa, ni filo de tijera para imitar una silueta de montaña. Carmen tartamudeó mientras localizaba una dirección —lo asegura Inma— o un teléfono —lo asegura Celia—, dictó algo, agradeció el esfuerzo.

—No lo sé porque suele irse de casa antes de que yo me despierte. Anoche me contó que daría hoy una vuelta por los restaurantes... Me imaginaba que comería en el del centro, porque con mi tío estuvimos anteayer. Me dices que no le han visto en ninguno, en ningún momento. Y habéis llamado a todas partes. No, yo no lo dudo, estoy preguntando nada más. ¿Me puedes pasar con mi tío, por favor? De acuerdo, entonces dile que me llame por teléfono en cuanto llegue a uno, déjalo dicho en todos para que me llame, esté en el que esté. No me pongo nerviosa, pero entiende que es muy raro. No me estoy poniendo nerviosa. No me hables como a una imbécil, te lo pido. Mira, lo que voy a hacer es llamar a un taxi e ir para allá. Dejad dicho que vaya mi tío ahí en cuanto acabe. No volváis a llamar a mi casa hasta que yo no llegue ahí.

Carmen desapareció del salón con la misma brusquedad con la que se había presentado ante Celia e Inma: una presencia brotada no sabían de dónde. Para Celia y para Inma, Carmen se había convertido en alguien de fuera de este mundo.

Lo que Alicia recuerda es que aquella tarde su madre la llamó al dormitorio, mientras se cambiaba de ropa para salir a la calle, y le dijo:

—Alicia, tu padre ha desaparecido. En toda la mañana no ha pasado por ninguno de los restaurantes, ni por la oficina, ni por el piso nuevo. Al teléfono no respondía, y ya ni siquiera da señal. La secretaria ha llamado a los hospitales y a la policía, pero nadie sabe nada. El tío Chico ha salido a buscarle con su coche, y se va parando en cada restaurante para que avisen de que no lo encuentra. Diles a tus amigas que se vayan, por favor.

En cambio, lo que sucedió aquella tarde es que su madre la llamó al dormitorio, mientras se cambiaba de ropa para salir a la calle, y le dijo:

—No encuentran a tu padre, Ali. Me voy al restaurante del centro, a ver qué pasa. Cuida de Eva, por favor, y no le digas nada. Voy a avisar a la tía Sole para que venga con vosotras, a ver si me da tiempo antes de llamar al taxi... Ábrele a ella nada más, que no tiene llaves de aquí, o a tu padre si llegara, claro. Tus amigas que se queden si quieres que estén contigo, para que os entretengáis. No le digas nada a Eva. Ponle una película de dibujos, para que se distraiga y no se asuste.

Una familia subía de la ciudad al cerro, para cenar aprovechando que corría algo de aire, y la hija pequeña distinguió a lo lejos el cuerpo del hombre. La niña celebró el hallazgo: igual que en la figura que dibujaba para entretenerse, la cabeza amarrada a la soga, la soga pendiendo de la rama, los espacios en blanco cayendo de las huellas que nunca marcarían la tierra. La madre gritó,

espantada, y el padre dudó si acelerar para olvidar aquello o detenerse. Aparcó a algunos metros —un coche estampado contra el árbol, el coche del ahorcado; puro milagro que no prendiese en llamas— y se acercó con prudencia, como si la muerte fuese a contagiársele. El muerto cerró los ojos al saltar, y el calor le había secado los hilos de sangre de la nariz y de la boca. El hombre vivo regresó al automóvil, condujo hacia la gasolinera más cercana, al pie del cerro, y desde allí llamaron a la policía.

En los días primeros hablaron en el barrio de accidente: la familia pensaba en mudarse a un chalé, porque el piso nuevo se les había quedado pequeño sin ni siquiera habitarlo, o el muerto intentaba ampliar el negocio comprando uno de los asadores, y con tanta prisa quería regresar que perdió el control del coche. Alguien —el hombre vivo, algún empleado, quizá los policías que levantaron el cadáver— describió la soga armada con los cinturones de seguridad, el coche estrellado contra el árbol al intentar simular el accidente, se decía en voz baja en los bares del barrio, en las cocinas de sus restaurantes. Preguntaban a Inma y a Celia si habían oído algo raro en aquella casa: Inma comentaba algo, Celia callaba siempre, en torno a ellas también se erigió la leyenda de que presenciaron el llanto desesperado de Carmen al contestar al teléfono o cuando le comunicaron la muerte del marido. Durante meses surgieron amigos íntimos del matrimonio, cómplices de sus escapadas a la playa, testigos de relaciones paralelas e incluso quienes aseguraban que el muerto aparecía en sus sueños, y revelaba secretos, y aseguraba venganzas.

Meses más tarde, el día de la inauguración de la reforma de la avenida, una vecina se lanzó a la calle desde la azotea de su edificio, y el cuerpo aterrizó —envuelta en una sábana blanca, negándose la visión de la caída— a pocos metros de la alcaldesa. Para cuando llegó el otoño todos habían olvidado a Carmen, a Alicia y a Eva, al hombre ahorcado del cerro, y para entonces ellas ya se habían instalado en otra vida.

LA TEMPLANZA

MADRID, 1975

Piernas arriba: lo ordena María, una capa fina de polvo de talco recubriendo la piel de sus manos. Por favor. Piernas arriba, que lo tenga más fácil. Bien. Así. Le ha limpiado durante el baño, de suerte que apenas le quedaba lograr que se tumbase para colocarle el pañal; en otros momentos extiende una toalla para no manchar el cubrecama, calienta un poco de agua —unas veces la toma del grifo, en la bañera, y otras la calienta en los fogones, como para un té—, humedece un paño y le repasa el culo, enjabona, aclara. El pañal —una tela basta, como un descarte de sábana que no consigue retener la mierda ni impregnarse de orín— lo arma y lo ata en torno a su cuerpo con la naturalidad de quien lo arma y lo ata al mismo cuerpo a todas horas, varias veces al día, todos los días desde hace años: el cuerpo en horizontal sobre la cama, los ojos cerrados —la mirada del cuerpo nunca se cruza con la de María, igual que si intentase borrarla de la escena: una lógica extraña, le parece a María, la de que no existe aquello que no vemos—, piernas arriba. Piernas arriba y con el gesto eleva los glúteos y arquea la espalda con esfuerzo, a veces se lamenta, y entonces María aprovecha para encajar la tela entre el cuerpo y la cama, piernas abajo y cuela el resto de la tela entre los muslos, un nudo a un lado de la cadera y al otro lado otro. María le ofrece sus manos para que se incorpore: estira los brazos, cierra el puño en torno al dorso de la mano de María, resiste con el pulgar, María la atrae hacia ella. Logran la estabilidad. Ya no se fija en el cuerpo fragilísimo que resiste al borde de la cama, las manos aferrándose apenas a la colcha, ignorando que la tela no evitaría su caída, sino que al perder ella el equilibrio le seguirían la manta, quizá también la sábana. Por un momento, mientras busca la ropa para vestirla, María se imagina la forma en que el cuerpo chocaría contra el suelo: saco de huesos, carne escasa sobre los huesos viejos, piel seca y rota. Si el cuerpo cayera mientras María —de espaldasbusca las bragas, las medias hasta las rodillas, un vestido para hoy, ¿le llamaría la atención, lo confundiría con un objeto o con algo que cae en otra casa? Un objeto en el piso de arriba, un libro del regazo al suelo: ¿el peso de doña Sisi a pocos centímetros de ella equivale al peso de un objeto varios metros arriba? El aire y la distancia, el cuerpo de doña Sisi —un quejido agudo, puede que alguna llamada de atención: niña, María, me duele— bajo la sábana, bajo la colcha, desnudo —un pañal de tela basta, bebé de ochenta años— sobre la madera fría.

Durante el baño María se fija en el cuerpo: evalúa daños, compara el de hoy con el de ayer. Advierte una herida nueva o la cicatriz de la herida de días antes, y algunas semanas piensa en avisar a la hija de lo rápido que el cuerpo se le quiebra: la ayuda a sumergirse —con cuidado— y permite que durante un rato la mujer se quede sola, cinco o diez minutos mientras el agua templada.

Al principio María preguntaba si quería oír música, y le cedía el transistor pequeño de la cocina; más tarde notó que a la mujer el silencio o la radio le importaban más bien poco, y se ahorró el movimiento. Entonces, cuando calcula que el agua comienza a enfriarse, María se arrodilla junto a la bañera y frota la manopla contra la piel tensa, ni un solo pelo sobre la piel tensa, franjas finísimas de sangre seca sobre la piel seca, tan débiles que no forman ni costra: sucede como si se abrieran una y otra vez, una y otra vez, a lo mejor la misma sangre distinta. María afronta el gesto con dulzura, más que con eficacia: desliza la manopla sobre la piel, brazo abajo, tronco arriba, procura que la mujer no se mueva, todavía —ha asumido que nunca ocurrirá— no se acostumbra a los pechos y al pubis ni se acostumbra al pudor. La melena decidieron cortarla unos meses atrás, porque en varias discusiones la señora se arrancó puñaditos de pelos blancos; desde entonces cada quince o veinte días María recorta con cuidado el cabello que tapa las orejas al crecer, que desciende por la nuca. María evita los ojos al aclararle, y con una toalla presiona poco a poco: el rostro —aquí la piel también seca, arrugada, piel contra piel en torno a los ojos y la boca—, el resto del cuerpo. Vamos allá, advierte siempre María, o ya hemos terminado, o cualquier otro mensaje ante el que la mujer sabe —lo recuerda, de momento— que debe reaccionar, estirar sus brazos y rodear con ellos el cuello de María: palpa el vacío hasta que nota a la muchacha, y entonces María como puede agarra el cuerpo, lo envuelve en una toalla, lo transporta del baño al dormitorio. Procura no moverla igual que un fardo, sino que imprime a la situación cierta delicadeza, a veces finge la risa o tararea para restar gravedad a la situación, maniobra para que el cuerpo no se le escurra, no gotee y le toque deshacer el camino para evitar las manchas si se seca. Hasta que no le coloca el pañal limpio, hasta que María no la viste, desde que la desnudan para bañarse, la mujer cierra los ojos: si logra no ver su cuerpo desnudo, si no tiene conciencia de que alguien lava su cuerpo desnudo, esa escena no sucede.

Conforme la anciana cumple años se le escapa el peso, la memoria se le escurre: cuando María entró en la casa la madre todavía se duchaba sola, recibía a algunas amigas por las tardes. Las conversaciones alcanzaban hasta la cocina; los temas, incluso la elección del lenguaje, trasladaban a María a algunas de las películas de los cines a varias calles de allí. Repasaban el santoral del día, lamentaban sus achaques, se regodeaban en anécdotas de las décadas pasadas: fiestas, vestidos, joyas, la mediocridad de hoy frente a los años cincuenta, la felicidad pura de sus biografías. El parloteo de las señoras no despertaba la curiosidad en María, sino una rabia sin costumbre, que no le sonaba de otras rabias. María pensaba en aquella época suya: del chozo de los primeros años no sabía más que lo que le había explicado su madre, cuando le hablaba, pero sí se acordaba del barrizal en el nuevo barrio después de las tormentas, y de algunos domingos de frío en la alameda, con las familias estirando la hora del almuerzo, o de las mañanas de verano en el molino; un día prohibieron el baño, y ya Chico no lo conoció.

La hija decía el rosario por la mañana; la madre la acompañaba en la letanía y eludía los misterios, las otras oraciones. Durante ese rato le prohibían a María oír la radio: ella se aislaba de la voz y se dedicaba a fregar cacharros o aprovechaba para bajar a la compra. También durante las tardes se separaban madre e hija: hasta que demolieron la iglesia de al lado de Argüelles, la madre y sus amigas subían Princesa del brazo, y merendaban en alguna confitería cercana; la hija de la señora cruzaba la calle hasta San Marcos o bajaba hasta los carmelitas. Primero murió una de las ancianas, a los pocos meses otra; a estas ausencias se sumaron las de aquellas que enfermaban, ya incapaces de otro camino que no las condujera de su dormitorio al aseo, y las de quienes notaban en el discurso de Sisi los primeros olvidos: una palabra que falla, incapaz de

pronunciar un nombre. La madre se quedó sola con la hija: si María no hubiera quitado el polvo de los marcos de plata, se habría convencido de que ambas se habían generado por experimento. Las fotografías le mostraban a un hombre insignificante, con el bigote finísimo sin importar la época: delgado con la señora vestida de novia agarrada a su brazo; translúcido en las barcas del Retiro, doña Sisi toda rizos con una niña en brazos; nada, casi nada en la más reciente, cuando la hija de entonces ya se modela hacia la hija de hoy y la madre aún retiene cierta gracia, se adorna con un broche, exagera la felicidad. Existió un padre, tal como mostraban esos tres retratos: qué ocurrió con él, cómo desapareció, María nunca lo supo.

A la hija le aterraba que la parroquia de la madre se le cayera encima; aunque la habían restaurado tras la guerra, se negaba a acompañarla y prefería caminar en otra dirección, por mucho que eso supusiera abandonar a su madre por no morir bajo los cascotes. También evitaba que los hombres entrasen en casa en su presencia —ya enferma la madre, María atendió y pagó al fontanero con el dinero que la hija le había preparado— y obligó a María a tirar la comida cuando se equivocó con un par de menús de vigilia. A ella, sin embargo, le tranquilizaron las manías y la desconfianza de la hija: bajo ningún concepto quería que durmiese allí, se lo aclaró desde que la recomendó una vecina para la que servía una amiga de su tía, por el pánico a que María les robase durante el sueño, o con una almohada se vengase de cualquier trauma arrastrado de generaciones, o a saber de qué sería capaz esa muchacha salida de dónde. Nunca consintió la hija en que María variase su rutina: caminar desde el metro de Ópera, cambiarse la ropa de calle y vestir el uniforme, limpiar y fregar y planchar y cocinar, luego hablar con doña Sisi a diario para comprobar que retenía cifras y apellidos, más tarde atender a que doña Sisi no se empeñase en calentar el café por su cuenta, por último bañarla y vestirla, cambiarle aquella tela ruda. Seguro que existen pañales de celulosa, suaves como los de los bebés, pero más grandes; puedo preguntar, ofreció María. La hija se negaba, condenando a la madre a las escoceduras, el olor toda la noche a mierda y a meado, traspasando muchas veces las sábanas hasta el colchón. Aunque María se había prohibido encariñarse con las familias a las que servía —ya había fallado con el niño de la casa primera; mantén cierta distancia, le advertían las otras chicas al coincidir en el mercado, porque te vas igual que llegas—, cada mañana sentía algo por doña Sisi, a la que le fallaba la lucidez algunas veces, pero que otras cerraba los ojos porque no existe aquello —ya sabemos que no somos capaces de mirar. No lástima, no pena; no exactamente lástima, no exactamente pena.

—Es el día de mi santo hoy —anunció la señora.

María no había caído en la cuenta: jamás había oído ese nombre hasta que le recibieron en aquel piso de Ventura Rodríguez para conocerla, indicarle cuánto pagarían y qué no tolerarían. Durante aquel primer encuentro, exceptuando los rosarios, oyó la voz de la hija más que en el resto de los días hasta el de hoy: por lo general utilizaba frases brevísimas, siempre ordenando qué hacer y cómo. María contó que vivía con sus tíos en Carabanchel, que no había nacido en Madrid. No mencionó a Carmen, a quien siempre omitía, ni a Pedro, a quien no había conocido aún. Eres piadosa, quiso saber la hija; por supuesto, contestó María. Años más tarde, cuando la madre enfermó, María comprendió del todo su respuesta. No exactamente lástima, no exactamente pena: piedad. Piedad no por aquellas mujeres que ordenaban y pagaban, claro, sino por ella misma.

—Es mi santo hoy.

María le pidió que escogiese un vestido, que escogiese una medalla o un anillo del joyero; le

preguntó si quería que le pintase los ojos y los labios, pero doña Sisi nunca le respondió. Al principio, cuando la hija marchaba antes a misa porque le tocaba confesarse y aún no habían llegado las amigas de la madre, la señora y María charlaban. Preferían el ruido de sus voces al de la radio: comentaban el tiempo, lo que una comería y la otra cocinaría al día siguiente, doña Sisi insistía en que María le contase detalles de su origen que ella consideraba exóticos, tanta gente en una casa tan pequeña, y me dices que cosías con esas manos tan feas y esos dedos tan bastos, ¿doña Sisi?, ¿le apodan así por la película? Sisi, con una *ese* en cada sílaba, corrigió; la emperatriz, dos *eses* en la segunda. De Sisinia, por Sisinio. Fue papa durante veinte días, a comienzos del siglo VIII. Enfermó de gota y dependía de que los demás le alimentaran. Le hizo gracia a mi padre. Cada 23 de noviembre, madre e hija almorzaban fuera para celebrarlo; cuando la señora enfermó, y no convenía que avanzase más allá de la puerta de casa, la hija insistía para que el almuerzo compensase el encierro. María se esmeraba: asaba un cuarto de pollo para la hija y otro cuarto para que la madre tomase un consomé, verduras en puré para la madre y glaseadas para la hija, preparaba un postre —natillas, la primera vez; a la hija no le gustaron, e insistió a María en que se refinase— que doña Sisi tragase sin peligro.

—Mi hija cuándo vuelve.

María mintió: pronto, aunque no lo sabía. Escogió por la mujer un vestido de manga larga, burdeos, con un tejido recio para evitarle el frío; le colocó las enaguas, las medias, el vestido y los zapatos, y la mujer le ofreció sus manos para que María tirase de ella, y caminar así juntas hasta el salón. Se agarró del brazo de María, y a pasos minúsculos recorrieron aquel piso de techos altos, con luz oscura —ningún producto de limpieza lograba aclarar los ventanales— y un pasillo con tres dormitorios. El principal lo habían cerrado, en el que durmió el padre; María entraba algunas mañanas, aireaba, quitaba el polvo. A uno y a otro lado, el de la esposa y el de la hija, con muebles iguales, el de la madre siempre con un jarrón de flores frescas que María procuraba renovar aunque doña Sisi ya ni siquiera lo apreciara. Un pie, luego el otro pie, paso a paso hasta el salón, hasta que la señora se derrumba en el sofá; con una manta la protege del frío, porque María no quisiera también afrontar un catarro de la anciana. María enciende la televisión y marcha a la cocina, una manzanilla para doña Sisi —la vigilará cuando la beba—, un café para ella; a veces, mientras la hija regresa, la señora y ella se sientan juntas frente a la televisión, y miran el programa; cuando el ascensor ronda el tercer piso, María se incorpora y regresa a la cocina, por si acaso. De las meriendas de los primeros años, a María le llamaba la atención la forma en que doña Sisi adornaba cada historia: en el edificio había otras viviendas más amplias, desde luego, y amuebladas con mayor lujo —María lo intuía cuando bajaba a pedir leche o sal, y hacía lo que podía con el dinero para la compra—, pero la madre apabullaba al resto con sus descripciones, les convencía de pasados gloriosos.

—Quita la tele. Hay jaleo en la calle.

A María la recibieron el viernes con las persianas bajadas, ni televisión ni música, como mucho una tertulia de la radio, no hables si no lo necesitas, en esta casa respetamos a los muertos: la hija prohibió cualquier sonido, y salió a media mañana. Pasada ya la hora del almuerzo, cuchara a cuchara la crema de la madre, María la suya en la cocina, interpretó que la hija no comería en casa y guardó su comida en tarrinas, por si llegaba más tarde con hambre. La hija se adelantó pocos minutos a la hora en la que María solía marcharse, preocupada ya por si tendría que quedarse para no dejar sola a doña Sisi. La hija preguntó: vas a ir por Ópera. María interpretó primero que le advertía que lo evitase, por la cantidad de gente, pero luego asumió que a la

pregunta la armaba otro significado: vas a ir a la capilla ardiente, quería saber la hija. María respondió que sí, que sí, que por supuesto; entendió que le tocaba eso. La hija contestó que eso le gustaba, que le gustaba saber que era una mujer decente, y María salió por la derecha hacia Ferraz, pero en Plaza de España cambió la decisión y subió hasta Gran Vía, siguió hasta Callao, montó en el metro de regreso a casa. María contaba con los sábados y los domingos por la tarde, bastaba con preparar algo de cena que la hija calentase por su cuenta, pero la hija le advirtió antes de marcharse: qué días tan complicados, ya te imaginarás; puede que te toque cuidar de la señora más tiempo de la cuenta. La señora, su madre: María no se imaginaba los motivos, pero dijo que sí, que por supuesto. Cuando el domingo accedió a la cocina por la puerta de servicio, como todos los días, no oyó los rezos de la hija desde el dormitorio, sino el lamento de la madre, con el pañal manchado a saber desde cuándo.

—¿De dónde vienes?

La mujer lo pregunta algunas mañanas: de dónde vienes, cómo has llegado aquí. María no sabe si estira el trato correcto de los primeros años, sustituyendo la meteorología por el callejero; si la confunde con su hija o si su rostro lo descubre cada día. María describe su ruta, con paciencia: el portal, las calles, la parada del metro, las caras que se repiten en el vagón. Ante la indiferencia de doña Sisi —María no distingue si no la escucha, no le interesa o lo olvida de un día para otro—, modifica su relato: no despierta en su piso sino en el de sus tíos, donde vivía aún cuando entró a servir allí, o incluso le cuenta todo lo que recuerda del tramo entre la casa de sus padres y el taller de costura. La calle larguísima de fachadas blancas de cal barata, unas idénticas a otras, incapaz de distinguirlas si no te fijabas en el número —algunos dueños se resistían a colgar el azulejo— o en las conversaciones que se oían dentro. La calle larguísima que desembocaba en otra calle igual, la memoria la tiñe no del gris del asfalto de Madrid —piensa en ese color cuando piensa en la calzada y en la acera—, sino del marrón de la tierra de su barrio. Ya no es su barrio, se advierte cuando en su historia para doña Sisi ella cierra la puerta, cazcalea y cazcalea hasta que las casas se agotan y gira a la izquierda, hasta la parada del autobús. Conforme avanza las casas dejan de parecerse a la casa en la que viven Sole y Chico, sus padres —en su recuerdo Carmen no ha nacido aún—, y tiene la sensación de que esas imágenes pertenecen a otro lugar, de que el cristal no transparenta sino que los edificios y las personas se proyectan en él, como en el cine. Ella no pertenecía a la ciudad de aquellas casas que vio entonces desde el autobús, de aquellos edificios —y lo que suponía que ocurriría dentro de ellos— que rodeaban el taller de costura; tampoco a la ciudad de la primera casa, la del niño que olía dulce, ni a la del piso oscuro de doña Sisi y su hija. Lo sabrá todo después, claro, lo pensará todo más tarde; ahora María habla y doña Sisi mira el televisor apagado, el jarrón vacío, y a veces responde muy bien, o pues ya estás aquí, o quieres un vaso de agua, o no dice nada.

Desde el viernes —el jueves por la noche Pedro se acercó a su casa para contárselo, por si no se había enterado: no existe nadie en este país que no lo sepa, le reprochó ella, con la sensación de que a veces la subestima— María no se baja en Ópera y camina bordeando la plaza, sino que cambia en Callao hasta que la línea amarilla la deja en la esquina de la calle, o desciende por Gran Vía y se fija en los escaparates. Pedro le advirtió que no se acercase a la Plaza de Oriente, y María le prometió que evitaría la zona, pero que de alguna manera tendría que llegar al piso. Como la hija faltó el viernes, y faltó el sábado, y falta hoy, María no se conformó ayer con almorzar en la cocina, sino que se sirvió su plato en la mesa del salón. La hija esperó todo el viernes para acceder a la capilla ardiente, y regresó el sábado, y participó en la oración de la

parroquia. ¿Hoy rezará de nuevo a pocos metros de casa, o habrá convencido a algún vecino para que le haga sitio en el coche y subir a Cuelgamuros? María no ha preguntado, la hija no explicó: el bolso y el abrigo, un portazo. Ni la madre ni la hija dicen nada, nunca: en los muebles fotografías sin apenas contexto, algunas en las que aparece el hombre al que María supone marido y padre, nunca se atrevió a preguntar si falleció; ninguna de las chicas de los otros pisos se ha enterado de nada. Suelen aguantar pocos años: sirven y se casan y sirven en la casa suya, o se cansan de ellas y cambian a otra casa, todas muy jóvenes y de Cádiz, Murcia, Badajoz. No se llaman por su nombre, sino por el piso en el que limpian y friegan y cocinan, María baña a la señora y le cambia el pañal, la del primero derecha no soporta a los mellizos, en el piso de arriba no resisten más de dos o tres meses. Cuando María deje de trabajar allí, nadie volverá a saber nada sobre ella: desaparecerá, como si nunca hubiera existido.

Se oye el ruido del ascensor y María, por el tiempo que ha pasado, cree que puede tratarse de la hija; pero no se detiene en su planta, continúa hasta el piso siguiente, y María se relaja. Deshace sus pasos —ya se dirigía a la cocina— y se fija en la señora, su cuerpo en el sofá, la manta sobre el cuerpo tirado de cualquier forma sobre el mueble. Aunque no le ha preguntado, y María no acostumbra a hablar sin que le dirijan la palabra —a veces dos o tres expresiones cariñosas cuando la baña o la cambia o la viste, para que se tranquilice—, le incomoda el silencio entre las dos. No le queda mucha faena: arreglada doña Sisi, limpia la casa, hace tiempo para preparar el almuerzo y dejar algo de cena. La señora pidió apagar la televisión para identificar el ruido de la calle, sin vincular que las imágenes que veía generaban los sonidos que oía, y cuando María la encendió de nuevo la anciana lo rechazó: entrecerró los ojos, movió de un lado a otro la mano derecha, con esfuerzo. Aunque a la señora no le ha interesado lo que sucedía, María no sabe qué explicarle, y opta por describir aquello que la televisión les había mostrado en los días anteriores: admitía que le impresionaban las colas, cuerpos pequeños desde el palacio y cuerpos pequeños dejando atrás los carmelitas; cuerpos pequeños que se confundirían con doña Sisi y con su hija, también con ella misma, con Pedro, con sus padres. La hija no regresa y María ya no sabe de qué hablar: lejos aún la hora del almuerzo, desobedece a la anciana y conecta de nuevo la televisión, ruido de fondo. Se fija en doña Sisi, los ojos cerrados, dormida en el sofá: ocurre a menudo, duerme mucho desde la enfermedad, por la medicación o por los años o porque no existen muchas más alternativas en su rutina que cerrar los ojos para no ver, dormir, abrir los ojos y dormir de nuevo. María se sienta otra vez junto a ella, en el sofá; de manera instintiva busca su mano —la primera vez, cómo se le ha ocurrido—, la busca bajo la manta, y nota fría la mano. No le extraña por la temperatura fuera de la casa, la lógica del tiempo: finales de noviembre, domingo 23, santa Sisinia. La señora duerme o eso le parece: toca el hombro con levedad, la punta de los dedos de la mano derecha —la izquierda posada sobre la mano fría— tocando el hombro, primero tanteando, luego insistiendo; la mujer no reacciona. María la llama, doña Sisi, un susurro por si duerme y la despertase, luego insiste, repite Sisi, repite Sisi, y el nombre se transforma en una conjunción de deseo: María no quiere que suceda lo que cree que ha sucedido. La voz alta, cada vez más alta: doña Sisi, Sisi, señora, respóndame, el cuerpo deslizándose hacia el lado contrario, saco de huesos, carne escasa sobre los huesos viejos, piel seca y rota. María suelta la mano de la anciana, se aleja su cuerpo de su cuerpo, piensa en qué hacer. Qué hacer, María: buscar ayuda, buscar a alguien. ¿Un teléfono? ¿A quién puede llamar? ¿Chico, Pedro, su tío en aquel piso primero que visita tan poco desde que se mudó al suyo? Buscar ayuda, buscar a alguien: el

portero, algún vecino. Un hombre sabrá cómo actuar.

No utiliza la salida de servicio porque en algunas casas libran los domingos, y quizá no le oigan. Deja la puerta abierta, deja a doña Sisi sin contestarle en el sofá, el cuerpo desplomado hacia el lado izquierdo, huesos y carne y piel tensísima que María se niega a pensar rota, devorada por gusanos; guarda las llaves de la casa en el bolsillo del mandil y no espera al ascensor, se desboca escaleras abajo hasta la portería. La portería ha cerrado: domingo, nadie contesta. María llama a la casa del portero, el puño cerrado en golpe seco contra la puerta, toc, toc toc, toc toc toc, gesto cada vez más alto, ábrame, óigame, soy María, María la de doña Sisi, del tercero, voz cada vez más alta, toc, toc toc, toc toc toc, tienen que ayudarme: nadie contesta. La oreja contra la puerta: nada oye. María retrocede un paso y otro paso, sube la escalera hasta el primer piso, llama al timbre de la puerta de la izquierda y al de la derecha, respira cada vez más alto por el esfuerzo y el agobio, repite ábranme, óiganme, soy María, María la de doña Sisi, ayuda, socorro. La situación de la portería se repite: nadie le abre, qué domingo ideal para el portero y su familia, refugiado en casa de algún familiar en otro barrio, con su mujer y sus hijos ante un plato de arroz en Villaverde Bajo, qué domingo ideal para la familia del primero izquierda y la familia del primero derecha, no le cuesta situarlos agolpados junto a la hija de doña Sisi en una acera, pañuelos blancos en el aire, una lágrima deslizándose del ojo a la barbilla. María, mientras, recorre el edificio: vacía la oficina de la entreplanta, nadie en la portería, vacíos también los pisos del primero, sube hasta el segundo. Sin aire, llama al segundo izquierda, repite su mensaje oiga, abra, doña Sisi, socorro, la de doña Sisi, oiga: nadie contesta a ese lado del rellano. María insiste con el timbre, en varias zancadas aporrea la puerta del segundo derecha, grita ayuda, grita socorro, soy María la de Sisi, ábranme. No repara en la posesión que indica, en que ella misma se entiende como una propiedad de la señora; en ese momento no lo piensa, en esos años no lo piensa. Por fin oye algo: un ruido, alguien ha movido una silla o una mesa, madera contra la madera, los huesos y la carne sobre los huesos de doña Sisi contra el tapizado del sofá. Voy, anuncia la voz que se oye al otro lado, justo mientras la puerta —un seguro, y otro, y un candado— se abre.

—Soy María, la de doña Sisi, del tercero. La señora no me responde. Le ha pasado algo, porque no me habla, le zarandeo y no me habla. Ayúdame, por favor.

—Los señores no están. Subieron al Escorial... No sé si puedo salir de casa. No van a tardar mucho en volver.

María le responde por favor. Le responde por favor, nada más; entiende que la forma en que mira a la mujer añade algo, que la dificultad al respirar —la espiración la confunde con arcada— añade algo, que su cuerpo menudo sujetándose al alféizar y a la jamba de la puerta añade algo. La mujer que sirve en el segundo derecha contesta que sí; que de acuerdo, y supone que si los señores regresan oirán gritos en el tercero, y subirán por si ocurriera algo. Cierra la puerta —se demora: un cerrojo, y otro— y repite los pasos de María, escaleras arriba, María saltándose peldaños, la mujer del segundo un paso primero y otro después. La distribución no se repite —siempre oyó sobre la modestia de los pisos de la izquierda, un balcón menos— y valora el mimo con el que la señora conserva los muebles. En el sofá, pronuncia en voz alta la mujer —algo mayor que María, oyó que duerme en un cuartillo anejo a la cocina: nadie se referiría a ella como la chica que sirve en el segundo derecha—, y María repite afirmando: en el sofá. La mujer rodea el mueble y se acerca a doña Sisi, la manta tapando el frío del suelo. Se inclina hacia ella, y María intuye la mano de la mujer tanteando la muñeca, el cuello. María no se equivocó antes al comprobarlo, un

toque en el hombro, la mano fría; en cierto modo necesitaba que alguien se lo confirmase. Le cuesta respirar; ha tirado el mandil al suelo, como si la cinta en torno al cuello se lo apretase, pero le sigue costando respirar.

—Ay, María —la mujer se acerca—. Lo siento mucho, María. No tiene pulso. No está respirando. Lo siento mucho, de verdad.

De una forma torpe, María recuerda que en aquellas conversaciones para rellenar el vacío, durante sus últimos días lúcidos, doña Sisi había explicado a María algo más sobre su nombre. Ya sabía que lo había escogido su padre —su padre, una expresión sin más: la señora nunca añadió más detalles, un nombre o un origen, una profesión, y en toda la casa no había una fotografía que incluyese a alguien más que a la madre, la hija, el hombre ausente—, y que feminizaba el nombre de un santo que había sido papa, breve y enfermo. Pero la única referencia que yo conozco de la santa, de santa Sisinia, y bajó la voz, se dice en una oración para expulsar al diablo. La mujer miró a un lado y a otro, se aseguró de que la hija no había regresado sin que ella lo notase —en algunas ocasiones se encerraba en su habitación al volver de misa, y ni siquiera salía para comer o cenar—, y le explicó que a los poseídos solo los enfrentan dos mujeres: la Virgen y santa Sisinia. Jesús y el Bautista, los arcángeles y los mártires, los profetas y los jerarcas: a todos ellos, todos hombres, se les menciona, se les conjura nada más. Se pide algo más a santa María, la madre de Cristo, que trae el poder de la palabra y de la cruz, pero es santa Sisinia la que expulsa al diablo: la única capaz, ningún hombre lo consigue, ningún otro santo, de sacar al diablo del cuerpo de los endemoniados. Le hizo gracia a mi padre. ¿Y tú, María, por qué te pusieron ese nombre? Mi abuela se llamaba así, y fue mi madrina de bautismo. Qué bien, María, se alegró la anciana; si algún día llamase el diablo a nuestra puerta, entre tú y yo lo expulsaríamos. Mientras la mujer que sirve abajo le pregunta qué hacer, qué hago, llamo al hospital, a la funeraria, nunca me ha pasado nada así y justo hoy, niña, esta no es mi muerta; María no comprende el posesivo, como si el cadáver de doña Sisi le perteneciera. Para cuando se le agota el recuerdo, la mujer ya ha encontrado el teléfono y María oye su conversación: ha llamado a un médico para el cuerpo muerto, como si las santas de aquella casa oscura encendieran el milagro.

—Sí, les llamo de Ventura Rodríguez, del número tres, del tercero izquierda. No respira la señora, no nos contesta, no tiene pulso. Ya, ya sé que no pueden llegar. ¿Pero Oriente no se vació hace ya un rato?

En Madrid se estará muriendo más gente hoy, digo yo, o han prohibido que la gente se muera hasta que no lo entierren, y la mujer —que intenta no pronunciar «Franco», para evitarse los problemas— fuerza la complicidad con María, que la observa sin ver: ahora ojos al frente, primero la mujer de pie ante la mesa baja, luego doña Sisi en el sofá. María no responde y no han cerrado la puerta de la casa y la mujer se arrepiente por si le han oído desde el descansillo, o por si no pudiera fiarse de María, o por si la anciana recuperase el conocimiento —un susto, la incapacidad de distinguir entre una persona viva y una persona muerta: ella limpia y cocina, no entiende de esas cosas— y la delatase ante sus señores, de nuevo el posesivo, de nuevo la pertenencia de una a otros. María no responde y la mujer modifica su discurso, madre mía, María, lo siento mucho, no sé qué vas a hacer, consuela la mujer mientras María observa de lejos a su muerta. ¿Es su muerta, entonces? ¿Qué tiene que ver doña Sisi con ella? La luz que se filtra de la calle ni siquiera marca el mediodía, pero María y la mujer que sirve en el segundo derecha la adjudican a otra hora, mucho más tarde. No tiene culpa la luz, tampoco ni siquiera las ventanas: María lo achaca —casi la noche— al color de los muebles, de sus uniformes, del vestido que

escogió para doña Sisi. Lo achaca al cuerpo muerto, derrumbado sobre el lado izquierdo del sofá, saco de huesos, piel dura sobre la carne apenas, su peso escaso sobre el mueble viejo, María recuerda que la anciana cerraba los ojos para no darse cuenta de lo que ocurría: cuando no veo algo, algo no existe. Alguien entra en la casa —un médico o la hija, el portero, los señores del piso de abajo reclamando su plato de comida—, no se da cuenta: María abre bien los ojos.

EL COLGADO

CÓRDOBA, 1999

Su cuerpo pende ahora de la viga del salón de actos: alguien le ha atado las manos a la espalda, la ha colgado del tobillo derecho con fuerza suficiente como para que el nudo no ceda y su cuerpo impacte contra el suelo. Eso conllevaría un daño físico, claro, el dolor del impacto, quizá algún hueso roto —la distancia escasa entre el techo y el suelo no implica mayores consecuencias—, y quien haya colgado a la adolescente no busca nada más que avergonzarla. Nadie sabe cuánto tiempo lleva la chica ahí: ningún curso ha ocupado el espacio en todo el día y su profesor de Inglés jura que se la cruzó al entrar a primera hora, pero lo cierto es que ha faltado una clase tras otra tras otra. Como aprueba los exámenes con la nota más alta y entrega todos los trabajos sin excusas —redacción correcta, aunque se le escapa alguna tilde, y un contenido que denota voluntad y capacidad de reflexión—, no se han alarmado: un catarro, alguna prueba médica, ya regresará mañana y nos explicará, ningún peligro de que se haya quedado fumando en una plaza o paseando por el centro comercial. Incluso a la alumna más brillante le apetece desaparecer un día, comprenden y perdonan; pero a ella la han escondido allí, su cuerpo boca abajo colgando del tobillo.

El cuerpo lo descubre una profesora que no la conoce, la de Lengua y Literatura de Bachillerato, porque les toca charla y quería organizarlo todo bien: el centro de flores para agasajar a la conferenciante se le cayó al suelo, flores y tierra y arcilla quebrada cubriendo las baldosas. ¿La chica tiene los ojos abiertos? ¿Mueve los labios? Incapaz de distinguirlo: la han colgado de espaldas a la puerta. La profesora le pregunta si está viva: Alicia responde que sí. No si está bien —no lo está—, sino si respira, si mantiene la consciencia. La profesora se acerca con alivio —no descubrirá el cadáver de una alumna—, y se coloca de frente a la muchacha: la piel de la cara enrojecida, las pupilas clavadas en las suyas. Soy Alicia, de tercero be. Le tiembla la voz por la postura, por el rato que ha pasado boca abajo, pero no se rompe su tono: se ha presentado con tranquilidad, mira a la profesora esperando su reacción. La mujer se marcha y regresa — Alicia calcula que han tardado unos diez minutos: u-no, dos, tres, cua-tro, ha contado los segundos, se aburrió a los qui-nien-tos— acompañada por varios profesores más, el conserje, tres alumnos de último curso transportando una colchoneta del gimnasio. El de mantenimiento tarda unos minutos —acarrea la escalera— y, para cuando uno de los profesores desata el nudo en torno al tobillo, Alicia mira santiguarse al director: a cierta distancia, como si representaran una escena y la observase. ¿Aplaudirá al final? La profesora que la descubrió valora inteligencia en la forma en que pende el cuerpo —quien lo haya hecho se preocupó de asegurar que sesenta kilos de

adolescente se sostuvieran sin dejarle casi marca—; lo comenta en voz baja, confiando en que nadie le oirá, pero el silencio que todos guardan amplifica el tono. Unos profesores —reconoce al de Francés— la sostienen por los hombros, para que no impacte contra el suelo cuando la desaten; los alumnos han colocado la colchoneta bajo ella, para amortiguar el cuerpo si se les resbala. Mientras la descuelgan, Alicia piensa que se lo merece. Liberada del nudo, entre todos la sujetan para que retome el equilibrio; tumban el cuerpo sobre la colchoneta, Alicia les contempla desde su horizontalidad, una cara y otra cara y otra cara la una junto a la otra, la mayoría sin todavía comprender qué ha sucedido.

El profesor no se ha bajado aún de la escalera. Pregunta a Alicia si quiere conservar la sogá como recuerdo.

Lo de que se lo merece ella lo piensa con razón: desde el primer día ha provocado a sus compañeros, les ha humillado, ha disfrutado ridiculizándoles. Nada nuevo. En el colegio habrían respondido a golpes, la habrían esperado a la salida de clase con un puño cerrado directo al estómago, alguien insultándola, puta pedazo de puta, alguien tirándole del pelo hasta arrancarle la goma de la coleta, algunos cabellos enredados; de estos compañeros anhelaba una respuesta más refinada, y han estado a la altura. No se equivocó, aunque en el fondo le moleste admitirlo. Al primero le ganó el placer de verla sufrir un poco —al principio, recién colgada, todavía cierto dolor en la cabeza—, pero el resto del plan lo aplaude: sin fisuras. No importa si tu padre vende grapadoras en un barrio sin paradas de autobús o si apellida un despacho de abogados: dicen que la mediocridad no la transforma el dinero, pero Alicia sabe que no es cierto. Como poco la atenúa, ayuda a disimularla: te permite una paga semanal con la que comprar una cuerda de esparto, una conexión segura a internet —no la pública de la biblioteca, que revela tu historial al siguiente usuario— para aprender qué nudos aseguran sin peligro.

El director ruega que no se comente en clase, para evitar que los padres se enteren de lo que ha ocurrido; una profesora que le suena —ha sustituido alguna vez a la de Sociales— le ofrece la mano para que se incorpore. Alicia se mareá, y se agarra a su brazo para no caer: los estudiantes le acercan una de las sillas, y uno de ellos se decide a hablarle. Te lo estabas buscando. Alicia mira a un lado, a otro, ningún profesor atiende, todos salvo la de Lengua y Literatura —que ya coloca sillas frente al escenario— se han retirado: Alicia se fija en el chico, al que nunca había visto, y le responde que sí. Sí, con orgullo: me lo merezco, como quien recoge un premio. Los aplausos, por favor.

Durante los días siguientes Alicia mantiene su versión: no se acuerda de nada, de repente abrió los ojos y se encontró allí, boca abajo, colgada por el tobillo en el salón de actos, el techo en el suelo y el suelo en el techo y en el horizonte el escenario vacío. ¿Quién lo ha hecho, Alicia? No me acuerdo. ¿Cómo lo ha hecho? No me acuerdo. ¿Cuándo lo hizo? No me acuerdo. Los datos que los curas barajan —años después, Alicia querrá recordar al director santiguándose mientras descendían su cuerpo— los han conseguido preguntando a otros: el profesor que la saludó ese día al entrar al edificio, y que certifica que todo ocurrió al menos después de las ocho y cuarto; un par de compañeras de clase también solitarias, apocadas, que juran que ni siquiera llegó a sentarse en su pupitre, porque se habrían dado cuenta, pero que no saben nada más. Hubo un momento antes de que sonara el timbre que marcaba el inicio de clase, hubo un espacio entre la reja de entrada y el salón de actos —al final del edificio, atrás la biblioteca y la sala de profesores, los despachos—, y por esos huecos se coló quien fuera que colgase a la muchacha. ¿Se trata de una broma? ¿Lo acordó ella con alguien para llamar la atención, se les fue de las manos, no quiere delatarle para

que no acabe salpicándole a ella? Si conocieran a Alicia, si se hubieran molestado en escucharla, sabrían que casi nada le hace gracia. El mismo silencio de Alicia lo mantiene el resto de los compañeros de su clase. Nadie delata a nadie, nadie se culpa, tampoco nadie pregunta por Alicia, que falta a clase desde entonces.

Alicia lo previó el primer día de clase: quién entonces no conocería su historia. La contaron los periódicos: el empresario que intentó afrontar la ruina disfrazando un suicidio de accidente. Seguro que los padres de sus compañeros lo habrían comentado en casa, pobre chica, mira dónde han tenido que irse a vivir. A esas alturas no les garantizaban plaza en ningún centro público, así que la madre no anuló la matrícula: durante la tarde y la noche en la vida del futuro —el barrio antes del final de la ciudad, su madre trabajando en la cocina del tío Chico, su padre muerto—, durante la mañana en la vida del pasado, Alicia se empeñaba siempre en desviarse del camino para mostrar a su hermana, día tras día, el piso al que nunca se mudaron. Eva se quejaba, tiraba de sus vaqueros o de su manga, al final ignoraba a su hermana y caminaba sola hasta el colegio. Alicia se fijaba en el balcón, en las ventanas, y en lo que ocurría dentro. ¿Quiénes estarían ocupando su lugar?

A Alicia le faltaban motivos para su actitud: sus compañeros se conocían desde hacía varios cursos, así que la dificultad de integrarse en el grupo no se justificaba por su situación ni por su origen, sino por el desconocimiento. Para ellos, Alicia era insignificante, no existía, a nadie le importaba: apenas hubo una chica que se le acercó el segundo día y le contó, en voz baja, que su padre había conocido al suyo. Alicia se enteró de que el padre dirigía una sucursal de un banco, y esa información le bastó para no cruzar palabra nunca más con ella, y anotar de qué manera herir a Marina, sensible y boba, amante de los animales, cuánto disfrutó Alicia el día en que una rata aprovechó el mal estado del edificio y se coló en el aula, campando a sus anchas durante una clase entera, demorándose en torno a la muchacha, sus lágrimas cuando se dio cuenta el profesor. A Alicia nadie le dirigía la palabra, y ella no se acercaba a nadie: siempre cuestionaba la obligatoriedad de los trabajos en grupo porque ella vivía en otro barrio, y se excusaba en la distancia y la responsabilidad, yo cuido de mi hermana, no puedo dejarla sola para venir aquí otra vez. Los profesores se lo permitían. Sus compañeros regresaban a casa paseando en grupo, ellas aún se demorarían treinta o cuarenta minutos hasta volver a casa. Eva tardaba de más en la despedida a sus amigas, dos besos y un abrazo y la promesa de llamarse por la tarde, y Alicia la esperaba con paciencia para bajar a la parada de autobús.

Mientras tanto, Alicia soñaba con su padre cada noche: el suicidio de su padre, intentando matarse en un accidente, luego colgándose de un árbol, noche tras noche hasta que por la mañana sonaba el despertador, y Alicia tocaba su cuello y movía sus piernas para asegurarse de que vivía. Nunca lo contó a nadie. ¿A quién? A su alrededor: las amigas que no tenía, la madre que nunca hablaba, el tío que trabajaba a todas horas, su hermana pequeña. Alicia despertaba con la alarma o con el ruido de los tacones de su madre, con el ruido de las pulseras en la muñeca de su madre, el ruido en cualquier habitación del piso pequeño: el dormitorio o el baño, la cocina. La madre se arreglaba para salir al bar y les encomendaba que se vistiesen, que desayunasen, lanzaba besos al aire y cerraba la puerta con alivio: no se reencontrarían hasta la hora del almuerzo, cuando se acercasen para el menú, y luego hasta la hora de la noche, con algo de suerte ya dormidas cuando la madre regresara, con su olor a aceite rancio. Alicia lo forzaba: si se acercaban las diez se lavaba los dientes, se cambiaba de chándal a pijama y se despedía de Eva, absorta ante el

televisor, casi todas las noches cabezadas en el sofá con tal de abrazar a su madre antes de dormir, Eva besando a los desconocidos, Eva estrechando contra ella a quien no lo merecía. Aunque le faltara el sueño, durante aquellos meses Alicia se tumbaba en la cama, con la luz apagada, y esperaba en silencio a que el mal sueño llegase: ojos cerrados, la imagen de la tierra seca en los últimos días antes del verano, escena por escena recreado el suicidio de su padre.

¿Con qué sueñan los demás? En el autobús al instituto Alicia les oye contar que se les caen los dientes, caminan sin ropa por la calle, pierden trenes o repiten los exámenes que ya aprobaron. En casa busca los significados en un diccionario de sueños que compró en la feria del libro de ocasión: miedo a los cambios, preocupación ante un mal momento, altibajos en una relación. No importa si hombres o mujeres, si jóvenes o viejos: nadie confiesa soñar con otras cosas. Ella ha memorizado los sueños ajenos —sus descripciones ingenuas, los detalles que recalcan creyéndose especiales por si debiera incorporarlos a las conversaciones que no tiene, y aplica cada interpretación a su estado vital. Los dientes, la desnudez, la estación a destiempo, el aprobado que no llega: así su relato lo entenderán más verosímil. ¿Quién va a creerle si cuenta lo que ocurre de verdad?

Su cuerpo colgando en el salón de actos del instituto: todavía hoy lo omite Alicia cuando a la hora del café recupera las anécdotas de aquellos años, ese intercambio en el que limpias el polvo de una escena mientras tu interlocutor ni siquiera terminó de contar aquello que le ocurrió. No es que no lo cuente por vergüenza o por pudor, sino porque entiende que con esa decisión —contar la historia, describir la forma en que ese día accedió al edificio y empezó todo, las horas con la piel del tobillo picándole bajo la cuerdales concedería un lugar en su memoria. ¿Tanto lo merecen? Se esforzaron en ganarse la importancia, desde luego: reconoce la ironía, el esfuerzo al planificarlo; reconoce que en algún momento les subestimó. Apenas recuerda unos pocos nombres de sus compañeros de ese curso, desde luego no sus circunstancias: sí las formas en las que les dañó, los motivos por los que durante semanas se preocupó por ridiculizarles o ponerles en evidencia. Marina, ya la hemos mencionado: su nombre sí lo sabe. Otra chica, con el pelo rizado, que intuyó que se reía de sus vaqueros rompiéndose del uso por los muslos. El chico que se negó a prestarle un pañuelo de papel durante un constipado —Alicia se limpió los mocos con la sudadera, avergonzada: al sonar la campana del recreo corrió al baño, durante minutos la tela bajo el chorro de agua fría, empapada al regresar a clase— se lo puso difícil: ni una mala decisión, ni una torpeza en la que centrarse; días y días mirándole en clase, siguiéndole después de asegurarse de que Eva se sentía capaz de tomar sola el autobús, y de que su hermana contaba a su madre que a Alicia le dolía la barriga, que se iba para casa por su cuenta y allí se calentaba una sopa. En clase de Matemáticas, eureka: al chico —Daniel, se llamaba— se le olvida el libro y pide compartirlo al compañero de al lado, para él sí vale la generosidad. De repente, una mirada del chico al otro chico, dos o tres segundos más de lo habitual. Alicia se queda en ese gesto, y durante semanas le sigue la pista: los olvidos continuos —el bolígrafo o el tìpex—, el empeño en comentar los partidos de fútbol —la indolencia del que pregunta y el entusiasmo del que responde—, casi siempre las miradas a las que el compañero de al lado no reacciona, y que el chico que se negó a prestarle un pañuelo de papel mantiene creyendo que nadie le observa. Se equivoca: le observa Alicia desde la última fila de la clase. Se excusó porque llegó la última, fingiendo timidez, pero el curso pasado aprendió que se trata del espacio más inteligente, que le cede una ventaja sobre el resto. Ver sin ser vista. Analizar al resto de los adolescentes de catorce, quince años: situarse, con

respecto a los demás, en la única posición de privilegio que sus circunstancias le permiten.

Ante la desventaja se le planteaban dos opciones: atacar o defenderse. Alicia optó por la primera. De manera, chico que a saber cómo te llamas —tienes suerte, me he acordado: Daniel—, que a saber quién es tu padre y quién tu madre, dónde vives, qué despacho ocuparás dentro de diez o veinte años; de manera, chico que te negaste a abrir el bolsillo de la mochila y sacar tu paquete de pañuelos y entregar uno a la compañera que te lo pidió desde dos filas atrás —la chica de delante de Alicia, y de detrás de ti, Daniel, actuó como vínculo: Alicia la disculpó porque moqueaba igual, y como ella acabó manchándose la manga del jersey—, que te atrae el chico que se sienta junto a ti, algún golpe te tocará para que la próxima vez te comportes mejor, seas un poco más amable. Igual que Alicia lo desconoce casi todo sobre uno, lo desconoce también casi todo sobre el otro: sí entiende que en el ámbito de un colegio religioso existen ciertos vínculos problemáticos. Se plantea de qué forma vengarse, y herirle: desvelar su orientación le parece excesivo e injusto, impropio de ella, siempre más sutil. No pretende hundir la vida de Daniel, futuro ingeniero, futuro auditor, alguien a quien dentro de diez o veinte años Alicia servirá un café o un entrecot: solo un escarmiento, un tirón de orejas que capte él nada más, que le sirva para recapacitar y disculparse por su falta de amabilidad. Una mañana, mientras se cambia el tampón, Alicia lo decide: cuando suena la campana para salir al recreo —como no se habla con nadie, ese rato suele pasarlo en la biblioteca— tarda en recoger, hasta que todos salen. Abre la mochila de su compañero, saca un libro, lo guarda y la cierra. Nadie la acusará: actúa con rapidez y luego se ha preocupado por dejarse ver en la cafetería, en el baño y ante el tablón de anuncios, revisando los intercambios de idiomas; también ha pedido cita a la orientadora, con la excusa de que el año próximo se cambiará de centro y no sabrá cómo asumir tantos cambios. Nadie desconfía de una pobre niña huérfana de padre que pide ayuda, incapaz de adaptarse a un nuevo entorno, confesando que no quiere transformarse en una adolescente problemática. En la siguiente clase, cuando el profesor señala qué lección les corresponde hoy, Daniel descubre una compresa abierta sobre la página, las alas tapando las imágenes, la página la rompe si intenta despegarla. Se dan cuenta él y el chico de al lado, la chica de detrás —ya la conocemos, otra de las solitarias: a Alicia le importa tan poco su existencia que no piensa gastar energía en ella—, Alicia que se arrepiente de no haber recurrido antes a la compresa, por mucho que el efectismo no encaje en sus acciones. El chico de al lado de Daniel se mueve, Alicia nota cómo se clava las uñas en los antebrazos para detener la carcajada; Daniel tardará mucho en mirarle a los ojos, si es que lo consigue. Alicia no lo presenciara, porque para entonces ya la habrán colgado del tobillo en el salón de actos del centro y se habrá quedado en casa durante el resto del curso.

Atacar o defenderse, entonces: cada plan grupal en el que sus compañeros la omiten lo recibe con violencia. Alicia no se apunta a excursiones campestres ni a salidas al teatro con el bono joven, por supuesto, porque no comparte nada con ellos y porque no está segura de que pudiera permitírsele —todo el curso vistiendo la ropa que su madre le compró para el pasado—, e intuye que esto último marca la distancia: sobre todo no la invitan a cumpleaños, a salidas al cine, porque saben que no tiene dinero. Nadie sabe nada sobre ella, pero sí sobre las rodillas gastadas de los pantalones y la gente que espera el autobús a otra parte de la ciudad. Qué pena, pobre niña pobre, pero Alicia quiere que lo hagan, que cuenten con ella: ella quiere que una compañera se le acerque, que le cuente entusiasmada que el sábado han quedado para ir a la discoteca light a las seis de la tarde, que si quiere unirse; Alicia desea forzar una mueca de superioridad, torcer el gesto, responder que no, no pienso malgastar mi tiempo en ti. Quizá esbozar una risa como punto

final, luego devolver la mirada a lo que hiciera, guardar los cuadernos en la mochila, cerrar el estuche. Exige al menos la oportunidad de rechazarles. Como nadie se la brinda, de alguna forma les hará notar que existe, cuerpo casi pegado a la pared del aula abarrotada, tan lejos de la mesa del profesor que alguna vez no le ha bastado con levantar la mano, y ha reclamado la atención levantando la voz. Murmullo en las primeras filas, alguien replica así no, eso será así de donde vienes. Chista el profesor y excusa a Alicia, desde aquí no identifico bien a los de allí, qué quieres saber. Alicia explica, regodeándose en una pregunta demasiado evidente como para que alguien inteligente como ella no la haya resuelto por sí misma; en realidad, busca con la mirada a quien no se la devuelve, convencida de que habrá pronunciado el comentario.

En el fondo siente cierto orgullo: de lo que ha logrado despertar en sus compañeros, de la forma en que ellos reaccionaron. ¿Tan mal se comportó? Lo han calculado todo, la distancia y el peso, los horarios: prueba superada. Si pensara en lo que ocurrió, si dentro de diez o veinte años pensara en lo que ocurrió, le quedarían dos opciones: el fingimiento o la verdad. Hacerse la tonta, como ante las preguntas de los profesores: no conocía a quienes lo hicieron, no sé cuándo lo hicieron, no sé por qué lo hicieron. Sin embargo, ahora, la verdad: cuatro personas. ¿Actúan de forma aislada, un grupo de gamberros, o representan a toda la clase, una asamblea decidiendo la mejor forma de que Alicia calle hasta final de curso? Mario —primera interacción con él: habla mucho con Marina, la de la rata y el padre director de sucursal— la agarró por el pelo, ante la satisfacción de Alicia: el escándalo que hubiera preferido, que habría igualado a la clase de los carmelitas con el alumnado del colegio público y su patio de cemento. La alcanzaron por la espalda: en el pasillo de acceso se agolpaban chicos y chicas, abrigos y plumas, mochilas en número suficiente como para verse obligada a avanzar sin poder retroceder. Se lo han puesto difícil. Camina porque prefiere la tensión al dolor físico, que no tolera bien. Mario tira de la coleta hacia sí, ella se resiste y empuja con la cabeza hacia delante, él la empuja presionándole en la espalda. Alicia enfila hacia la zona de la sala de profesores, los despachos y el salón de actos, confiando en que algún adulto identificará varias manos que fuerzan a otra compañera. No necesitan ese gesto para obligarla —son cuatro contra una—, pero entiende que Mario disfruta pensando en el dolor que le inflige. En ese momento Alicia oye: mírala, está yendo solita. Mario cambia la fuerza de la mano izquierda, la que tira del pelo, por la de la mano derecha, extendida sobre la espalda, firme contra ella. Así que existe un plan, piensa Alicia; también piensa en que la situación se pone interesante. Y responde dónde, y le contesta a la sala, al salón de actos. Por supuesto que enlaza la voz —la misma todo el rato con un rostro, un nombre, un cuerpo; no le interesa lo que tengan que decir, pero en clase siempre escucha, por si algún detalle le sirviera. Susana, rabillos en los ojos y la mejor nota en Educación Física: los libros no se le dan tan bien. No recuerda Alicia si le ha hecho algo: Alicia a Susana, claro; de Susana, tan simple, le sorprende que haya aceptado tener que ver con lo que sea. Alguien —otra voz distinta: Sarita, se burló de ella cuando salió a la pizarra y cometió varias faltas de ortografía, regresó al pupitre muerta de la vergüenza, no volvió a ofrecerse voluntaria nunca más— anuncia abierto, que está abierto, ya explicó el tutor el primer día que no se cierra bien porque la puerta se hincha, y que por eso a veces también cuesta abrirla y han suspendido algunas conferencias. Una cuarta voz —hola, Daniel: ya te esperaba— les anima rápido, rápido: pueden descubrirles si alguna clase lo ocupa a primera hora. Susana ahora le ata las manos con una cuerda de esparto; Alicia se deja hacer, curiosa. Mira a unos y a otros: le parecen todos iguales, la melena oscura y larga de ellas, el pelo

corto de ellos, peinado hacia arriba con gomina. Intercambiaría sus rostros y sus identidades, y nadie jamás repararía en que el adolescente que se sienta a su mesa para almorzar es otro distinto al que salió de casa para ir al instituto. La cuerda buena la tengo en la mochila, explica Mario. Corre, súbete. Alicia calcula que quien se encarama sobre otro compañero para atar la soga a la viga deberá de ser alguien delgado y ágil: Sarita como mucho, suerte de la escasa altura del salón, de la economía de medios de los curas, que en el mismo espacio construyeron dos plantas y se negaron a los techos altos. ¿En serio? ¿En serio su vida acaba ahí, en el salón de actos del instituto, ante un cuadro en el que san Juan de la Cruz recibe la iluminación de un rayo que es el mismísimo dios, ahorcada por Mario y Susana y Sarita y Daniel? Bueno, cosas peores se han visto, piensa mientras le dan la vuelta. Eso sí la desconcierta: no la soga en torno a su cuello, sino el momento en que la ajustan a su tobillo derecho.

Cuando Alicia responde que no se acuerda es porque no se acuerda, y cuando Alicia responde que no lo sabe es porque no lo sabe. Más bien: no que no se acuerde ni que no sepa, sino que su tiempo vale más que el que invertiría en explicar lo que ocurrió. Lo pregunta el director mientras se ajusta el alzacuellos, y Alicia se mantiene firme; lo preguntan un cura y otro cura y otro cura, con los que jamás ha coincidido en los pasillos, a quienes jamás ha oído en el culto —les obligan a menudo a ir a misa, algunos domingos Eva y ella haciendo y deshaciendo la ruta de autobús para comulgar—, y Alicia insiste en que no se acuerda y en que no lo sabe. Uno de ellos la justifica, por el miedo; no deben presionarla para que delate a sus compañeros, porque el terror —¡el terror!, se repetirá Alicia en casa, por la noche, guardándose la risa— habrá bloqueado su memoria. A saber qué horrores le habrá tocado padecer, explica al resto, después de la experiencia terrible del pasado; qué pruebas nos brinda nuestro señor para que le mostremos ser dignos de él, ¿verdad? Alicia responde que claro, que sí, que verdad, y comprende que sin saberlo le han facilitado la excusa perfecta. Si les delato, padre, ¿cómo me arriesgaré a volver a clase? Pendiendo de la viga del salón de actos, colgada boca abajo, Alicia oyó cómo se escabullían sus compañeros, Mario, Susana, Sarita, Daniel, a quién se le ocurrió la idea, quién convocaría al resto: recogieron las mochilas, se aseguraron de no olvidar un llavero o un estuche que les delatase, alguien —ya no pudo darse cuenta: la colgaron de cara al escenario— se había esforzado en doblar el abrigo y proteger la mochila de Alicia para que nadie la robara. El gesto —lo pensó después— le enterneció: causarle daño, pero hasta cierto punto. Les costaba abrir la puerta, cerrada para que nadie les interrumpiera. Cuando oyó el portazo cerró los ojos, esperó con paciencia a que alguien la descubriera y a que la descolgasen. Transcurrieron varias horas — juraría que durmió un poco— hasta que una profesora quiso fingirse profesional ante una conferenciante a la que admiraba, y aprovechó su rato libre para colocar las sillas en la sala, recibirla con un centro de flores al pie del escenario, descubrir el cuerpo de Alicia colgando de una soga.

Un rato antes, mientras Mario y Susana y Sarita y Daniel indicaban qué hacer los unos a los otros, Alicia les había interrumpido:

—Mi padre se ahorcó. Del cuello. Si de verdad queríais reiros de mí, se os ha olvidado ese detalle. Adelante.

No la oyeron o fingieron no haber oído nada. Reían. Callaban. Comentaban lo mucho que aquello impresionaría a los demás. ¿Era todo por eso? ¿Lo evocan hoy, años después, mientras toman un café con los amigos? ¿Se ha quedado Alicia en su memoria?

LA BATALLA

MADRID, 1982

Toma, María: la cerveza. ¿Por qué? ¿Por qué brindamos? Pero quién se ha pedido una caña. Una caña hoy; ya que estamos, haber pedido una copa de vino. ¡O champán, igual que los franceses! ¡De allí vienen todos estos! ¡Tres cañas! ¿Pero con quiénes he quedado yo para irme por ahí? ¡Estoy por volverme a mi casa a llorar! ¡Pues por qué vamos a brindar! Por lo que viene. ¿De verdad vas a fiarte de alguien que salió corriendo en los peores tiempos? Una caña, otra caña, un doble que al chocar con los vasos pequeños se derrama —apenas unas gotas— en la mano de otro, una copa de vino, alguien que acerca un refresco. ¡Eso da mala suerte! ¿Quién se ha pedido un mosto? Que estamos de celebración, joder, no de funeral. Un mosto. ¿Cuántos años tienes? ¿Tu mamá te deja salir solita, guapa? Qué manera de gafar el país. ¿Te pido otra? ¡Un brindis más! ¡Por nosotros! ¿Dónde quedó la solidaridad? ¡Por nosotros y por los demás! ¡Por nosotros y por los compañeros que no han podido venir hoy! ¡Por la chica de la barra! ¡Sobre todo por la chica de la barra! El cristal contra el cristal contra el cristal, una mano —vello en las falanges, blanco el blanco de las uñas, apenas dañada la correa de cuero del reloj— se une al brindis desde el grupo de al lado, en la barra se confunden los amigos con los desconocidos. María acerca su palillo —no les han dado tenedores— a un plato de croquetas, consciente de que pertenece a unos hombres con bigote, iguales los unos a los otros, le cuesta distinguir entre melenas y barbas y chaquetas idénticas; pincha una croqueta, pincha otra más tarde, otra más, hasta que el tenedor de uno de ellos toca en la loza, y al levantar la vista la encuentra a ella, masticando.

—¡Si tenemos aquí a una ladrona!

A María le salta la risa nerviosa, la boca todavía llena de bechamel y restos de cocido, y el tipo la mira y ríe también, con ella. La reacción de él se llama ceremonia: imita una reverencia ante María, besa su mano —el palillo todavía dentro del puño cerrado de ella, la baba de él en el dorso—, pide a la camarera que le ponga otra de croquetas, para la señorita nada más. María responde que no, que qué vergüenza, que ella paga sin problema la ración; huele en el bar a encurtidos, a sudor y a cigarrillos. Fuman los hombres del grupo de las croquetas; ya todos con la atención en ella, el cuerpo hacia sus amigos y el rostro hacia ellos. Termina girándose, como si los otros le reclamasen. No le exigen nada, apenas le han hablado, pero ella tiene la sensación extraña de que les debe un poco de atención. No se confundía, en realidad: sí con la primera croqueta, porque pensó que la había pedido Pedro, pero no con la segunda, cuando ya identificó que los hombres junto a ella —sus manos sin marcas de accidentes, las uñas bien cortadas— comían de

ese plato. Entonces se atrevió a pinchar una, dos más, pensando en que con ese gesto establecía una rara justicia.

—Pero ven, mujer. Ven a brindar también con nosotros.

María se fija en el hombre que le habla: en el contraste entre el pelo negro, rizado y abundante, y el bigote débil, como si lo forzase, unos pocos pelos a un lado y otros pocos pelos al otro. Se fija también en el recorrido de sus ojos: mira su cara el hombre, mira también su cuerpo, repara él también en las manos. Lo que encuentre será la piel agrietada, levantándose en torno a las uñas sin pintar; lo que busca, imagina que un anillo. María ya ha vivido esa misma situación otras veces, y sabe de qué forma acaba, así que sonrío y regresa con su grupo. Rodea la cintura de Pedro, y le besa en la mejilla. Oye las voces de los hombres pisándose la una a la otra, quizá algún comentario sobre ella que no logra detectar. Toma, María: la cerveza. He visto que ya se te había terminado la caña, querías otra, ¿no? Hoy hay que celebrar. ¡Es un día especial! Se lo dice cualquiera de los amigos con los que se han reunido en un barrio que apenas conocen: unos porque trabajan cerca, y lo pasean muy temprano o muy tarde, y otros de algún día libre en que se acercan al centro, como quien se convierte en turista de su propia ciudad. No recuerda quién lo propuso en la última reunión: si ganan, el viernes lo celebramos, ¿verdad? No el mismo día, por no faltar al trabajo, pero sí el viernes, sin falta. A un bar cerca de la oficina, que el jefe nos ha hecho la pascua de quedarnos hasta tarde hoy para cerrar el mes. ¡Pero no te quejes, ministro, que eres el único de aquí que viste camisa a diario! ¿Otro brindis más? ¡Por nosotros, claro! María se ha unido porque Pedro lo pidió: si no, no coincidirán hasta la semana siguiente, y además ella asiste a todas las reuniones del grupo, y cuando en la asociación necesitan que alguien cocine en las jornadas de convivencia o limpie después de alguna copa, ella se ofrece siempre. A varios de ellos les costó, porque preferían verse sin mujeres ni hijos, pero alguien preguntó quién fregaría si ella se negaba, de manera que lo aceptaron. Si te la bebas de un trago pago otra ronda para todos. ¿A quién se le ocurre pedirse una copa de tinto? ¿Pero qué heredaste, chaval? ¿El Marquesado de la Brocha Gorda? No, yo soy el Duque de la Palanca Veloz.

Ninguno de ellos milita en un partido, aunque a algunos les gusta pensar que hacen política, a su manera; otros, sin más, disfrutan de las conversaciones, sienten que de esa forma sirven para algo más que para el trabajo mecánico. Lo advirtió Pedro en un discurso glorioso, un mediodía, ante un arroz con verduras: pensad en el día en el que todos esos, jefes y jefazos, se planteen que nosotros pensamos por nuestra cuenta. Unos han votado por el PSOE, y otros han votado comunista; Pedro, ella misma, quizá algún otro compañero por el gesto amargo al encontrarse los ojos en el brindis, y por su firmeza la semana pasada, expresando en el bar sus dudas sobre el programa de Felipe González. María tiene claro que ellos no han ganado, le dijo a Pedro anoche, por teléfono, pero se consuela con la felicidad de los amigos de Pedro: no sus amigos. Tampoco recuerda en qué momento coincidieron por primera vez: sí cuándo se conocieron Pedro y ella, por supuesto, pero no la primera reunión a la que asistió uno, cuándo otro se incorporó al grupo. Algunos pertenecían a un grupo de la parroquia, que se disolvió en cuanto cambiaron al cura; Pedro se apuntó a la asociación de vecinos para que le ayudasen con lo que tenían en casa. Con el tiempo le acompañó María a las reuniones, porque preguntaba mucho, y le acompañó también el vecino de arriba, que le había ayudado a tramitar la paga de su hermano, así que podía servir para echar una mano con la burocracia.

Para ellos, María supone una presencia constante, pero siempre la tratan como una extensión de Pedro. El grupo se acostumbró a prolongar las reuniones en el bar de la esquina de la

asociación, y pronto saltaron a otros temas: mejorar el asfaltado en según qué calles, voluntarios para cumplimentar las solicitudes de viudedad, orfandad y minusvalías, no te pierdas este libro, esta película, este elepé. Si enmudecían ante una bronca de su jefe para conservar el empleo, ¿de qué manera les consolaría la ficción? A algunos les servía, otros se sentían impostores, otros no reaccionaban y fingían entusiasmo para no quedar mal ante los demás. Había también quienes consideraban que todo aquello les distraía de la lucha verdadera, e insistían en dar el paso: militar, sindicarse, cambiar el mundo de verdad.

Algunos regresaron al barrio, y aquella noche quedaron cuatro cuerpos: Alfonso, Víctor, Pedro, María también. Víctor irrumpió en el bar al grito de «¡gran noche!», y Pedro le recibió con un doble de cerveza. Se le tiñeron los labios con la espuma: Víctor se demoraba siempre al unirse al grupo, y María acabó suponiendo que forzaba así una entrada triunfal, más poderoso. Era el más joven de todos, el más ingenuo, también el más alto. Dejaron de gastar bromas porque se las creía todas. Sus padres se habían instalado en el barrio en los años cincuenta, desde un pueblo extremeño, y él nació ya en Carabanchel; en las reuniones le otorgaba una ventaja con respecto a los demás. Por aquellas calles había correteado él de niño, pensaban todos, de forma que quién se atreve a discutirle qué hacer, de qué manera comportarse.

—Imagínate. Un gobierno de izquierdas, socialista, en nuestra democracia. Con mayoría absoluta. Aupado por los trabajadores. ¿No crees que alguien contará esto algún día?

—Víctor, bienvenido al mundo real. ¡Toc toc! —Alfonso acerca sus nudillos a la cabeza de su amigo—. ¿Hay alguien ahí? Mira el periódico. Dice aquí: 29 de octubre de 1982. Ya lo están contando. Los periódicos, las radios. No se oye otra cosa en ningún otro sitio.

—Hombre, las noticias se nos olvidarán pasado mañana, pero los libros y las películas se lo contarán a nuestros hijos, a nuestros nietos, igual que nosotros ahora conocemos qué ocurrió por ellas.

—¿Y quién lo va a contar, Víctor? Tú y yo acabamos de salir del trabajo, libramos los domingos pero a ti te toca la familia, Alfonso tira para el pueblo con sus suegros, y yo me quedo con lo mío. ¿Cuándo podríamos sentarnos a contar nuestra historia? ¿Podríamos hacerlo? Sabes que me embarullo si me toca escribir. Ni tengo tiempo ni sé cómo. Pero si Juan José me tuvo que ayudar a pedir lo de mi hermano...

—¿De verdad te crees que a alguien le va a interesar lo que tú tengas que decir, Pedro? Les interesará lo que tengan que decir ellos. Este, este y este: los de la foto del periódico. Olvídate porque no son como nosotros. Estos han estudiado, para empezar. ¿A cuántos de nuestra edad conoces tú con estudios? Y no me vengas con el cursillo de la mujer de Víctor. Hablo de estudios de verdad: de la universidad, con sus años y sus asignaturas, y sus familias pagándolo todo. ¿A cuántos de nuestra edad conoces tú con estudios, y que no hayan sido tus jefes? Ni a Juan José, fíjate, ni a él le tratan igual en la oficina que a sus compañeros. Estos de aquí, los del periódico: estos son nuestros jefes.

—Eso significa que no son de los nuestros, Alfonso. Son nuestros enemigos.

—¿Que estos son nuestros jefes, Pedro? Luchan por lo mismo por lo que luchamos nosotros. Cobrar lo que merezco por mi trabajo, que no me obliguen a echar más horas de la cuenta, que mis hijos tengan la misma educación que el resto. Tenemos que darles un voto de confianza.

—Estoy pensando en lo que decías, Víctor: en que alguien cuente esto dentro de algunos años. Les interesará lo que ocurre ahí, en la foto, ¿no? Y lo que les ocurre a ellos. Pero no me parece que pueda interesar a nadie lo que hablamos nosotros aquí, en un bar. Y si lo cuentan, ¿de qué

forma? ¿Lo harán tus hijos, tus nietos? ¿Te acuerdas de aquel libro del que hablamos el año pasado? El del buen salvaje. Un pobre trabajador ignorante, bondadoso, hambriento. Intercambiables: sin importar de dónde venimos o cuál es nuestra historia. El mismo papel cumplo yo que cumples tú. ¿Es así?

—Mira, Pedro, lo que no entiendo muy bien es qué quieres decir, entonces. ¿Que mis hijos no serán como yo?

—Más o menos. Si estudian, si van a la universidad, serán otros. Si salen del barrio, si tienen un trabajo mejor, su vida ya será otra. ¿No te lo parece, Víctor? Tu mujer, que se fue del pueblo, aunque volváis de vez en cuando, ¿se comporta igual que las mujeres que se quedaron allí? ¿Cómo habla cuando habla sobre ellas?

—Me cago en todo, Pedro. Que es viernes por la noche. ¿No puedes beber y ya está? Claro que mi mujer no es como sus primas. Mi mujer se vino aquí. Es otra cosa.

—Justo eso: ¿quién escribe en los periódicos? ¿Quién habla en el Congreso? Si lo hacemos así, estaremos utilizando las mismas palabras que usan nuestros enemigos.

—Otra vez... ¿Tú crees? Esta noticia, yo la leo y la entiendo: Felipe González Márquez, de cuarenta años de edad, que será con toda probabilidad el nuevo presidente del Gobierno español, afirmó esta madrugada, en su primera declaración al país tras la victoria... Dime qué palabra de aquí no se comprende, aunque no hayas estudiado y trabajes en una ferretería. Lo que yo muchas veces no entiendo son los libros de los que habláis en las reuniones. Me los prestas, los hojeo en el autobús, pero no los entiendo. ¿En qué idioma escriben? ¿A qué se refieren? Que me enseñen las manos los que los han escrito: ¿han trabajado alguna vez con ellas? Trabajar: no coger un boli o aporrear una máquina de escribir. No sé cuál es el lenguaje del enemigo, si ni siquiera la que se supone que es mi propia gente quiere que me entere de lo que defienden...

—¿Y quién es el enemigo? ¿Estos de la portada? A ver, María. Pon orden que Pedro se nos está mosqueando. Un poquito de deportividad, hombre.

Hasta ese momento, María asiste en silencio a la conversación: un trago corto a su cerveza, una loncha de chorizo entre el pan, comiendo y bebiendo se entretiene mientras escucha. No sabe si intervenir, más bien sabe que no debe hablar: prefiere evitar el malestar de Pedro y la estupefacción del resto; bastante ha conseguido uniéndose a la salida, y no quedándose en casa. María ha preferido el silencio, como siempre; acude a reuniones y asambleas, anota los títulos de los libros que se mencionan y los busca para leerlos, anota luego las ideas en cuadernos que acumula en el mueble del salón, jamás levanta la mano. En casa es diferente: con Pedro discute sobre política, y discute no tanto sobre lo que sucede ahora, sino lo que sucederá después. Ella piensa en que tiene una hija. ¿Qué vivirá su hija? ¿Qué le ocurrirá a su hija cuando cumpla su edad de ahora? En los ejemplos, sin embargo, prefiere recurrir a los hijos de otros: ¿qué vida corresponderá a los hijos de Alfonso, a los hijos de Víctor? ¿Les preocupará también pagar una hipoteca, incluso una caña en el bar un viernes por la noche? ¿La forma en que se cuente su historia? Cuando Pedro reproduce sus ideas —no las de él, sino las que ella le expone— ante sus amigos, y nota el respeto de ellos, a María se le despierta el orgullo, porque en cierto modo lo entiende como un reconocimiento a lo que piensa, aunque nadie sea consciente de que lo piensa ella.

—Él no está tan contento. Tú lo tienes que entender... Pedro no se fia del todo.

Ella mira a su alrededor. Continúan la discusión, que para ella ahora —tras su intervención— se ha convertido en un rumor de fondo. Cuenta a tres mujeres en todo el bar: una entre la cocina y

la barra, algo más de cincuenta años, manchas en el delantal, sospecha que la mujer del dueño; otra chica muy joven, sentada en una mesa con un grupo de chicos de su misma edad —veintipocos, universitarios que pican algo antes de salir de fiesta—; y ella misma, que tiene treinta y tres, y hoy ha sacrificado las horas de sueño por unirse a la celebración. Tampoco abundan las mujeres en la asociación del barrio, y recuerda que casi todas las que asisten a las reuniones —ella misma, con Pedro— lo hacen con su pareja, y nunca hablan. Lo que le dice a Pedro lo habla también con otras mujeres, una a una, o una a dos: nunca demasiadas, siempre en el salón de una casa, a veces mientras llora un bebé o una niña se entretiene jugando en el suelo. Identifica el ambiente con el de las primeras reuniones después de conocer a Pedro, cuando él trabajaba aún en la fábrica con el marido de su prima, y un domingo le oyó hablar sobre la solidaridad entre los obreros; desde entonces procuró sentarse cerca de él.

Lo que ocurre con aquellas mujeres no lo debe saber nadie. El enemigo para ellas es el jefe: el que tiene más dinero, más poder, el que les cambia el horario sin contar con su opinión, el que las mira por encima del hombro. El enemigo es el jefe, y es la mujer del jefe, y es la hija del jefe. Pero el enemigo también, lo advirtió una vez Loli, era el hombre que dormía con ellas. Estamos aquí, les explicaba, pintándonos ante el mundo como amiguitas que toman café y comentan las bodas de las famosas, porque nuestros maridos no soportarían escucharnos: ellos serían los primeros en prohibirnoslo. La hija pequeña de Conchita les guardaba folletos de la universidad: divorcio, aborto, feminismo. ¿A cuántos hijos has parido, Loli? ¿No hubieses preferido vivir algún embarazo menos? Conchita, ¿en serio esperarás a que tu marido se muera para vivir como te dé la gana? ¿Por qué tú, más fuerte e inteligente que él, debiste quedarte en casa cuidando de tus hijos, y no saliste a ganarte el pan que comes? Lo mismo con Irene, que en el pueblo trabajaba en el campo —algunas cicatrices, no todas de la azada que su hermano le enseñó a utilizar sin que el padre lo supiera— y en la ciudad en casa, a puerta cerrada, y que si decidiera separarse no tendría cómo mantenerse. La han intentado ayudar, pero no saben cómo: en ninguna de sus casas sobra el sitio para una mujer sola con sus hijos, y ni los ahorros de todas juntas sumarían para un piso pequeño o un abogado que gestionase el divorcio, y no lo verbalizan, pero tampoco —a María le avergüenza esta sensación— quieren arriesgarse a convertirse en el centro de la ira del marido, del que Irene les ha contado tanto. Sobre María hablan menos, porque a ella le cuesta. Las mujeres viven en la misma calle y charlan sobre eso; la hija de Conchita les explica con cariño lo que no entienden, a veces María se queda con los hijos de Loli si oye ruido en el piso —puerta con puerta—, miran todas mucho —lo que pueden— por Irene, la que más calla. Nadie sabe nunca la guerra que se libra en sus salones: pensad en el día —lo advirtió María una tarde de sábado, algo más de leche en su café, mientras el marido de cada una tardaba en regresar a casa— en que se planteen que nosotras pensamos por nuestra cuenta.

—Pero miradnos a nosotros —en la voz de María—. Ayer no pudimos ir a la calle Mayor ni a San Jerónimo porque hoy trabajábamos. Y hoy, en vez de tomarnos las cervezas en el bar de Mateo, en el barrio, hemos venido aquí, no sé muy bien por qué. ¿Qué pretendemos con esto? ¿Fingir lo que no somos? Ese grupo de ahí: visten nuestra ropa, pero son abogados. Les pagaron una carrera. Viven en buenos pisos, aquí cerca. Los de allá: estudiantes. ¿Qué hacías tú con diecinueve años, Víctor? ¿Y tú, Alfonso? ¿Pedro? ¿Estar de cañas el viernes por la tarde con los amigos? ¿Jugar a las cartas en la cafetería? Yo callaba y limpiaba la mierda en una casa, en otra: no importaba dónde, a quiénes. ¿Qué, ahora? ¿Brindamos por el futuro?

No es lo que sucede, por supuesto. Sucede en la intención de María, pero tras pensarlo se

calla otra vez, bebe un poco y echa un vistazo a la carta. Pedro le pregunta si tiene algo más de hambre, porque estaban pensando en ir a otro bar, más música, menos luz. ¿Quieres irte a casa, María? Quizá lo prefieras. Ella dice que no con la cabeza, no a todo: no tiene hambre, no quiere irse a casa. Pagan, se despide —busca su mirada, levanta la barbilla— del dueño del plato de croquetas, y cambian a otro sitio.

—Me gustan tus pantalones.

Ha entendido que a la mujer le gustan sus pantalones, pero María viste unos leotardos. Es el tercer bar de la noche —el cuarto, si añade a la ruta el de las raciones y las cervezas— y María cree que ha bebido demasiado. En breve le tocará convencer a Pedro para regresar al barrio, y ducharse rápido, y cambiarse de ropa; mañana —ya hoy— trabajará con dolor de cabeza, pero le queda el consuelo de que descansará durante la tarde, y de que libra el domingo, aunque quizá Pedro quiera acercarse un rato a casa después de comer. Cuando se unió al plan del viernes casi lo calculó todo: una noche diferente, en un barrio que no recordaba haber pisado casi desde que se mudó a Madrid, y que conocía por recortes de periódico. Ahí está ella, con sus leotardos negros y su camisa con hombreras, tan larga que la confundió con un vestido, en aquel bar en el que todo el mundo mide cuatro o cinco metros más que ella.

—Que me gustan tus pantalones, te digo.

—No son pantalones. Son leotardos.

—¿Y vas enseñando el culo por la calle, niña buena?

Le explica con paciencia que no, que para la calle viste un abrigo largo, que le tapa hasta las rodillas; y que los leotardos son negros —simple vista, añade con sorna— y la camisa alcanza hasta la mitad del muslo. Traduce en palabras, al fin y al cabo, lo que la mujer vería si se molestase en mirarla. María sí se fija en ella: el vestido tan corto que muestra la ropa interior, la tela brillante —con una tela así, piensa María, no me atrevería ni en Nochevieja—, unos pendientes grandes con forma de piña, el maquillaje que se adivina flúor pese a la poca luz del baño. María apenas se ha pintado, un poco de rímel y carmín ya en el segundo bar. No ha bebido tanto, después de todo, si es capaz de describir a la mujer con tanta claridad; o quizá sí ha bebido mucho, pero aguanta bien. Lo dicen los de ahí fuera: María bebe como un hombre.

En el aseo para mujeres hay un único váter. Hace un rato que salió una chica y entró otra, que tarda y provoca una espera mínima: la otra mujer y María, para las que hay espacio en el baño, y otra chica que abre y cierra la puerta desde el interior del local, para comprobar qué sucede. La otra mujer da tragos cortos a la cerveza, uno tras otro, y en voz alta inicia el parloteo, no sabe María si incorporándola a la conversación, o si llenando el silencio porque le aterra que no se oiga nada. Del exterior se cuelan la música, las voces, algunos cascots de botella contra algunos cascots de botella.

—Prefiero la cerveza al vino o a una copa. Me conecta con mi alrededor. El vino tiene un encanto que a mí me pilla ya muy lejos, ¿no crees? Y las copas... Pienso en una copa e imagino a mi padre y sus amigos en las fiestas de verano. No tienen nada que ver conmigo. Prefiero la cerveza. —Acerca su botellín al de María y finge un brindis.

—Es más barata.

—Me encanta cómo vas, en serio. Te lo he dicho ya. ¿De dónde es? ¿De qué tienda? No me lo digas, espera: no te lo has comprado aquí, ¿verdad? En algún viaje. ¿En Londres? O el Rastro, como mínimo. ¿Al Rastro vas? Yo allí elepés y fanzines, solamente.

La mujer habla tan rápido que se le atropellan las palabras. ¿Qué edad tiene? María se esfuerza por fijarse: los surcos que a ella se le marcaron hacia la sien en la mujer apenas se insinúan. Sin embargo, el fucsia le sube y le baja por las comisuras de los labios, igual que a María. ¿Algo más de treinta, entonces, como ella? Treinta y tres años ya, piensa María. ¿A cuántos hijos había parido mi madre a mi edad? Habían nacido ya sus hermanos mayores, y quizá ella, si no calcula mal. No Soledad, y Chico seguro que tampoco. Piensa en su hermano pequeño, que habrá regresado del trabajo hace unas horas; le gusta pensar que quizá esté acabando de ver una película. ¿Querría Chico estar ahí, con ella? Hace tiempo que él dejó de preguntar si en algún momento podría acercarse a visitarla.

—¿Te asusto? ¿Te aburro? Mis amigos me dicen alguna vez: Leidi, hablas demasiado. Es una advertencia que me hacen. Algo así como: Leidi, cállate.

No tiene muy claro si Leidi se burla de ella, si se ha emborrachado tanto que no distingue lo que quiere decir de lo que debería decir, si piensa así —así de fácil y deja que las palabras se le escapen. Acabó su cerveza, y ahora sigue llevándose a los labios la botella vacía. A María le divierte Leidi. Su bolso, sus botines, ¿cuánto cuestan? Quizá a María le salvarían de un apuro algún mes, o quizá le sirviesen para comprar un buen regalo para Carmen. ¿Un vestido por navidades? Le toca bajar a Córdoba entonces. ¿Qué talla utiliza?

¿Cuánto mide su hija? Piensa en que así compensará su falta; piensa en regalos para las siguientes vacaciones, para la Navidad, para el cumpleaños.

—¿Y la niña buena ha venido sola al bar? ¿O ha venido con amigos?

—Con amigos.

—¿Sois de algún grupo?

—Nos conocimos en una asociación de vecinos, en Carabanchel. Vivo allí desde que llegué a Madrid. Por esta zona no vengo casi nunca. Dan cursos, hay grupos de cine y de teatro. Nosotros comentamos lecturas, películas... Organizamos proyecciones con algún cineclub de los universitarios del barrio. Es muy entretenido.

Es muy entretenido se borra entre las carcajadas de Leidi; a mitad de respuesta, la otra mujer ya cierra los ojos, exagera su risa apoyada. Es por mí, piensa; se burla de mí. Le ha sucedido en otras ocasiones. María ha aprendido a fingirse vulnerable, candorosa, a rogar —la voz suave, los párpados cerrándosele de tanta sutileza— que le repitan y le expliquen lo que quieren decir, como si no lo entendiese a la primera. La boba María, le apodaron en una casa en la que limpió durante un par de años, y en la que fingía un tono agudo, aprendido de comedias. Así se fortalece María ante la gente como Leidi.

—Esos que están ahí fuera te van a ayudar. Esos que están ahí fuera, todos, todos votando al PSOE. De los tuyos.

La mujer balbucea, señala primero al exterior con el cuello de botella, luego con el dedo: se marca un objetivo imaginario, no detiene su verborrea. La chica que espera al otro lado de la puerta, abre, hija de puta, pregunta si el baño sigue ocupado, me cago en tus muertos, golpea la puerta un par de veces —con el puño cerrado la primera, con la pierna derecha la segunda—, me meo, pedazo de zorra, y regresa al exterior. Una voz desde dentro del aseo pide un rato más, Leidi pregunta si está bien, la voz responde que sí, que un rato más, un rato más otra vez. Leidi empatiza y se retira, otro trago de aire. A María le consuela el encierro con Leidi y la chica silenciosa del baño.

—Yo no he votado al PSOE. He votado al Partido Comunista.

—No se lo digas a mis amigos, pero yo también. ¡A los comunistas! Si mi padre se enterase... Somos unas perdedoras. ¿Te das cuenta? Votamos a la izquierda que cae en picado. A mi abuela le daban miedo, pero a mí me dan ternura. ¡Todos iguales! Míranos, a ti y a mí, y la del baño. Todas en el mismo bar, a la misma hora, borrachas. ¿En qué nos parecemos? ¡Oye, meona! ¿En qué te pareces tú a mí?

Mientras la voz pide una vez más un rato más, Leidi toma a María de la mano y se sitúan frente al espejo. Un cuerpo de mujer junto a otro cuerpo de mujer: los gemelos finos y fuertes de Leidi no se diferencian tanto de los de María, algo más anchos, pero también recios; María tiene muslos más generosos, hasta la cadera ancha, pero su cuerpo se afina en la cintura. La figura de Leidi es más recta. Si Leidi levantase su vestido, si María levantase su camisa, ambas descubrirían el trazo igual de las estrías en el vientre, en el de Leidi el corte de la cesárea. El pecho minúsculo de una —dos botones con los que casi ni diste de mamar, describía su ex en la ruptura—, abundante en la otra. Y los mismos elementos en el rostro, tan distinto: una boca, una nariz, dos ojos. Leidi los abre y María los cierra. Leidi no para de hablar: habla todo el rato.

—Cuando te preguntaba por un grupo lo hacía por la música. Un grupo de música: en este bar, a esta hora, todo el mundo tiene un grupo de música. No estaba riéndome de ti. Yo soy actriz, he salido en un par de películas. Bailando en una fiesta, charlando en un sitio como este. Algo así. Demasiado vieja para tener un grupo. Tú no, en cambio. ¿Cuántos años tienes, niña buena? Veintisiete, yo.

—Treinta y tres.

—No parecías tan mayor... Cara de veintipocos. Ya lo he contado todo sobre mí. Te toca.

Leidi ofrece su mano, María la estrecha. Es la segunda vez en pocos minutos que siente su mano en la suya, y piensa que tiene razón: la una a la otra se parecen en nada. Dentro de nada María tendrá que deshacer el camino, procurar no marearse con el olor de la lejía. Este fin de semana descansará, quizá mañana telefonee a casa de su madre para charlar con su hija.

—¿Conoces a alguien que trabaje en una oficina? Limpio en un edificio de oficinas. Todas las mañanas, desde varias horas antes de que llegue el primer trabajador. A las siete limpiaré lo que ensuciaron ayer, para que el lunes nadie se queje de las manchas en el suelo o las colillas en los ceniceros. El viernes, el sábado: es el peor día.

—No sabía que hubiera gente así.

—No te creas... Hay de todo. La mecanógrafa del segundo piso nos deja siempre notas: gracias, feliz día, se me derramó el café e intenté limpiarlo yo. Pero no es lo normal.

—Me refiero a ti. Gente como tú. ¿No? Nunca había pensado que alguien recoge la basura. Quiero decir: os había visto por la calle. Pero nunca había hablado con nadie como tú.

De fondo suena el orín de la chica del baño, un chorro fuerte, continuo, y de repente un estornudo que lo frena, y más tarde la cadena del váter. Cuando se abre la puerta aparece una muchacha vestida igual que Leidi, el vestido cortísimo y brillante, el pelo —moreno el suyo— cardado, la sombra negra en los ojos, cadenas en torno al cuello y a los hombros. Leidi reacciona; abre su bolso, saca el monedero. Es su turno. Busca un billete y, entre papeles y tarjetas, cae al suelo una foto de carné. María se agacha para recogerla, y se fija —un acto reflejo— en el rostro de la niña: los mismos ojos color miel de Leidi, inmensos en la cara redonda. Busca qué rasgos pertenecen al padre —la barbilla picuda y la nariz chata—, y qué heredó de ella. No sabe si el color de la melena, que Leidi se ha teñido; apostaría a que castaño claro, por las cejas. Si es así, también el pelo como Leidi, liso, recogido en dos coletas. En la fotografía la niña finge una

sonrisa, fila de dientes apretada contra la otra fila de dientes.

—¡Mira, niña buena! Es mi hija. Siete años tiene. Me divorcié del padre en cuanto aprobaron la ley. Tantas ganas tenía él como tenía yo. Está ahora con mi suegra, que me hace el favor algunas noches. Entiéndeme, yo tengo que seguir con mi vida, ¿no? Así conozco a gente, también: nunca sé cuándo me va a salir algún papel. Y lo de las madres amantísimas, pues bueno, para otra época. Ahora a vivir la vida mientras aún me mantenga en pie. ¿Tú tienes hijos?

—Sí, tengo una hija.

—¿También la tiene tu suegra?

—No, mi madre. De la edad de la tuya.

—Está bien ser madres jóvenes, ¿no? Cuando tenga a su hija, yo la cuidaré por ella. Seré la abuela moderna. Tú serás la abuela de Carabanchel. Mira la mía, mírala. —La mujer besa un par de veces la foto de carné, la acerca a María—. Lista y guapa. Tan pequeña, pero ya se le ve: llora hasta que le damos lo que quiere. ¿Tienes tú fotos de tu hija?

—No. Aquí no. En casa sí. En casa, claro.

Tampoco en eso se asemejan María y Leidi. Dos piernas, dos brazos, una boca, una nariz, dos ojos, el vientre que ha parido: todo eso lo comparten, pero no la mentira de María sobre la edad de Carmen, el transporte en el que regresarán a casa —un taxi para Leidi, quizá el coche de algún amigo, y el bus nocturno para María—, la prisa con la que María se duchará y se encaminará al trabajo, las conversaciones que Leidi estirará hasta el mediodía. No comparten el salón de la casa, la habitación que Leidi reservó para su hija, la fotografía de Carmen que María no exhibe en su piso, la edad de Carmen sobre la que María miente a la desconocida. La guardó en un cajón cuando Pedro la visitó por primera vez: charlaban todos los domingos en casa de su prima, y María comentó algo sobre una avería en un electrodoméstico —a estas alturas no recuerda si lavadora o frigorífico—, y Pedro se ofreció a echarle un vistazo. María guardó la primera fotografía que recibió de Carmen, aquella que había colocado en el piso de sus tíos, y otras imágenes de todos estos años: Carmen en el bar, transportada por Chico en una caja de refrescos, y Carmen en brazos de Soledad en la verbena del barrio. Existían otras más, que Chico había enmarcado y dispuesto en la habitación primero compartida, luego de Carmen solamente: en ellas aparecían María y ella, la madre fijándose en la hija, desde fuera se diría que con cierta ternura, desde dentro —desde el vientre estriado— reparando en aquellos dos ojos minúsculos y oscuros, que anotaban al padre. Todas las fotos en el último cajón del mueble de la tele, escondidas desde hace ocho años. En todo este tiempo ha contado a Pedro que Carmen existe, por supuesto, pero se ha negado a mostrarle una sola imagen, a describir ni siquiera los ojos de su hija, una nariz, una boca, dos brazos y dos piernas.

—Yo voy a entrar a lo mío. ¿Quieres tú también?

María niega con la cabeza y espera a que Leidi entre, se demore y ruegue un rato más, como la chica morena y silenciosa. Así ocurre: la muchacha que esperaba abre de nuevo la puerta, entra al aseo, se sitúa junto a María y murmura que menos mal, no hay forma de mear en estos bares, decidme por favor cómo os aguantan las vejigas porque yo no puedo pasar tantas horas que si una cerveza que si otra, no hay manera. María cierra los ojos, desoye y juraría que incluso duerme un minuto o dos. Se despierta con un toque en el hombro: Leidi la zarandea con dulzura, mientras se retoca el maquillaje y anuncia que es su turno. María calcula, y piensa que Pedro y ella deberían haberse marchado un rato antes ya. Se sube la camisa mientras abre la puerta del baño y se vuelve antes de bajarse los leotardos:

—No me lo has preguntado, pero me llamo María.

—Leidi. Asun en realidad, pero me parecía demasiado... Demasiado poco, ¿no? Todos me llaman Leidi.

De puntillas para evitar que la piel roce el retrete, con los ojos cerrados porque afina la puntería, María orina las cervezas de la noche. Oye una conversación entre Leidi y la muchacha que espera: se recriminan el tiempo que han perdido, acaban reconociéndose por amigos comunes. María busca un pañuelo de papel en el bolso, se limpia. Al salir del baño se ha marchado Leidi, aún espera la chica que esperaba, regresa también ella a la pista de baile.

—Has tardado un poco, ¿no?

—Ya te digo, Pedro... Lleno el baño. Deberíamos estar ya de vuelta.

Con su ropa barata, con su olor a gasolina y a amoníaco, ¿de dónde salen Pedro y sus amigos? ¿Qué se han creído? Su mirada choca con el grupo de Leidi, con el grupo de la chica silenciosa, con los amigos de la muchacha que esperaba. Les mira a ellos, enrocados aún en su discusión. María cierra los ojos, se aleja unos metros para bailar sola, tiene la sensación de que uno de los tipos del bar primero se acerca a ella en ese bar último, retrocede y toma a Pedro de la mano. Felipe González prepara con Calvo Sotelo la transmisión de poderes, desaparece el Consejo de la Revolución portugués, pulse una tecla y escriba toda una carta: los titulares del periódico que repartirán a los kioscos en pocas horas. No lo sabe, porque bebe y bebe y se mueve un poco, a veces de la mano de Pedro —inmóvil—, a veces separándose de él. ¿Hablan de ella los periódicos, ojos, nariz, boca, piernas, brazos, rastros en el cuerpo de una madre que no es? ¿Hablan de ella el poder y la revolución? El cristal contra el cristal contra el cristal, tres manos —vello en las falanges, negro el blanco de las uñas, gastadas las correas de cuero del reloj— y una mano —las falanges desnudas, las uñas con el blanco cortado, una fina pulsera de plata en la muñeca—, ¡por la chica del grupo! ¡Sobre todo por la chica del grupo! Toma, María: otra cerveza. ¿Por qué? ¿Por qué habéis pedido otra ronda? ¿Por qué brindamos? Un botellín vacío, dos a la mitad, alguien acaba de pedirse otro: o nos vamos ya o esta no llega al trabajo, me vas a hacer que la espere a que se cambie, mi mujer me mata como se despierte y vea que no he vuelto. El rastro helado de un botellín en los dedos de los otros. ¡Un brindis más! No llores, María, nos vamos ahora mismo, le doy rápido y llegamos a casa en nada, no te duches, recógete el pelo y yo te llevo al trabajo, deja de llorar, María, te lo pido. ¡Por nosotros! ¡Por nosotros y por los demás! ¡Por la chica del grupo! ¡Sobre todo por la chica del grupo!

EL SUEÑO

MADRID, 2008

—Desde que tengo trece años sueño cada noche con el suicidio de mi padre. Estoy notando que me quedo dormida, y quiero contártelo porque mañana me despertaré así: después de ver a mi padre colgando de un árbol. No te asustes: no hablo mientras duermo, no lloriqueo con la alarma del móvil; he terminado acostumbrándome. Algunos hombres me han advertido de que roncan, otros avisan porque se mueven mucho; a mí me ocurre que cada noche mi padre se estrella con el coche, y no consigue morir, y termina ahorcándose. Te lo habían contado ya, ¿verdad? Siempre pasa lo mismo: dicen mi nombre, mi edad, quizá de dónde vengo o en qué trabajo, si es que tengo trabajo, y luego bajan la voz y dicen que mi padre se mató. Es como si fingieran un dolor que no es posible, porque no le conocieron, y porque tampoco saben nada sobre las circunstancias ni sobre los motivos por los que hizo lo que hizo. O porque sienten pena, por eso la voz baja: porque me consideran víctima del momento en el que mi padre se mató, de todo lo que ha venido a raíz de aquello, y cualquier mal gesto mío se justifica en esa decisión de él. Durante años me sentí cómoda en eso: el suicidio de mi padre me daba carta blanca para hacer lo que me diera la gana, con la excusa de la lástima y la pena. Pero ya de pequeña me gustaba ser cruel. Te hablo de placer, incluso. No lo podía, no lo puedo evitar tampoco hoy: me divertía burlarme de compañeras más tontas o más pobres que yo, era algo bastante fácil en aquellos años, y tampoco me importaba que me rechazaran en el patio del colegio, que nadie me invitara a su cumpleaños. Te habían dicho también que no soy muy buena persona, ¿no? Seguro que tu amiga te advirtió. Tengo una hermana pequeña. No, apenas hablamos. Luego te lo cuento. Eva, se llama Eva, tiene cuatro años menos que yo, y fue siempre todo lo contrario a mí: tan expansiva, disfrutando si tocaba pasar el fin de semana en alguno de los restaurantes de mi padre, correteando entre las mesas y jugando a ser camarera. Cuando mi padre se mató, Eva se encerró en sí misma, pasó a hablar poco o nada, dibujaba todo el rato; era su forma de decir lo que quisiera decir, que ni lo sé ni me importa demasiado. A mi madre la criaron dos tíos suyos, y siempre me ha parecido curioso que antes del suicidio mi hermana se pareciera tanto a él, a Chico, y después se convirtiera en un calco de la tía Soledad, qué nombre tan bien puesto. Eva ha funcionado siempre por imitación: reproduciendo aquella actitud que le proporcionaba una seguridad mayor. No sé si le falta personalidad: es mi hermana, pero no la conozco demasiado. Nunca me ha interesado su vida, ni entonces ni ahora. Ya te digo que apenas tenemos relación. En el caso de Eva, el cambio de actitud sí fue consecuencia de lo de mi padre, creo. No en el mío. Yo era ya así.

»Pero el sueño: te estaba hablando del sueño. Al principio me despertaba siempre como en las

películas: el sudor en la nuca, la conciencia de haber gritado. Siempre ocurre igual: el coche se estrella contra el árbol, él sale mientras se tambalea, monta una soga con los cinturones de seguridad y se cuelga del árbol. Te parecerá extraño, pero he aprendido a domarlo: no me refiero al sueño mismo, sino al lugar que ocupo y a la función que cumplo en él. Es curioso porque se supone que los sueños ocurren en el subconsciente, en un lugar sobre el que nunca decidimos: pero en el sueño varía mi sitio cada noche, y unas veces miro el suicidio desde el otro lado de la carretera, otras desde el asiento del copiloto, a veces incluso le aúpo para que alcance mejor la soga y muera más rápido. La mayoría de las veces, sin embargo, me mantengo a una distancia suficiente como para que él no se dé cuenta de que estoy, y al mismo tiempo a una distancia que me impide hacer nada. ¿Sabes, las metáforas? Sí, una metáfora. Como una adivinanza: te refieres a algo, lo explicas sin nombrarlo. Algo así. Aunque no me interesa la literatura, yo interpreto que nunca hago nada, ninguna noche desde mis trece años, porque ningún intento mío le habría hecho cambiar de decisión. Esconderme entre los árboles: una metáfora.

»En las últimas semanas me ha pasado algo extraño: en ningún momento mi padre se me muestra de frente. No todas las noches; algunas veces el esquema del sueño es el mismo que el de todos estos años. Pero algunas noches, sin que durante el día haya sucedido nada especial, porque todos mis días son iguales, sé que es mi padre porque reconozco su cuerpo ancho, aquella espalda, y porque ya espero el montaje de la soga, pero nunca me enseña la cara. Y la cara que me enseña antes de despertarme, con la sangre seca y los ojos cerrados, es la mía propia. No me sucedía desde hace casi diez años: me ocurrió una vez, una sola vez, en el primer curso del instituto. La primera noche, no la primera noche, sino la segunda primera noche, me desperté impresionada, aguantando la respiración, con la misma sensación de los sueños de los trece años, cuando todavía me impresionaba. Pensé que se trataba de una cuestión de mi cabeza, sin más: como si de vez en cuando introdujese un nuevo elemento en el sueño, para que no me aburra, para que tampoco me relaje. No le di más importancia. Pero lo he soñado ya unas cuantas veces, no como la excepción de aquella vez, y me hace mucha gracia esa identificación, porque nunca vi en mí ninguno de los rasgos de mi padre. Yo me parezco a la familia de mi madre. No a mi madre, salvo estos ojos de rata, pero sí físicamente a sus tíos, supongo que a mi abuela, o eso es lo que me dicen. Nunca la he visto. Dio a luz a mi madre, la visitó algunas veces cuando era pequeña, se esfumó. Creo que también vive en Madrid.

El cuerpo de su padre balanceándose, pendiendo de una soga y de una rama; el cadáver de su padre aguardando que unos desconocidos ganen una historia que comentar por los siglos de los siglos. Una tarde de verano al borde de la piscina, no te he contado nunca nada sobre el día en el que regresaba con mis padres de cenar en uno de los asadores del cerro, o muchos años después en la sala de televisión de la residencia de ancianos, y entonces mi marido decidió aparcar el coche como pudo, y comprobar si era un cadáver o una broma. Su madre decidió que Eva era demasiado pequeña para asistir al funeral, y se quedó en casa de la tía Soledad; pero a Alicia le correspondió ocupar la primera fila en la iglesia, recibir los lamentos de gente a la que no conocía, y que desapareció de sus vidas en cuanto la misa acabó. También aquel verano: el piso en el que vivían se vendió más rápido de lo que pensaban, y a Alicia no le costó meter su colección de muñequitos en una bolsa de basura, aunque su madre le ofreciera guardarlos en una caja hasta que entrasen en la otra casa. Aquellos juguetes pertenecían a otra vida; no tenía mucho sentido conservarlos.

El verano lo pasó Alicia en casa del tío Chico, a veces yendo a la piscina del polideportivo con Eva y con la tía, conforme transcurrían las semanas más cómoda, mirando una película tras otra sin que nadie la molestara. En las películas del tío aparecían siempre mujeres bellísimas, con larga melena rubia, redimidas por hombres que fumaban mucho; aparecían también mujeres que conservaban el carácter, y a las que la vida no había tratado demasiado bien. Alicia pedía consejo al tío sobre qué elegir al día siguiente cuando volvía del restaurante, y él le recomendaba una con tanto entusiasmo que acababan viéndola juntos. Con el letrero de «The End» le preguntaba qué le había parecido, cuál era su personaje favorito, si el final le convencía. Aquel verano, al tío Chico se le afinó el rostro y se convirtió, de repente, en la mitad del hombre que era.

De los años que siguieron Alicia ha procurado olvidar lo que sucedió, y esta —en cierto modo— es la voz de su memoria. Los interpreta como una transición larga desde la vida anterior a la vida presente: el purgatorio, el espacio entre el cielo y el infierno, sin saber muy bien dónde se coloca cada cual. Después de los problemas del primer curso su madre solicitó el traslado al instituto de su nuevo barrio, el mismo barrio de sus primeros años, y en cuyos pasillos Alicia se cruzó con algunos compañeros de colegio; fingió que no les conocía. Omitía cualquier referencia a su familia, aunque todos supiesen ya quién era, y se centraba en estudiar. Le felicitó la orientadora: de repetir sexto en primaria a un diez en todas las asignaturas. Alicia no disfrutaba, pero se entretenía; igual que con el cine. El tío Chico le prestaba su carné de socio en el videoclub, primero, y más tarde Alicia aprendió a descargar películas. No disfrutaba, nunca lo confesó, pero se entretenía; leer le suponía un esfuerzo, y con el cine las historias pasaban ante ella, sin reclamarle nada. Aprobó curso tras curso, rechazó el itinerario de Ciencias y prefirió el de Humanidades; para orgullo del tío Chico escogió Comunicación Audiovisual. No le costaba justificarlo ante su madre, por el fervor con el que consumía cine, y le garantizaba tener que salir de la ciudad. A Alicia le parecía que Sevilla y Málaga estaban demasiado cerca, que le obligarían a viajar a casa cada fin de semana. Eligió Madrid. Su madre lloró; era lo que correspondía. Así actuó con ella durante todos esos años: de la forma en que se espera que una madre se comporte con una hija. Le felicitó trimestre a trimestre por las notas, mientras Eva dejaba de hablar, repetía cursos, faltaba a clase, anunciaba que no tenía ningún interés en malgastar su vida yendo al instituto. Su madre explicó a Alicia cómo hacerse respetar ante un hombre, de qué forma no quedarse embarazada antes de tiempo —Alicia debía reconocer que eso tuvo mucha gracia—, y se preocupó cuando se quedaba en casa los sábados y se negó a participar en el viaje de final de curso. Imaginaba a su madre anotando cada paso en una lista, y tachando sus acciones —«hoy, mostrarme comprensiva», «mañana, interesarme por sus planes de futuro»— antes de irse a dormir.

En eso se parecía Alicia a ella. El tío Chico solía contarle, entre risas: que desde pequeña Carmen no había tenido demasiada gracia, pero siempre había sido muy lista, y evocaba los días en los que él y la tía Soledad compartían habitación con la cuna, y la sensación extraña de convertirse en un hombre conforme la niña crecía también. Alicia nunca ha tenido gracia, pero siempre ha sido lista: calculó qué estudiar para resultar convincente y huir, y calculó también que podría mantenerse sin reclamar la ayuda de su madre. Entre la beca y la ayuda de orfandad podría conseguir una habitación en un piso de estudiantes, alimentarse y pagar la matrícula. Después de todo, Alicia había logrado restablecer el orden: reconducir su vida hacia el camino del que le habían desviado. No le costaría demasiado recuperar lo que era suyo. En pocos años se licenciaría, y después conseguiría un buen trabajo, pagaría una casa propia, se permitiría unas

buenas vacaciones, quizá incluso enviaría algo de dinero a su familia.

No sucedió así. Alicia se mudó a un piso con otras dos chicas del instituto, sin entusiasmo, porque las madres buscaban a una tercera chica, y lo cerraron con Carmen, y no le quedaba otra; todo costaba el doble de lo que había calculado, y pronto añadió a la llamada semanal a su madre otra llamada al tío Chico, inventándose un supuesto material para unas prácticas que no existían, pidiéndole dinero. Las clases le aburrían, y con sus compañeros no encajaba: el entusiasmo general expulsaba a Alicia de la conversación. Le parecía ridícula la manera en la que hablaban sobre las películas, ellos, ellas, sin dinero para pagar una escuela de cine o sin talento para superar los exámenes de acceso. Alicia supo que le apodaron «cínica» —tendría que reconocerlo otra vez: qué gracia el juegucito de palabras— por la forma en que explicaba que ella solo quería ganar dinero, y que el arte le importaba más bien poco. Dejó de ir a clase: no de un día para otro, sino faltando una vez a una asignatura, luego a otra, ausentándose de los exámenes o acumulando tantas faltas que no le permitían presentarse. Pensó en matricularse en alguna otra carrera con la que opositar después, quizá Derecho, quizá ser profesora. ¿De Lengua y Literatura? Se le daba bien analizar frases —todo lo del lenguaje, qué curiosa la forma en que las palabras afectan a los demás— y leer no era tan complicado. Pero mientras debía mantenerse, y buscó sus primeros trabajos: recogiendo mesas en una cafetería de Argüelles durante unas horas, luego la jornada completa tras la barra, y así transcurrió medio año, y decidió buscar otro piso compartido en el que su indecisión no se contara por teléfono a una casa a pocos metros de la de su madre. No disfrutaba en el trabajo —quién disfruta de pie sirviendo un café y otro café, atenta para que esa mesa no se marche sin pagar y esa otra reciba el cambio correcto—, pero le servía: cobraba un sueldo, no tenía que pensar. Dejó de pedir dinero al tío Chico. A él sí le llamaba a veces, cada dos o tres semanas; las charlas con su madre las transformó Alicia en emails a Eva, para que los leyese las dos. Nadie se quejó.

Alicia ha recorrido en todos estos años la línea verde de metro hacia al sur, dejando atrás el río, conforme cambiaba de trabajo: la cafetería, una tienda de ropa, Puerta de Toledo, Pirámides, otra cafetería, un bingo, Marqués de Vadillo, varios meses en paro, Aluche, una empresa de limpieza, Urgel, un supermercado, Eugenia de Montijo. Le queda bien el uniforme y ahora vive sola por primera vez: un piso pequeño que alquila a una compañera de trabajo. La madre murió allí, en la cocina, mientras fregaba los platos, y a la semana Alicia ordenaba su ropa en el armario de ella, desayunaba a pocas baldosas del lugar en el que su mano quizá se apretase contra el pecho, buscando reactivar el corazón. No le parece mal el barrio, y por si acaso ahorra lo que puede: presta atención cuando etiquetan ofertas por próxima caducidad, para comprarlas antes que nadie. Saca partido al agua del grifo: medio vaso en el microondas para recalentar el arroz sin que se seque, los espaguetis sumergidos treinta minutos antes de la cocción para disimular que son baratos. Alicia no disfruta con su vida, pero su vida la entretiene.

—¿Lo de mi padre? Al principio nos contaron que había sido un accidente de tráfico. Me enteré más tarde, no mucho más, de que se comentaba justo eso en el barrio, y entiendo que mi tío o mi madre, no recuerdo, aprovecharon los rumores: nos dijeron que mi padre había subido al cerro para visitar uno de los asadores, porque quería comprarlo, y que al bajar se salió de una curva, y se estrelló. Mi padre tenía varios restaurantes. Había empezado trabajando de camarero con mi tío Chico, que no es mi tío sino el tío de mi madre, y que tampoco es mi tío para mí, sino una mezcla extraña de padre y de madre. Siendo adolescente mi madre visitaba a mi tío algunas

veces, lo recogía cuando bajaba del centro al barrio desde el trabajo, y regresaban juntos a casa. Mi padre era algo mayor que ella, no muchos años más, cinco o seis, y mi madre se quedó embarazada muy pronto, más joven incluso de lo que lo había hecho mi abuela, y corrieron a casarla. Cuando yo nací se habían instalado con mi tío Chico; mi tío tenía un piso pequeño en el barrio, vive todavía en él, con una habitación para sus películas, porque le encanta el cine. Los abuelos no soportaron que la historia de su hija se repitiese con mi madre, y se desentendieron; en la casa de mis otros abuelos, de los abuelos por parte de padre, ya vivía una tía mía con su marido y sus hijos, y no tenían sitio. Así que mientras mis padres encontraban dónde vivir, para ahorrar un poco, el tío Chico cedió su dormitorio a mis padres, y se recluyó en la habitación de las películas, en un camastro en el que luego he dormido tantas veces. Hablo mucho sobre él porque ha sido de verdad importante para mí. Él eligió el nombre de mi hermana. Yo me llamo Alicia. Eso lo decidió mi padre.

»Mi padre se tomó en serio lo de convertirse en cabeza de familia, así que logró entrar como camarero en un restaurante en el que ganaba más y con el que dejé de verle, porque cuando regresaba a casa yo ya llevaba horas dormida. En realidad casi no le recuerdo. Esta historia la he completado con lo que el tío Chico me contaba, lo que yo le oía a él con mi madre, a él con la tía Soledad; lo que mi madre dice, lo que mi madre decía me pareció siempre más mentira que verdad. Mi madre es muy inteligente; no sé si guapa, supongo que sí en su adolescencia, ni idea ahora porque hace años que no nos vemos. Ya te lo contaré. Compraron primero un piso en el barrio, luego mi padre montó su primer restaurante, y se llevó con él al tío Chico. Le fue bien, y cuando nació Eva mis padres compraron otro piso, ya en una parte mejor de la ciudad, más cerca del centro. En diez años mi padre abrió cuatro restaurantes, todos en barrios cercanos al nuestro: El Rincón de Carmen 1, 2, 3 y 4, aunque Carmen, que es mi madre, evitaba pisar sus rincones. Cuando mi padre se mató acababa de inaugurar el quinto, ya en el centro, y había comprado un piso más, en unos bloques nuevos con piscina, cerca del colegio al que íbamos el año siguiente. No se podía decir que les hubiera ido mal, sino todo lo contrario: mi tío Chico aprendió a caminar antes de que el alumbrado llegase al barrio, que era el suyo pero también el de mis padres, y cuando mi padre nació ni siquiera había alcantarillado. Ellos venían de allí, habían salido de allí, y compraban locales y pisos cada vez más grandes, en mejores barrios: no habían podido seguir estudiando, pero nosotras lo haríamos en un colegio privado, y compartiríamos pupitre con gente de nuestro nivel. Mi madre se negaba a cruzarse con las vecinas en el súper de al lado de casa, así que hacía la compra en El Corte Inglés y la transportaba en coche; igual con la ropa, los electrodomésticos, todo cargado en la tarjeta de crédito. Eva no se enteraba de nada y disfrutaba bailando en el recreo, pero en cierto modo el desdén de mi madre lo imitaba yo, sin vergüenza, con orgullo: en clase era consciente de ser mejor que las chicas que me rodeaban. Repetí el último curso del colegio porque pensaba que no necesitaba aprobar para tener una vida mejor que todas ellas, con su ropa fea y barata, el mismo chándal para todos los días en los que tuviéramos Educación Física, las rodilleras en los vaqueros de diario. ¿Qué quería ser yo entonces? No lo tengo muy claro. Si no hubiera pasado aquello imagino que habría estudiado Administración de Empresas, y que mi padre me habría colocado un despacho junto al suyo, y que en pocos años me habría casado con un compañero de facultad, y dejaría de trabajar o me asomaría una o dos veces a la semana por la oficina. La realidad es que mi padre se mató: me lo recuerda un sueño todas las noches de mi vida, como una alerta que me zarandea para que asuma la vida que he perdido, y para que asuma también la vida que ahora tengo.

Cuando su compañera se lo presentó no distinguió el sonido primero de su boca; se quedó, como mucho, con el golpe final de la palabra. A Alicia le desagradó su aspecto: demasiado alto, la nariz aguileña y los ojos saltones. Tampoco le interesó demasiado la conversación; los fines de semana monta en bicicleta, se apuntó a un club de ciclismo nada más acabar el instituto, y se empeñaba en hablarle sobre los madrugones y las rutas del sábado y el domingo. Los repechos, el cuadro, ¿durante cuánto tiempo le ha hablado sobre esto? Quince minutos, una hora; Alicia disimula bien cuando oye sin escuchar, fingiendo interés y pensando en la suerte que tiene por librar mañana. Vive en Canillejas, le pareció entender —ahora, ya en su piso, lo confirma—, y le ha preguntado dónde vive ella: Alicia casi siempre miente, inventa un nombre y un oficio y un barrio, pero él conoce a su compañera de trabajo —Rocío celebra su cumpleaños— y pronto se daría cuenta. Que Alicia viva en Eugenia de Montijo, al otro lado de la misma línea de metro, le pareció una señal del destino; a ella, una broma sin gracia. Él compró el piso hace un par de años para casarse con su novia de entonces, pero su novia le dejó y ahora vive solo. Entró en ese bucle que tanto incomoda a Alicia —las alabanzas a la muchacha de la que se enamoró, la estupefacción ante la ruptura, el rencor nada sutil hacia la mujer que rompió con él—, y ella identificó que en varias ocasiones confundió «exnovia» con «novia», como si la chica hubiese huido de él hace dos semanas y no cincuenta. Buscó la mirada de alguna de sus compañeras de trabajo, para charlar con ellas y dejarle solo, pero ninguna prestó atención.

Entonces Alicia se esforzó por imaginar su cuerpo desnudo —la tripa hinchada por la cerveza, las marcas del sol en los gemelos— y le repelió; sintió un escalofrío de puro asco recorriéndole la espalda. Él lo notó; él notó cómo ella cerraba los ojos y movía los hombros, y le preguntó si tenía frío, si quería su chaqueta. Alicia debe reconocer que en ese momento —no en el de la galantería barata, sino en el de la imagen de su cuerpo desnudo— cambió todo: la voz le pareció más amable, y se fijó en el labio superior fino y el inferior desbordado, y asumió que si él decidía besarla ella no se echaría atrás. Regresó a la conversación: él le preguntaba por el supermercado, y ella contestaba que los turnos eran razonables, y que con las compañeras había buen ambiente. Él no respondió: quizá esperaba que Alicia añadiese algo, o que después de su perorata —la pasión por el ciclismo, la separación, la apasionante existencia de un hombre soltero de treinta y pocos— ella introdujese algún dato. Ella se dijo: Alicia, si quieres obtener algo, debes ofrecer algo. Vamos allá.

—¿Te gusta el cine?

—Bueno, no mucho. No soy muy intelectual.

—No es que todas las películas sean para intelectuales...

—Pero tú tampoco tienes pinta de serlo, eh.

—¿Por qué? ¿Porque trabajo en el súper?

Él se adelantó hacia ella. Un paso minúsculo, aún menos distancia entre la parte superior de un cuerpo y de otro. Alicia estuvo a punto de arrepentirse, de aprovechar el último metro: pero le divirtió pensar en lo que sucedería después, en ese cuerpo que imaginaba ridículo sobre la bicicleta. Seguro que guardaba en casa algunas fotografías con sus compañeros del club de ciclismo. ¿A cambio de qué se las enseñaría a Alicia? Pensó en que quizá cuando entrase en su casa, y él le ofreciese beber algo, podría preguntarle. ¿No has ganado ninguna carrera? ¿Tienes algún trofeo, alguna medalla? ¿Quizá alguna foto de grupo? Nunca he conocido a nadie que esté en un club ciclista. Él había hablado a Alicia sobre sus compañeros y sus motes absurdos, y no

dejaba de pensar en aquellos cuerpos embutidos en el *culotte*, en la cremallera del maillot abrochado con esfuerzo. ¿Cuánto le habría costado la equipación? ¿Le regaló su exnovia una nueva, quizá por el último cumpleaños que celebraron juntos? Alicia respondió que sí, pero nunca supo a qué pregunta; él se acercó más y ella advirtió que no, que delante de todos le daba vergüenza. Se ofreció a pagar el taxi y salieron juntos del bar. Al doblar la esquina él la besó.

Alicia descubrió el sexo al alejarse de casa. En todos los años de instituto ni siquiera besó a nadie; detestaba a las mujeres y no le gustaban los chicos a los que conocía. Quizá en algún momento sintió un mínimo deseo por algún compañero de clase, justo por aquellos que no se hubiera atrevido a confesar a la amiga que —por otra parte— tampoco tenía: Miguelín, que tartamudeaba, o Juan Antonio López, que se diferenciaba de Juan Antonio Pérez porque uno jugaba al baloncesto y otro —López— no ocultaba la psoriasis. Miguelín lo corrigió con años de logopeda, y de López le hacía desconfiar que exhibiese sus marcas con orgullo: aquello desactivó cualquier interés. Alicia pronto se dio cuenta de que la cuestión física le atraía en lo teórico, y le sobrepasaba en lo práctico: el veinteañero en silla de ruedas que almorzaba cada domingo con sus padres y hermanos en el restaurante, y al que le habían cortado las piernas por debajo de las rodillas, el chico de la clase de al lado con sindactilia compleja en la mano izquierda: se fijaba en ellos pero no se imaginaba desnuda, con ellos en la misma habitación, la pierna que desemboca no en pie sino en muñón, la aleta tratando de rodear su pecho. En las películas contemplaba las escenas de sexo con distancia científica, por enterarse de lo que sucedía, y ni una sola noche intentó masturbarse. No le interesaba el placer, o al menos no le interesaba el placer que proporcionaba el cuerpo.

Alicia conocía a Diego de vista, porque compartían algunas asignaturas; nunca supo su edad, sí que había logrado matricularse en la carrera después de trabajar aquí y allá durante años, y que por el horario de su empleo de entonces apenas podía asistir a un par de asignaturas. En sus intervenciones en clase llamaba la atención su vocabulario pobre, la manera torpísima de argumentar: no buscaba imponer su opinión ni exhibir su madurez, sino justificar su presencia allí, para no sentirse un intruso e igualarse con el resto. Pronto logró dos o tres amigos a los que pagaba las cervezas y con los que charlaba sobre directores a los que se referían por el apellido, en voz baja, guardando un secreto. A Alicia Diego le provocaba lástima y risa.

Cuando Diego —sus cuadernos y apuntes desplegados en la segunda fila— levantaba la mano, Alicia notaba que el corazón le latía cada vez más fuerte. Se regodeaba en el tono con el que la profesora de Historia del Cine respondía a Diego, molesta de verse interrumpida por sus comentarios; Alicia esperaba el viernes por la tarde, cuando Diego se humillaba en cada interrupción. Mientras la profesora desmontaba punto por punto sus valoraciones, Alicia se fijaba en cómo el pelo le clareaba por la coronilla, en el tejido de la camisa de cuadros gastada por el uso. Un día, yendo a clase en metro, se sorprendió pensando en la forma en que podría acercarse a él. ¿Unirse al grupo con el que se reunía cada viernes, después de clase? Demasiado aburrido, demasiada gente, intimidad escasa. Halagarle: eso funcionaría. Alicia anotó durante varias semanas las referencias que mencionaba: apellidos de directores de cine sobre los que buscaba información, y que descubrió no tan recónditos como él pintaba; muchas de sus películas las conocía gracias a su tío. Diego leía a Carver y escuchaba a Springsteen, así que Alicia leyó a Carver —sacó un libro suyo de la biblioteca— y escuchó a Springsteen.

A Alicia le costó un par de conversaciones —disculpa, ¿cómo decías que se llamaba ese director que es también escritor, de Brooklyn?, la primera tarde, y vi la película que me

recomendaste, y me encantó, a la semana siguiente, los ojos muy abiertos— que Diego prefiriese tomar algo con ella, y deshacerse de los chicos del grupo de cine. Cada gesto de Diego ante la cerveza lo anotaba Alicia para aplicarlo a sus encuentros posteriores: aficiones —el cine, sobre todas las cosas— y sueños —vivir en Nueva York, dirigir una película—, exhibición insegura de su sabiduría —se lo contó todo sobre filmografías que ella ya se sabía de memoria—, alguna referencia a alguna chica, para demostrarle que su puesta en escena tenía más de costumbre que de excepción. Diego nunca le contó en qué trabajaba, pero sí que vivía en el piso que había sido de su madre, y que su madre había regresado al pueblo hacía años. Luego, Diego cumplió lo que prometía: a la tercera cerveza la besó, y Alicia notó cómo entraba en su boca la lengua de él, y con su lengua restos de tortilla, de chorizo y pan mojado, y a Alicia no le repugnó sino que sintió que él le alimentaba igual que un pajarillo. Diego la llevó a su casa en moto —le cedió el casco— y follaron en el sofá de escay marrón, al suelo los tapetes de croché. Alicia no sangró. Él apenas tardó cinco minutos en acabar; ella lo calculó fijándose en el reloj del devedé. Madrugaba, y se ofreció a llevarla de regreso a casa: era lo justo. Al despedirse de ella, él le besó en el cuello. Alicia no regresó a Historia del Cine ni a Teoría de la Comunicación, pero a cambio descubrió dónde encontrar el placer.

¿Con cuántos hombres como Diego se ha acostado Alicia en todos estos años? Una noche, la noche siguiente: los amigos de sus compañeras de trabajo, también algunos compañeros de trabajo; desconocidos con los que se cruzaba en el bar de debajo de su casa o al salir del metro. Le divertían los divorciados de cuarenta y pocos, demasiado jóvenes para asumir la soledad, muertos de la vergüenza por desnudarse ante una desconocida. Mientras flirteaba con ellos —siempre de la misma forma: se presentaba tímida, les cedía el control, toleraba que se sintieran poderosos— pensaba en cómo se disculparían ante ella si no se empalmaban, si se corrían antes de empezar. Si podía evitarlo, no se quedaba a dormir; volvía a casa, se duchaba, comía algo ligero, veía la televisión un rato y se tumbaba en la cama. Al cerrar los ojos, Alicia distinguía una noche más el cuerpo renqueante de su padre.

—Al principio nos contaron que había sido un accidente de tráfico, pero ni siquiera pasaron dos semanas cuando oí una conversación entre mi madre y mi tío. Las llamadas de pésame de los primeros días se convirtieron pronto en llamadas de acreedores: el director de una sucursal se interesaba por la manera en la que pagaríamos el piso nuevo, el director de otra sucursal preguntaba por el préstamo para la reforma del local del centro, el proveedor de la carne se quejaba de que nadie le informaba en ninguno de los restaurantes, los prestamistas se soliviantaron. El negocio de mi padre había crecido deuda sobre deuda, con dinero de bancos y favores, y con él también nuestro nivel de vida. Los pisos, los viajes, los televisores, no los pagaban el menú del día ni el ambiente familiar, sino la extraña lógica financiera de mi padre, convencido de que la ruina del negocio anterior la taparía la ruina del negocio nuevo. Cuando ningún banco le autorizaba un préstamo más y los prestamistas empezaban a reclamar su dinero, a mi padre le pareció una idea brillante salirse de la carretera con el coche y simular su muerte en un accidente; pensaba que todo se arreglaría con el seguro de vida. Pero no logró matarse a la primera y, fracasado hasta en eso, decidió ahorcarse.

»En aquella conversación hablaba mi madre, y el tío Chico le escuchaba. Ella lo explicaba todo: el caos en los libros de cuentas, las advertencias primero por teléfono y luego en casa, mientras la tía Soledad nos entretenía en la piscina a Eva y a mí, la torpeza de mi padre. Me llamó

la atención el lenguaje que usaba para referirse a él, los insultos a quien no llevaba ni quince días enterrado: para mi madre, mi padre era un inútil y un imbécil, un pobre diablo que nos había dejado tiradas, incapaz de arreglar sus problemas; me asombró cómo se alejaba de la situación, sus problemas, los de él, un extraño que colgaba de un árbol. Mi tío la interrumpía, a veces, y le pedía que no fuese tan dura, que intentase entenderle; pero mi madre subía el tono, utilizaba palabras que a mí me dolían más y más. Así me enteré, y así se lo conté a Eva antes de venirme a Madrid, cuando aprobé la selectividad. Poco a poco recogí mis cosas, no demasiadas, y pasé en casa del tío Chico el resto del verano. Me hizo gracia. Las metáforas, ¿no? Los símbolos. Pasar mis últimos días en aquella ciudad en la casa en la que había pasado los primeros días de mi vida.

»Hay que reconocer que mi madre lo arregló todo con rapidez y limpieza. Asumió su derrota, y volvió a la casilla de salida. Es lo único que admiro de ella: la dignidad con que se quitó el disfraz de nueva rica. Vendió el piso nuevo, y vendió el piso en el que vivíamos. Nos repartimos en casa de los tíos, de los dos con los que teníamos relación, porque de los hermanos mayores de mi abuela nada se supo, hasta que los inquilinos del piso pequeño lo dejaron libre. Regresamos al barrio, al barrio de verdad: el de los pobres. Cerraron restaurantes, vendieron pisos y un local, liquidaron casi todas las deudas y el resto las pagaron poco a poco; cuando me fui de casa, todavía debían algo a algún banco. El restaurante del barrio se lo quedó mi tío. Y así fue como mi madre, Eva y yo recuperamos la vida que nos habíamos empeñado en evitar. Colorín, colorado.

»No te cuento todo esto por pena, ni para dibujarte una imagen romántica de lo que soy: una niña rica que un día se despertó pobre. No me interesa lo sentimental. Echo de menos a mi padre, pero también echo de menos algo que nunca he vivido, y que me correspondería: no tener que trabajar, abrir la nevera y encontrarla llena, pasar las vacaciones en sitios que la gente con la que me cruzo no podría pagar. Echo de menos no a mi padre, no aquella vida, sino la imagen que yo tenía de mi padre, y todo lo que yo no he vivido por su muerte. Echo de menos a aquel hombre exitoso que salía en el periódico, al que admiraban sus trabajadores porque pagaba las horas extra con generosidad, que dejaba propina hasta en la papelería en la que nos compraba los libros del colegio. Siento envidia por aquellos a los que les va bien, y me reconfortan aquellos a los que les va mal, porque me permiten no sentirme tan sola. No quiero lástima porque no la merezco. No quiero tu lástima, porque no te conozco de nada: no me sé tu historia, y si quieres cuéntamela, que yo te oigo; en realidad me gustaría irme ahora mismo de tu casa, pero para volver a la mía tengo que enlazar varios nocturnos, hasta dentro de un rato no abren el metro, y no tengo dinero para un taxi. Estoy atrapada aquí, contigo. Mira: otra metáfora. ¿El restaurante del tío Chico? Sigue abierto, sí. Mi madre está en la cocina, y me parece que mi hermana entró con ellos hace tiempo, a ayudar. Al tío le quedan quince o veinte años para jubilarse, y supongo que para entonces se encargará alguna de ellas. Él hubiese querido ser profesor, ir a la escuela de adultos y sacarse una carrera, pero decidió cargar con el peso de la familia. Nadie se lo pidió. Espero que entonces tenga tiempo, y le dejen descansar. No, nunca le cambiaron el nombre... Sigue llamándose El Rincón de Carmen. ¿Qué esperabas, pantalla grande y final feliz? La vida es otra cosa.

LA ABUNDANCIA

MADRID, 1984

De martes a sábado el despertador avisa a las cinco y media de la mañana; los lunes le conceden una tregua de treinta, cuarenta minutos, porque en el fin de semana ya se esmeraron Teresa y ella en vaciar las papeleras y airear las oficinas. Si el tiempo le resulta favorable —si no llueve, si aún se resiste el frío—, aunque le cueste un billete más, algunos días sale un poco antes de casa y toma el autobús: cambia de línea en Atocha, y disfruta fijándose en las ciudades distintas que viven dentro de la misma ciudad. Muñecas rusas: más que barrio, ciudad dentro de ciudad dentro de ciudad, casas y calles dentro de un vientre de ballena. María piensa en su barrio, en los edificios más antiguos, y piensa también en los bloques nuevos de tres o cuatro plantas, de fachadas iguales con ladrillo rojo, toldos estampados, creciendo hacia el cielo cuando se deja atrás el río, y el autobús se dirige a la estación de tren. Piensa en las primeras reuniones de la asociación a las que Pedro le invitó, y en cómo los amigos de él y los otros reclamaban que el barrio debía ad decentarse; «dignificarse», subrayaban. Qué paisaje nos ofrecen la cárcel, las chabolas, los descampados, se preguntaban; entonces María pensó por primera vez en la forma en que se contaban las calles por las que vivía. Pasado el Manzanares hacia el centro los edificios se afinan, alternan el pasado y el futuro. Piensa en las primeras semanas en Madrid, cuando el metro la dejaba en Oporto y caminaba hasta el piso de sus tíos, y también piensa en las confusiones de línea, la vez aquella en la que terminó en Alfonso XIII y le costó tanto averiguar el trayecto a casa. Ahora trabaja en Nuevos Ministerios, y toma el metro directo si el tiempo no acompaña. Como no existe paisaje más que el de las caras de los otros, aprovecha para leer: Laura, la hija de Conchita, le presta muchos libros y le anima a sumarse a los grupos en los que charlan sobre los temas que les importan a ella, a Loli y a Conchita, pero rodeadas de otras mujeres. Con mi madre lo he intentado, le cuenta Laura, y no hay manera. Tampoco con María: siente pánico a que la tomen por curiosa o, peor aún, a que se burlen de su ignorancia. Como si en su primera intervención alguien detectase quién es, de dónde viene, cuánto dinero le pagan en la nómina, y descubriese ante las demás que su opinión no servía para tanto. De la mayoría de los libros que recibe de Laura, bien ha leído sobre ellos, bien ha oído sobre ellos en la radio; cada vez que Laura llama por teléfono, y anuncia que la visitará al día siguiente por la tarde, le nace a María una contradicción. Agradece a Laura su esfuerzo, que en vez de quedarse en la biblioteca o tomar algo con sus compañeros se acerque a su casa, pero tiene la sensación de que la utiliza igual que a una rata de laboratorio: María, la madre soltera sin hija, la limpiadora con inquietudes, educada por Laura, la hija de Domingo y de Conchita, el albañil y el ama de casa, la primera de su familia

en pisar la universidad. No sabía si despertaba lástima en Laura, o si más bien Laura lavaba con ella su conciencia: a cada beca que obtenía, a cada asignatura que aprobaba, se alejaba más y más del barrio. Quizá intentaba con sus visitas que María la anclase a su entorno, al sitio al que pertenecía y del que escapaba con remordimientos, o que María le agarrase por los tobillos para que no echase a volar. Qué tierna fabulilla.

Con su compañera Teresa se reparte las oficinas, y María repasa los despachos antes de que los jefes fichen, más tarde —cuando se encienden las máquinas de escribir, las reuniones, el noticiero de fondo— se ocupan de las zonas comunes. Le gusta trabajar con Teresa, porque charlan sin meterse la una en la vida de la otra: alguna vez menciona a Pedro, las conversaciones con su hermano Chico, procura no nombrar a Carmen; sabe que Teresa nació en un pueblo de Granada, que vive en Colmenar y que en febrero se casa por segunda vez, aunque le parezca un mes horrible. A María también le gusta trabajar. Cuando el metro deja atrás Sáinz de Baranda y Conde de Casal oye a mujeres que se quejan del olor del friegasuelos, de las grietas en las manos; a ella le duelen, pero siente cierto orgullo en la limpieza. Con el tiempo ha aprendido a reconocer su oficio: arreglar lo que otros ensucian. Le gusta borrar las manchas en el suelo, que las ventanas filtren más luz. Se siente útil, y siente que lo hace bien. Le gusta que sus manos lo hagan posible, y le gusta repetir la misma mecánica, la mente en blanco cubículo a cubículo; a veces se fija en la manera en la que la espuma brota del agua, o en el trazo levísimo con el que se diluye la lejía. Si le dan las gracias lo aprecia, aunque se sabe invisible ante la mayoría. ¿Quién se fija en el cuerpo de mujer que se ensancha a cada año, dos brazos y dos piernas y un rostro, igualado con el uniforme? A ella le basta ella para sentirse bien con lo que hace. Algunas tardes sueltas la empresa la llama para doblar turno sustituyendo a alguien, o probando para un cliente nuevo; siempre acepta, porque le cuesta pagar sola el alquiler, y la comida, y el resto de las facturas, y reservar un poco. Cada vez envía menos dinero para Carmen; se lo reprocha su madre, a quien no le basta con la pensión de viudedad, e intuye que Chico —el pelo oscurecido, dos cabezas más alto ya que ella— ayuda en lo que puede, al margen de sus gastos. Si no ocurre, si no le toca acercarse a unas oficinas en García Noblejas, mantiene la rutina de siempre: se reúne con Loli y con Conchita, o acompaña a Pedro a sus encuentros en la asociación, y si le apetece se une a las cervezas de después. Los amigos se han acostumbrado a su presencia, y Alfonso de vez en cuando insiste a su mujer para que se una. Hasta entonces María calla, y entonces —con la mujer de más— asume el rol que esperan de ella: anécdotas de maternidad y crianza, trucos de cocina y de belleza. Los sábados por la tarde los reserva para ella, y a veces pasea por el centro, o se queda en casa leyendo, sin más. Los domingos por la tarde almuerza con Pedro: solos en su casa, o con la prima de María y su marido, a veces en la casa de Pedro, con su madre y su hermano; ese ambiente hunde a María, así que ella lo evita. Después de comer follan, luego miran la tele o hablan un rato —él suele retomar las conversaciones de la reunión, para que María comparta su punto de vista, aunque sea con él—, él se marcha pronto para preparar la cena. Nunca se han planteado que varíe: María sabe que Pedro se debía primero al padre, que murió, luego a la madre, que le sobrevive, y por último al hermano, más joven que él, y sabe también que no está dispuesta a cuidar de ninguno de ellos, viven cada uno en su piso y procuran verse al menos un par de veces por semana. Varios de sus amigos les apodaron «los modernos». María madruga todos los días, salvo algunos domingos. Sucede así desde hace años, desde que entró en la empresa de limpieza, desde que conoció a Pedro, feliz en su piso con salón, dormitorio y balcón a una calle que va a morir en otra calle que va a morir en otra calle.

Cuando el teléfono suena la primera vez le pedirá que no responda; que permanezca, quieto y desnudo, boca abajo. No conoce otros cuerpos así más que el de Pedro y el del padre de Carmen, y al de su pareja se ha acostumbrado ya: por si Pedro se estrellase con la moto en la Plaza, por si le pidiesen que reconociera el cadáver de su novio, María se ha aprendido de memoria dónde cada lunar, dónde cada mancha de nacimiento. Un círculo marrón oscuro en el centro del muslo derecho, tres lunares en la corva izquierda. Se fija en ellos mientras: si llaman a mi casa y ni siquiera yo quiero molestarme en contestar, le explica María a Pedro, no tienes que hacerlo tú tampoco. Chico sabe que existe Pedro, y Pedro sabe que existen Carmen, Chico, Soledad, la madre, los hermanos mayores; pero María asume que no tienen por qué ponerse cara, ni conocer sus voces, ni encontrarse nunca, de manera que esa llamada de teléfono, y el gesto de Pedro, hacen tambalear sus planes y sus expectativas. María no lo sabe, pero intuye que es Chico: los domingos por la noche habla con su hija, algunos domingos por la tarde su hermano la llama al volver del trabajo, hay veces en las que prefiere no responder y le contesta más tarde, con otra llamada. A Chico nunca le molesta: él siempre le devuelve entusiasmo. Sin embargo, María se preocupa cuando el teléfono se oye por segunda vez —el tiempo justo para colgar, recuperar la línea—, y Pedro salta de la cama, en varios pasos contesta en el salón.

En la cama, cuando el timbre ha callado y mientras Pedro no habla, María piensa en que ha sido muy feliz este fin de semana; quizá hoy como cualquier otro domingo, desde luego ayer sí. El sábado volvió a casa a la hora de siempre, preparó el almuerzo con calma —pescado a la plancha, una ensalada, algo de fruta— y durmió una siesta breve, apenas veinte minutos tumbada en el sofá. Se demoró arreglándose: un baño, un vestido bonito —hubiese estado mejor reservarlo para hoy, y que Pedro aplaudiese el color, la caída de la tela—, el maquillaje habitual desde hacía un par de años, con las cejas marcadas y los labios rojos. Tomó el metro hasta Callao y paseó de cine en cine de Gran Vía, sin encontrar una película que le convenciese; dejó atrás Plaza de España, y caminó hasta el Rosales. Ya había visto algo de ese director, no sabía si en alguna sesión de la asociación o si en sus visitas a casa de Chico. Nunca avisaba a nadie porque sabía que no les interesaba, y tampoco quería que supiesen que iba sola, para no despertar miedo ni compasión; si le preguntaban, mentía. No le entusiasmó la película: cuando se enfrentaba a historias que inventaban otros no tardaba en desvelarles las costuras, una actitud sin coherencia, una trama que no se desarrolla con el mismo rumbo que seguiría en la vida real.

—Te llama tu hermano José María.

José María, se preguntó ella buscando un camisón o un vestido con el que taparse, como si su hermano la intuyese sin ropa a trescientos kilómetros. Su hermano pequeño había nacido el 19 de marzo, y decidieron llamarle José por el santo del día —aunque fuese también el nombre del hermano mayor— y María por ella, la madrina.

—Estuve ayer en el cine, Chico. Vi una película que no me gustó: *Fanny y Alexander*, se llamaba. Me costaba creer que a una sola persona pudiese ocurrirle todo aquello. Como cuando lees una novela, y todas las desgracias se centran en el protagonista para obligarte a que te caiga mejor: la vida no es así. Supongo que tienes un cupo de desgracias desde que naces hasta que te mueres: es lo justo. Que te pase algo malo, algo bueno justo después, para compensarlo. Pensé en mí mientras volvía en el metro. Pasó todo lo de Carmen, pero ahora estoy contenta, tranquila. Lo normal es que todo siga así, ¿no? También me pareció, lo pienso ahora, mientras hablo contigo, que aquella gente necesita ese tipo de tragedias porque, si no, no tienen nada que contar.

—¿Con quién fuiste? ¿Fue contigo Pedro?

—No, no vino él. Fui con Laura, la hija de una amiga. La que está en la universidad.

—¿Qué tal estás por lo demás, María?

—Bien, como siempre. Ha sido una semana normal: con el trabajo, he salido un poco a veces. Hoy como todos los domingos: está Pedro en casa, por la noche llamaré donde mamá para hablar con Carmen. ¿Y tú, Chico?

—Bien, también. Ha sido una semana un poco diferente. Óyeme, María. Voy a pasarte con alguien que quiere decirte algo. Luego me cuentas.

Aunque todas las fotografías de su hija las guarda en un cajón, en los últimos meses se ha acostumbrado a mirar una muy reciente que Chico tomó para ella en una excursión a la playa: uno de sus sobrinos mayores se ofreció a llevarles en coche a la costa. Madrugaron Carmen, Chico y su madre, alquilaron un par de tumbonas en un chiringuito en Fuengirola, pasaron el día los cuatro turnándose para sentarse en ellas. Chico decidió agasajarles y reservó mesa: guardaron los bocadillos que había preparado Carmen y almorzaron pescado frito, picadillo de tomate para comer con cuchara y pan hundido en el aceite. Su madre consintió en mojarse los pies, y el muchacho enseñó a nadar a Carmen, o al menos procuró que se alejase un poco de la orilla sin peligro. A las seis de la tarde, para evitar que anoheciera en el camino de regreso, volvieron a casa. Soledad se arrepintió de no haber ido, y se lo reprochó durante días.

María les visitó algunas semanas más tarde, en sus vacaciones, y Chico le contó y le enseñó todas las fotografías que había tomado. Su madre, con un vestido ancho de flores, bajo la sombrilla de esparto; su sobrino mostrando la paleta rota, sin importar la imperfección, mientras abraza a la abuela o se chupa los dedos después de las sardinas. Una foto torpe de Chico hecha por Carmen: su hermano es ya un hombre de casi treinta años, y se cruza de brazos para ocultar la grasa acumulada en el pecho; su hija ha cortado la figura por debajo de las rodillas. Para María, Chico es un misterio: todo su tiempo libre lo invierte en ir al cine, ahora —desde hace año, año y pico— en las fotografías. Su madre le reprocha que tiene gustos de príncipe, y él le da la razón porque gasta más de lo que quisiera en entradas y revelados. Con el tiempo, María ha aprendido a respetar su felicidad, que no comprende.

De ese día hay fotos de Carmen, sobre todo. Carmen y su primo en la orilla, Carmen secándose en una toalla mientras aprovecha la sombra que proyecta la tumbona, Carmen quejándose a su tío, quizá porque no quiere más imágenes: levanta el brazo izquierdo y enseña los dientes, un reproche de su boca. En esa foto, y en las siguientes —Carmen de rodillas sobre la arena, charlando con su abuela, o Carmen paseando sola por la playa; María prefiere aquellas que Chico dispara sin permiso—, Carmen se ha convertido en una mujer adulta. María tiene la sensación de que ese gesto, la voluntad rabiosa de que nadie la observe, marca la salida de su hija de la infancia sin transitar la adolescencia. Retrocede en algunas imágenes: le parece incluso que el rostro de Carmen se endurece en las últimas, que se ensanchan las caderas y se le redondea el pecho. En la mirada, nunca encendida, nunca siquiera ingenua, se le despierta ahora la amargura.

Desde que hace varios años le preguntasen por su hija en un bar —una noche, una desconocida — y cambiase la edad de Carmen para no desvelar así su edad en el parto, y no la describiese porque sabía que tenía los ojos pequeños y oscuros de su padre, pero nada sabía de la cara o de si prefería soltarse el cabello, María se asoma de vez en cuando al cajón de las fotografías —en el salón, un mueble para documentos y recuerdos y repasa la que le regaló Chico. Forma parte del

último tramo del día: aquellas en las que Carmen ya no parece Carmen, o no la Carmen que ella cree conocer, sino una mujer que muy pronto vivirá por su cuenta. Carmen tiene el pelo mojado todavía, porque se zambulló por completo en el mar, y lo ha recogido en un moño improvisado: una coleta que enrolla sobre sí, y que cierra con la goma del pelo. Se ha bajado los tirantes del bikini para evitar la marca del sol, y aunque aparece de frente no mira a la cámara, sino que escucha a alguien; por la secuencia de imágenes, y las dos anteriores, sospecha que conversa con su primo, quizá de pie tras Chico. Están los ojos, mínimos, para ver y poco más; los ojos del padre, que María sería capaz de reconocer —aunque no quiera— en cualquier rostro con el que tropezase. Están las cejas anchas, está la piel blanquísima; no se intuye en la fotografía por la calidad del papel, pero la memoria le devuelve las líneas azules en los brazos de Carmen. La nariz le nace justo de debajo de las cejas, fina en el dorso y ancha en la punta; tiene una extraña forma de embudo. Son gruesos los labios. Las orejas, pegadas a la cabeza; el pelo es de color castaño claro, fragilísimo, María recuerda el cuidado con el que le cepillaba la melena. El rostro es cuadrado, la frente ancha, las facciones dibujadas con trazo firme. Mide metro sesenta y pico, no está gorda ni delgada, el pecho le creció bastante en el último año. Esta descripción la repite María en voz alta, cada dos o tres días, para que no se le olvide. Sobre Carmen por dentro sabe poco: apenas charlan cinco minutos cada domingo por la noche, y cuando María les visita se empeña en planear alguna actividad juntas, que Carmen anula porque le duele la cabeza o porque le apetece más quedarse en casa. Le cuenta Chico que le apena que no tenga sentido del humor, pero que a cambio es madura para su edad. Ese verano dejó el colegio, porque no le gustaba estudiar, y en septiembre empezaría en los grandes almacenes del centro; ahora al regresar se asomaba al restaurante en el que trabajaba Chico, hacía tiempo tomándose un vaso de agua, regresaban juntos ella a casa, él a su piso, ella también al piso de su tío algunas noches. María preferiría que guardase su sueldo para ella, confiando en que alguna vez quisiera estudiar de nuevo, montar un negocio en el que nadie le mande.

Hoy es lunes. Esta noche le ha costado no ya dormir, sino cerrar los ojos; Pedro se acercó a casa para asegurarse de que todo marchaba bien, porque no se fiaba de lo que su madre le contase por teléfono, y después de la cena regresó a casa de María para acompañarla. Aguantó con ella hasta después de medianoche. No se quedó a dormir —jamás lo ha hecho; María nunca había despertado una mañana junto a un hombre—, pero sí se mantuvo en silencio junto a María primero en el sofá, tomando su mano, luego tumbado en la cama, intentando que forzase el descanso. Un hipido prologaba el llanto: María, que no lloró cuando murió Irene, que no lloró cuando su padre se murió, no cesaba en su sollozo. Ahora la llamada de Pedro se anticipaba en un par de minutos al despertador. No he dormido, saludó ella, y no he dormido, saludó él. ¿Cómo estás, María? No muy bien, pero se me pasará; siempre se pasa todo. Salgo en un rato para el trabajo. También yo. Te llamo en cuanto llegue a casa. Estaré aquí. No hace falta que vengas. Había quedado hoy con la hija de Conchita para invitarla a un café y devolverle unos libros. Me vendrá bien encontrarme con alguien que no sepa lo que ha pasado. Un beso. También un beso para ti. Aunque el sol de octubre se mantiene benévolo, y María se ha arreglado tan pronto —el mismo uniforme de lunes a sábado, los pantalones azules y la camisa blanca ancha, unas zapatillas de deporte para aguantar de pie— que puede permitirse los semáforos en rojo, la tardanza del cambio junto a la estación; aunque ocurre todo eso, hoy necesita poner la mente en blanco, dedicarse a algo que le exija rutina y no atención. Toma el metro, no es capaz de leer, oye las conversaciones de quienes también han

madrugado: resumen el fin de semana, el almuerzo en familia del domingo, los problemas de los hijos en clase. Cede el asiento a una mujer embarazada, y aprovecha para cambiar a la otra punta del vagón: se repiten los diálogos entre compañeros de oficina, vecinos, quienes se conocen de mañana tras mañana tras mañana. Le resulta curioso ese paisaje vivo, tan diferente al paisaje que hubiese recorrido de escoger el autobús: de los edificios útiles a los edificios hermosos, algunos monumentos, el cambio a los rascacielos, como un viaje en el tiempo de ida y vuelta e ida. Algunas caras le suenan, por supuesto: una mujer que vive a varios portales del suyo, y con la que suele coincidir en la carnicería, y un hombre que se parece mucho a otro de los primeros años de la asociación, quizá él, quizá su hermano; los rasgos son iguales, pero no la reconoce o finge no conocerla. Ha aprendido a respetar el deseo ajeno del silencio. Quizá sea el caso del hombre; desde luego, es su caso propio.

En las oficinas se adelanta a Teresa: desde que sale de la boca de metro piensa que unos quince, veinte minutos, luego descubre que algo más por los relojes del vestíbulo. Decide empezar por su cuenta y, si termina antes, adelantar parte del trabajo de ella. Retira de entre los archivadores, con un plumero, el polvo escaso acumulado en dos días; fuerza el agua y el jabón contra el círculo de café que una taza dejó sobre la mesa. Se fija en los escritorios, alguno con una foto de familia enmarcada, la mayoría idénticos: máquinas de escribir —una de las empresas las compra eléctricas, y ella pasa sobre ellas un paño con cuidado, para no estropearlas—, papeles y bolígrafos, carpetas, ceniceros. Abre algunas ventanas y agradece el viento frío; aspira el olor a limón del friegasuelos, completa lo que no dio tiempo el sábado pasado. Cuando termina su parte, sin que Teresa se haya incorporado aún, María recoge el carrito de limpieza y se encierra a llorar en el almacén. Suele llorar poco; casi nada. No lloró cuando dejó a Carmen con sus padres, y se trasladó a Madrid; tampoco cuando la despedían de un trabajo. Anoche lloraba con timidez ante Pedro, arrepentida de mostrarse vulnerable, y cuando él se marchó ella desató el llanto, pensando en que así se agotaría y dormiría un poco. No lo consiguió.

Ya se ha calmado para cuando llega Teresa. Se le han enrojecido los ojos, no ha podido ocultar con maquillaje las ojeras por la falta de sueño; Teresa le pregunta si todo marcha bien, si ha tenido algún problema, María se ofrece a acompañarla oficina a oficina, hasta que se incorporen los trabajadores y les correspondan las zonas comunes, para no molestar. Teresa canturrea, evita el silencio; improvisa anécdotas saltando de época en época para entretenerla. Hace varias semanas, paseando por el centro de la ciudad, el aire de una rejilla le levantó la falda y enseñó la ropa interior; tuvo que pedir una tila para calmarse. María agradece el intento de Teresa, fuerza una sonrisa para que su compañera se relaje. Limpiando pasillos y recibidores, con el ruido de fondo de las radios, ambas callan y de vez en cuando una comenta titulares, la otra asiente. Cuando termina la jornada, se despiden. Mientras María guarda su carrito en el almacén, nota la mano de Teresa en su espalda.

—No te pido que me cuentes lo que ha pasado; no quiero que me lo cuentes. Pero me tienes aquí para lo que necesites.

Lo que María oye lo comprende como frase hecha, no como petición sincera. De Teresa poco sabe, y ella sobre María no conoce apenas. ¿Qué sentido tendría compartir con ella la llamada de ayer, describir lo que escuchó y lo que sintió? ¿Cómo podría Teresa empatizar con ella, si nada sabe sobre el resto de los personajes de su historia? No ha mencionado a Carmen jamás, que ella recuerde. Debería remontarse al principio, cuando María acababa de cumplir dieciséis años y Soledad y ella cosían para un negocio de arreglos: de la mañana a la noche, hilo y aguja y

precisión, nada de máquinas. Un día Chico amaneció con una fiebre altísima, y su madre temió que empeorase si repetía el trayecto para entregar y recoger, así que a María le correspondió caminar hasta la avenida y tomar el autobús al centro, para cumplir y no perder el dinero de ese día. Su mundo se limitaba a una sola calle: existía una frontera invisible a dos o tres manzanas de su casa, que apenas había rebasado para ir a la escuela —la había dejado hacía algunos años—, y que ahora cruzaba solo del brazo de su madre. Pero en el autobús se sentó junto a ella un hombre cuyos ojos oscuros, pequeñísimos, le despertaron la curiosidad. Ella respondió a sus preguntas: me llamo María, tengo dieciséis años, sí, vivo en esa calle, en el número quince, estamos mis padres y dos hermanos míos más pequeños, los mayores se casaron y viven por su cuenta. En los días siguientes, mientras Chico se recuperaba y ella le sustituía en el viaje, el hombre se acostumbró a sentarse junto a ella, e insistir: no me disgusta coser, y me entretengo, pero no me gustaría pasarme así toda la vida, quizá dentro de un tiempo intente trabajar en otra cosa, no se me ocurrió estudiar más porque no pensaba que eso fuera posible, en mi casa viene bien el dinero y a mi hermano pequeño, a él sí que se le da bien. Cuando Chico mejoró, María se encontró con el hombre del autobús algún tiempo después, una mañana en la que salía con sus hermanos para sentarse en la plaza, al sol. El hombre la invitó varias veces a su casa, y María no le rechazó. Hizo frío ya la última vez. A Chico le gustaba acercarse a la barriga, en los últimos meses, y notar cómo el bebé se movía; cuando nació Carmen, su padre le explicó que su hermano de Madrid le había conseguido un trabajo. María tampoco dijo que no. En las primeras visitas a casa contó que quería ganar un poco más, vivir sola, llevarse con ella a Carmen. Al principio Chico la convenció para que no hablase con sus padres; con los años se atrevió a plantearlo, pero su madre no se lo permitió. ¿Qué significaba ella para Carmen? Alguien que aparecía dos o tres veces al año, ausente en sus enfermedades y en sus alegrías, ausente de todos los recuerdos a los que volvería siendo adulta. ¿Y qué significaba Carmen para ella? Su madre la cuidaba durante todo el día. En Madrid, ¿quién atendería a Carmen mientras María trabajaba? ¿Cómo encajaría primero un bebé, luego una niña, al final una adolescente, en su rutina? María insistía de vez en cuando, en navidades, en la visita de verano; preguntaba cuánto dinero —cuánto dinero más— haría falta para que su hija viviese con ella. Calculó, ahorró. La última vez —ya con el dinero suficiente para empezar las dos— le respondió su madre que Carmen prefería quedarse allí, con ellos. Si le dijese todo esto a Teresa, ¿entendería ella lo que la hace llorar? No querría referirse a la llamada: la historia que le ha contado Carmen ya se la sabe, ya la vivió con un par de años más que su hija. Ni siquiera le preocupa eso, porque asume que su hija cargará con las consecuencias igual que ella, vestirá un traje prestado en su boda, guardará en un cajón las fotos de ese día para no exhibir la tripa. Le preocupaba el tono, el final; la manera en la que se despidió de ella. Diría, por ejemplo:

—Me llamó «María», Tere. No «madre», no «mamá»: me llamó por mi nombre. Me pidió que no se me ocurriese aparecer, porque sería un día importante para ella, y no tenía sentido que yo fingiese interés si jamás lo había sentido.

Sin embargo, a María se le hace complicado decir todo eso, de repente, sin que antes haya intercambiado con Teresa más que comentarios superficiales, ni un solo espacio para las confidencias; contarlo le obligaría a insistir en ese vínculo, en confiarle la manera en la que transcurre la relación con Carmen, la boda, el parto. ¿Se enterará ella de algo? ¿Carmen la llamará para contarle? ¿Será Chico quien lo haga? Espera de corazón que Carmen tenga un niño.

María sonríe ante Teresa, la abraza y le responde que gracias, muchas gracias. Encaja su carro

de limpieza en el almacén, y se apresura para salir un poco antes que su compañera, y hacer sola el camino de salida del edificio. Se esforzará en no pensar durante el trayecto de vuelta a casa, pero pensará todo el rato: en la conversación con Carmen, en las disculpas de Chico por no haber sospechado nada, en la torpeza con la que Pedro intentaba consolarla. En el metro, una mujer cuenta a otra que su hija está embarazada, que será abuela dentro de cinco meses. Pues yo no, siente María el impulso de responder, y no lo hace por temor a que la tachen de loca: esta tarde iba en el metro y no sabes qué pasó. Callarse y simular normalidad es la mejor forma de olvidar. En casa almuerza, espera la visita de Laura, charlan sobre uno y otro tema. Hay un momento en el que María le pide:

—¿Podrías recomendarme una novela? O un libro de cuentos. Con estos mismos temas que leemos.

Quiero consolarme con historias peores que la mía.

En el fondo se trata del dinero: de la falta de dinero. Cada una de las situaciones que han colocado a María aquí —aquí significa piso de salón y dormitorio en Carabanchel, vagón de metro hacia Nuevos Ministerios— se habría desarrollado de otra forma muy distinta con dinero. Ella y Soledad y Chico dejaron la escuela porque la familia necesitaba dinero; por dinero sustituyó a su hermano en una mañana de enfermedad, para no perder la labor de ese día. Si sus padres hubiesen tenido dinero —salud para ganarlo, dinero para pagarse la salud—, ¿habría conocido ella a aquel hombre en aquel autobús? Habían paseado por las mismas calles: hubieran coincidido en el ultramarinos, como mucho un domingo en el bar de su hermano. Pero con dinero, sin falta de dinero, a esa hora María habría caminado al instituto desde una casa grande con una habitación para ella sola. Por dinero le tocó marcharse de casa antes de tiempo, recrear en el hijo de otra el olor de su hija. El piso en el que vive es el piso que puede pagar, no el piso en el que le gustaría vivir, y el trabajo que tiene es el trabajo al que puede aspirar siendo quien es, teniendo el dinero que ha tenido. Lo que no ha vivido no lo ha hecho por dinero; por la falta de dinero. Los viajes que no ha disfrutado, los vestidos que ha preferido no comprar, los almuerzos que ha preparado en casa para Pedro y para ella con tal de ahorrar un poco. El dinero que enviaba a su madre no ha bastado para contentar a Carmen; quizá le pareciera poco, quizá no valorase —algún día— que su ausencia se debía justo a eso: al dinero. Pero se trata de eso, también: ser una mujer. Cuando el hombre del autobús le preguntó, ella decidió responder porque callarse le pareció maleducado. El embarazo lo vivió en casa, escondida, cosiendo en el patio para adivinar algo de cielo. ¿Qué hizo él, mientras? Su vida la mudó: su familia, su trabajo, empezando de cero en otro barrio. Ella ha tenido que correr hasta el portal de su casa en noches demasiado oscuras cuando no era demasiado tarde, ha callado durante años en reuniones y ha escuchado sus argumentos y sus ideas en la voz de Pedro.

María piensa en cosas que se pueden comprar: en cosas que puede comprar sin que nadie cuestione cuando las paga una mujer. El abono de transportes para ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Un sofá cómodo. La lavadora. El frigorífico. La comida: la comida que compra, y en cierto modo también la que descarta por su precio. Las cervezas que toma después de las reuniones, cuando no paga Pedro o cualquier amigo más. La incomodidad cuando alguien anuncia que se ocupa de esa ronda, porque significa que ella tendrá que asumir en algún momento una ronda entera más. Un ramo de flores para ella hace algunos días. Las plantas, también: crecen con agua y sol, pero las había comprado, las semillas, los pequeños maceteros de barro que algún día

le gustaría pintar; con tiempo y con dinero. Con dinero puede pagar todo eso: con dinero puede conseguirlo todo. Con dinero paga mes a mes el piso en el que vive sola, y en el que Pedro la visita a veces; sin dinero tendría que vivir con él, en la casa de sus padres, cuidando de su madre y de su hermano, atada al sueldo que piensan que merece y al cariño que forzara. El dinero lo ha repartido María desde que lo ganó. Entregaba a su madre todo lo que le pagaban en el taller de costura. También el sueldo de la primera casa: algo para los tíos, por la habitación de su prima, y el resto una vez más para su madre, para Carmen, los mismos ojos oscuros del hombre del autobús; María guardaba un poco para ella, para ir y venir, para comprarse algo algún día. Lo que fuera, no importaba: algo que le permitiera reivindicar el posesivo, mi falda, mis pendientes. Cuando ganó un poco más decidió buscar un piso para ella, pequeño, apenas una habitación en la misma calle en la que ahora vive, aprovechando que algunos extremeños y andaluces regresaban a sus pueblos: sirvió que su jefe demostrase su seriedad y su decencia, pero lo alquiló con dinero; el dinero también demuestra nuestra seriedad y nuestra decencia. María siguió enviando dinero a casa, consiguió no un trabajo mejor pero sí uno en el que ganaba un poco más, alquiló un piso más grande: salón, y dormitorio, y cocina, y baño. Quisiera comprar poco a poco el techo bajo el que morirá, pero tiene que ahorrar para una entrada; si lo logra tardará el doble que el resto, porque lo pagará ella sola. Cree que también eso tiene que ver con el dinero. ¿Existe algo que no pueda comprarse? Quizá tendría que haber guardado más dinero para Carmen. Quizá debería haberle hecho regalos más espléndidos: no la muñeca que podía pagar, sino la muñeca con la que jugaban todas las niñas de su clase. Quizá cuando María se enteró de que Carmen dejaba de estudiar podría haberle ofrecido algo a cambio, piensa: ir a la universidad, vivir las dos juntas. Seguro que la hija de Conchita les hubiese ayudado. ¿Qué hubiera querido ser Carmen? ¿Qué se le daba bien? María lo ignoraba. ¿Qué opinaría su hija del dinero?

LA BELLEZA

MADRID, 2015

Suena la alarma del móvil. Alicia se despierta. Si le importase la belleza lo más mínimo, al pensar en esto —al pensar en que suena la alarma del móvil, y en que se despierta— oiría las alarmas en su piso, en el de arriba, dos bloques más allá: desconocidos que apenas se cruzan al tirar la basura, restregándose los puños cerrados contra los ojos porque suena en la mesilla de noche la misma alarma del mismo modelo de teléfono. Una música se incorpora algo más tarde, apenas un segundo, porque al reloj le falta sincronía; otra se adelanta también, y descompensa el sobresalto. A Alicia no le sobra el tiempo para emocionarse con casualidades y chorradas, así que suena la alarma del móvil y se despierta.

Dependiendo del turno de esa semana, Alicia espera a que Nando salga para el trabajo o se adelanta a él. Por la mañana ella no tiene ganas de hablar, así que ocurra lo que ocurra él procura no molestarla; a veces le observa cuando se pone de puntillas para ir al baño, procurando el ruido mínimo. Si Alicia trabaja por la tarde, durante la mañana limpia la casa y hace la compra, a veces pasea por el barrio, quizá ve una película. En cambio, si trabaja hasta el mediodía habrá tomado el primer metro, habrá cambiado en Gran Vía a la línea azul, y habrá corrido hasta la tienda para que los viajeros compren gominolas y figuritas de la Puerta de Alcalá; deshará el camino, almorzará sin prisa, limpieza y compra y paseo y etcétera para matar el tiempo hasta que llegue Nando. Alicia no disfruta de su trabajo, pero le entretiene: le permite fijarse en los demás. Si le importase la belleza lo más mínimo, lo justificaría por cierta curiosidad, como si se hubiese comido a un antropólogo: la mágica diversidad del género humano, los rostros distintos y las actitudes distintas, hombres y mujeres y pequeños y grandes y ricos y pobres —no, pobres no: los pobres viajan en autobús— unidos al bajarse los pantalones, al subirse la falda, cremallera abajo, botón desabrochado, hombres y mujeres y pequeños y grandes y ricos y trabajadores con un sueldo que les permite liquidar sus facturas y escapar los festivos y los fines de semana, iguales al mear en la estación de Atocha. Al principio Alicia lamentó que hubiese que pagar por acceder a los aseos de la estación, porque desde el mostrador podría haber vigilado a quienes salían y entraban: le habría entretenido adivinar quién ocultaba en casa sus deseos reales, quién buscaba sexo rápido, si querían cobrar o pagar. Cuando llegase quien le sustituyera se demoraría en la vuelta a casa: se habría colado en el baño de los hombres y habría esperado en el aseo a oír una petición, un jadeo, un cuerpo que choca contra otro; algo que justifique la tardanza en fingir prisa hasta los tornos y montarse en la línea azul, cambiar en Gran Vía, montarse en la línea verde, buscar las llaves de casa en el bolso, arrojarlo junto a la puerta de entrada, hasta el día siguiente.

Pero no: puede que entonces, así, a Alicia le importase un poco la belleza. La gente que utiliza ahora los baños de la estación le parece mediocre. De vez en cuando, si no le toca responder las dudas de ningún cliente, atiende por inercia a quienes salen y entran del baño de los hombres. Se ha acostumbrado a distinguir a los turistas dispuestos a pagar sesenta céntimos para que cada cinco minutos alguien limpie las gotitas de la taza del váter, rellene el dispensador de jabón en espuma, se asegure de que no se ha colado un mendigo que haya reunido sesenta céntimos de euro y quiebre la decoración minimalista. Caminan rápido con el paso firme, la forma de una de las manos acostumbrada a la maleta —la maleta rígida y minúscula, apenas dos mudas para dos días—, la otra al teléfono móvil. Teclean, teclean, teclean. ¿Sonará su alarma al mismo tiempo en sus pisos, en el piso de arriba, en los pisos de dos bloques más allá? ¿De qué grosor son las paredes de sus casas? Otros se asoman a la tienda, con timidez preguntan si existe algún aseo gratuito; preguntan eso, así: aseo gratuito. No lo quieren o no lo pueden pagar: arrastran sus maletas inmensas, de tela gastada, con muelle para almacenar un abrigo, varios jerséis; a veces arrastran una inmensa bolsa de plástico a cuadros, comprada en un bazar, y preguntan eso, aseo gratuito. Alicia responde que no y que ahí —señala— cobran sesenta céntimos, aunque siempre está limpio. Si le importase la belleza, entonces pensaría que la belleza que le importa en todo caso es todo lo contrario: sucia, rota. Pero se detiene cuando advierte que siempre está limpio, y les mira en silencio por si quisieran una chocolatina para el viaje.

Suena la alarma del móvil. Alicia se despierta. Justo antes ha soñado, como cada noche de todas las noches de su vida, con su padre colgándose de un árbol.

Entonces hay un momento en el que Alicia finge prisa y un paso tras otro hasta los tornos y se mete en la línea azul, cambia en Gran Vía, coge la línea verde, busca las llaves de casa en el bolso —en el bolso las llaves, el monedero, una compresa grande por si se le adelanta la regla, el cargador del móvil, un paquete de pañuelos, una manzana que se pudre—, arroja el bolso junto a la puerta de entrada hasta el día siguiente. Regresa a casa a mediodía si trabajó por la mañana; regresa a casa por la noche si trabajó por la tarde. Prefiere ese, el segundo turno, porque evita madrugar y se garantiza apenas coincidir con nadie que conozca: el rato de la noche con Nando, ni siquiera los días en que retransmiten el fútbol. Pero algunas veces cede porque una compañera —una mujer siempre: nunca falla— se lo pide, le hace el favor porque así acompaña a su hijo a la guardería o al colegio o al instituto o a la universidad, le limpia el culo y le sacude las migas de las galletas del desayuno, no te preocupes porque el padre o la abuela o el abuelo o la tía le recogen por la tarde, mientras trabaje yo. Cuando Alicia cede su turno favorito se siente una superheroína, igual que quienes en el aseo de los sesenta céntimos apuntan con esfuerzo el chorro de orín para no salirse de la taza, un poco de solidaridad entre quienes integran la clase obrera: lo personal es político.

Si Alicia trabajó por la mañana nada le libra de encontrarse con Nando por la tarde. Dónde nos vemos, le pregunta ella a él por whatsapp, como si no viviesen juntos desde tres semanas después de la segunda noche en que se acostaron; él utiliza ese verbo, acostarse, porque en la boca le suena cuidadoso. Alicia tolera sus eufemismos con una pinza de tender la ropa en la nariz, porque le huele mal al pronunciarlo, pero él intenta no ofenderla y ella en cierto modo disfruta con ese esfuerzo torpe suyo de ocultar su ignorancia. Aún le extraña recogerle en la parada del autobús, caminar en paralelo a él por la calle de Alcalá —Nando omite que a punto de

desembocar en la A-2; ella lo subraya—, reconocer el olor de su mierda por las mañanas. Dentro de no mucho celebrarán su séptimo aniversario. Cuando Alicia libra por las tardes espera hasta que, a las ocho, el autobús se detiene al otro lado de la glorieta, y caminan unos minutos hasta llegar a casa. Unas veces se cambia sin ducharse, otras —sobre todo en invierno— él le avisa de la pereza que le da. Toman una cerveza, dos, algunos frutos secos, y para entonces ya en la barra piden Javito e Isabel, más tarde Salva y Natalia, los últimos Edu y Rocío, porque trabajan en la otra punta de Madrid, aunque prefieren no irse del barrio. A Alicia le fascina la manera en que una pareja se convierte en un elemento indivisible, la manera en que su nombre pierde valor por sí mismo y significa en combinación con otro: la vida cotidiana entendida como ciencia matemática. Javito e Isabel, Salva y Natalia, Edu y Rocío, Nando y Alicia: con él se abre la enumeración, recurriendo al diminutivo para revestirlo de un aire de andar por casa —chicos del barrio, de toda la vida—; la conjunción copulativa —guiño— les une; y con ellas se cierra el nombre completo, I-sa-bel, Na-ta-lia, Ro-cí-o, A-li-cia, jamás Isa o Nati o Roci o Ali, porque a las mujeres se las debe respetar. Más allá de su unificación como concepto, también ocurre en el plano físico: Alicia no sabe si Edu y Rocío hablaban igual antes de conocerse, o si se contaminaron el uno al otro, pero muchas veces le distrae la manera frenética en la que mueven las manos para enfatizar cualquier comentario, y en algunos reflejos claros del pelo de Javito se reconocen las mechas rubias de Isabel, Salva y Natalia engordando al mismo tiempo. Alicia se pregunta si su nariz se habrá curvado igual que la de Nando, si se le habrá hinchado la barriga como a un bebé fuera de tiempo.

No llaman la atención. En el bar se citan tarde tras tarde varios grupos como el suyo, intercambiables: tres o cuatro parejas, siempre uno de los miembros unido a uno de los miembros de las otras parejas por una amistad que se remonta al patio del colegio, siempre otro de los miembros incorporado por obra y arte del amor. Los latinos se reúnen en los bares que sirven pollo frito, y a los chinos no se les ve el pelo. Nando y Alicia viven en la calle de atrás, en un radio de cinco minutos de paseo. La clientela entre semana ronda los treinta y algo, treinta y muchos, cuarenta y pocos; los más jóvenes se encuentran en la plaza o en los billares, y los más mayores en el mesón —sillas suficientes, manteles de papel— que a ellos les espera en poco tiempo. La simetría la rompieron Salva y Natalia hace tres años, cuando ella se quedó embarazada de Martina, y luego Javito e Isabel, pocos meses después, cuando nació Javierín. En casa, sin que nadie les oiga, Nando lo llama Javierón y se asombra de que quepa en la mochila de porteo, amontonados los pliegues de los muslos y los brazos; una noche —más cervezas de la cuenta Nando se preguntó en voz alta si Isabel pensaba llevar a Javierón así al altar cuando se casara, en una mochila gigante, y Alicia primero abrió la boca con asombro sincero, luego se le escapó una carcajada, y otra, y así rió durante minutos. La tranquilizó que se le hubiese ocurrido en casa, y no en el bar —sabe que habría molestado a Javito e Isabel, y que Nando no disfruta con ese tipo de situaciones; a Alicia le tocaría soportar sus lloriqueos—, y le sorprendió que Nando albergase una pizca de ingenio y otra de maldad. Quizá por eso, aunque era martes, follaron antes de dormir.

Alicia sabe que Natalia prefiere no tener más hijos, porque se lo contó mientras cambiaba a Martina —que se duerme en el carrito, apenas llora y suele contemplarles con indiferencia: da tan pocos problemas que no quiere arriesgarse a un bebé que les complique la vida—, y en cambio sabe que Isabel lo está deseando, pero que Javito se resiste porque hace unos meses despidieron a varios compañeros y nadie les garantiza que no le toque a él antes de final de año. En sus

quedadas —así las califican— charlan sobre compañeros de trabajo con características que ridiculizan sin esfuerzo, sobre la corrupción y la liga, pero la maternidad nadie la menciona. Edu y Rocío lo intentan desde hace años, y no lo consiguen: él se niega a hacerse las pruebas de fertilidad, porque se lo contó a Nando y él a Alicia, y Rocío se las hizo a escondidas y le confirmaron que necesitaría estimular la ovulación con un tratamiento, porque se lo contó a Alicia y ella a Nando. Alicia se lo contó a Nando y añadió que el problema no era de Edu, sino que era Edu. Nando contestó que prefería no meterse en los asuntos de los demás, y que aún les quedaba tiempo. Tiempo a él, pero a ella no tanto, contestó Alicia, y Nando se levantó del sofá para ir al baño, y no regresó al salón sino que se marchó a la cama. A ellos nadie les pregunta: a ella nadie le pregunta, más bien —sobre ella saben todo lo que tienen que saber: Alicia, treinta años, su padre se suicidó, con su madre y con su hermana no se habla, a su tío lo llama a veces para comprobar que no se ha muerto—, y supone que cuando preguntan a Nando él repite los argumentos que ella ya le ha explicado tantas veces. Le hace gracia, porque ni siquiera son suyos: los ha oído en el metro, en la cola para pagar en Primark, y los ha adaptado a sus circunstancias. Al fin y al cabo, en eso consisten nuestros días: en imitar las acciones de otros, en repetir los gestos de otros, en adaptarlos para sobrevivir.

A Nando le preocupa. Pronto cumplirá cuarenta años —quiere organizar un fiestón, insiste, un fiestón; a Alicia le espanta— y no quisiera tener sesenta cuando su hijo empiece la universidad. Ya le parece a Alicia ridículo parir un hijo, criar un hijo, pero qué esperpento pensar en que su hijo —¡su hijo!— vaya a la universidad: Fernandito, presidente del gobierno, premio Nobel de Matemáticas, descubridor de la vacuna contra el cáncer, hijo de Nando y Alicia, criado en un bar de Canillejas mientras dormía en el carrito que heredó de Martina. A los dos o tres años de convivencia Nando reservó para cenar en un restaurante con parrilla y pidió a Alicia que se casara con él. Se levantó y fue al baño: respondió que no debía cenar tanto ni tanta carne, y volvieron a casa sin el postre. Al día siguiente ella le preguntó si no estaba bien así, juntos día tras día; que no le hacían falta papeles —lo leyó en una entrevista en la peluquería— para sentir su amor y su compromiso. Alicia pensó en la exnovia de la que Nando le había hablado la primera noche, y la segunda, y todas hasta los seis meses de relación, cuando pareció asumir que ella no saldría corriendo; él le explicó que lo hacía también para que ella heredase el piso si sucedía algo. Durante varias noches Alicia lo pensó —las pesadillas ganaron en crudeza: en una de ellas su padre abandonaba el coche mutilado, sin uno de los brazos, sangre manando de la carne cortada— y le respondió que sí, pero que quería algo por lo civil y discreto, sin primos del pueblo ni amigos de la suegra. Firmaron en el juzgado, la madre de Nando invitó a almorzar en un bar del barrio, no más de treinta personas. Aunque Alicia le había hablado sobre Nando, prefirió no avisar al tío Chico.

La lista de argumentos de Alicia: allá va. La familia no la dicta la sangre, sino la propia vida. No estoy segura de querer exponer a un inocente más a este mundo cruel. No estoy convencida de estar a la altura de la crianza. Tú tienes un puesto más o menos estable, pero yo no he aguantado mucho tiempo en el mismo trabajo, y con lo que ganamos nos costaría mantener a una persona más. Estamos lo suficientemente bien como para romper nuestra estabilidad con alguien que solo nos traerá problemas durante los próximos veinte o treinta años. ¿Vas a cambiarle el pañal? ¿Vas a darle el biberón? ¿Vas a despertarte cuando berree por la noche? ¿Vas a ayudarlo con las tareas y los exámenes? ¿Y si tu hijo es prepotente, hipócrita, mentiroso? ¿Y si disfruta torturando a los demás? Los psicópatas que se presentan en su instituto con un rifle y acribillan a los jugadores de

baloncesto, las animadoras y los profesores comprometidos: también tienen un padre y una madre, son reales aunque salgan por la tele. El cabrón que perseguía a tu hermano por los pasillos del instituto, Nando, y que le amenazaba con rajarle la polla y metérsela en el culo o en la boca, también tiene un padre y una madre. Quizá ahorremos al mundo la posibilidad de un nuevo Albert Einstein o una nueva Frida Kahlo —acababan de mencionarla en un documental del canal Historia: quedó muy inclusiva—, pero quizá le ahorremos también un Hitler o un Pol Pot. Cuando Alicia recitaba todas las excusas de carrerilla, igual que en aquellos exámenes de adolescencia en los que se aprendía la lección en lugar de entenderla, y necesitaba volcar toda la información cuanto antes porque si perdía una palabra se quedaba sin rumbo, entonces se mordía los labios entre frase y frase para no echarse a reír. A Nando le bastaban, sin embargo; durante varios meses se relajaba, no insistía de nuevo, obligaba a Alicia a acurrucarse contra su pecho y le susurraba: ven aquí, madre de Stalin.

No le pareció mal la primera noche; correcto sin más, esforzado, igual que tantos otros. Aguantó el monólogo de Alicia sin interrumpir —la primera persona a la que ella le había contado que soñaba cada noche con su padre muerto— y soportó el final, cuando le dijo que se quedaba con él porque no le llegaba para un taxi; al callar ella pensó que se había excedido. Él se ofreció a dejarle veinte euros, aunque quedaba muy mal darle un billete después de haberse acostado juntos —bingo: ¿sería «acostarse» la contraseña de su cuenta de correo?—, y ella lo rechazó. Se dio la vuelta, se quedó dormida. A las pocas horas le despertó la luz, porque había olvidado bajar la persiana, y con cuidado salió de la cama para que no se diese cuenta, en silencio se vistió, cerró la puerta. Le bastó el camino al metro para olvidar su fotografía con los compañeros del club ciclista —Nando la enseñó con orgullo cuando Alicia se lo pidió, nada más cerrar la puerta de la casa: las bicis en la primera fila, los componentes situados en dos filas más según la altura, con la equipación negra y verde lima, los cascos y los guantes—, el marco de madera con la imagen de una chica muy delgada, el pelo teñido de rubio, la melena larguísima recogida en una coleta alta, unos aros pequeños de oro: se le adivinaba una chaqueta de chándal azul celeste, por el cuello, y posaba en un mirador, con la gran montaña dominando el fondo. Los barrenderos recogían cristales de las litronas que se habían estrellado contra el suelo durante la noche anterior. Alicia calculó que desde la puerta de la casa de Nando a la puerta de la suya se tardaba una hora y catorce minutos. Ya en casa se duchó, calentó un vaso de leche y se metió en la cama. No le dio más importancia. A las dos semanas conoció a otro, y al mes, y etcétera.

Al año exacto su compañera de trabajo —la misma compañera de trabajo— la invitó a su cumpleaños. A Alicia le pareció que no sería mala idea beber y reírse un poco: el contrato se le acababa en diez días, y ya le habían advertido de que no se lo pensaban renovar. El jefe la llamó al despacho para comentárselo, y mientras él desgranaba sus excusas Alicia calculaba cuánto tiempo aguantaría sin un sueldo: vivimos el peor momento de la crisis, fui incapaz de ahorrar, me obligan los de arriba, me queda un paro bajísimo y durante pocos meses, te ha tocado a ti porque tu contrato cumple ahora, a estas alturas no voy a llamar al tío Chico para pedirle que me ayude. Alicia pensó en que le tocaba dejar el piso en el que vivía, porque no podría pagarlo; debería compartir de nuevo, superar que una desconocida la juzgase a cambio de utilizar sus cubiertos y sentarse en el otro lado del sofá, limpiar lo que ensuciase el resto —recordó la pila de platos sucios amontonada en el piso de Aluche, una plantita floreciendo entre la loza—, encerrarse en el dormitorio para garantizarse un poco de intimidad. La camarera del bingo le contó que intentaron

violarla a la segunda noche de llegar a un piso nuevo, sin tiempo para abrir las dos cajas con sus pertenencias, y a la recepcionista una compañera le robaba lo que podía, dinero, películas en devedé, cremas hidratantes abiertas, incluso un álbum con fotos de la infancia.

Alicia no contaba con la lógica: se repetirían muchas de las caras del cumpleaños anterior. Se dio cuenta al abrir la puerta del bar y encontrarse con él. No le había recordado en todo ese tiempo —apenas la epifanía de la luz golpeando contra los cristales de litrona, en la boca de metro—, y sin embargo ahí sus piernas larguísimas, sus ojos saltones, pagando en la barra su cerveza. Ella buscó a sus compañeras de trabajo, Paola le reprochó que hubiese tardado tanto, habían calculado que vivía a una hora y diez minutos, entregaron a Rocío el regalo conjunto. Cuando Alicia pensaba en la excusa para irse antes de tiempo sin que él la viera —me ha bajado la regla y estoy destrozada, no me encuentro muy bien con lo del trabajo—, notó una mano en su nuca. No le saludó sino que le reprochó que se hubiera ido sin despedirse, y ella le respondió que le había impresionado tanto que no le apetecía estropearlo. Ella le preguntó cómo se llamaba, porque lo había olvidado. Nando, me llamo Nando, dijo, y Alicia se dio cuenta de que llevaba dos botellines, uno en cada mano. Le ofreció uno con el cristal helado todavía, Alicia lo agradeció, él se dio la vuelta y dejó que ella regresase con Paola. El dueño del bar echó la persiana —Rocío le conocía—, subió el volumen de la música y permitió que fumase quien quisiera; sacaron raciones, una tarta con forma de corazón. Las chicas bailaron un poco, Alicia no volvió a oír la voz de él, Paola le aseguró que la echaría de menos, por un momento imaginó que el contrato que no renovaban era el de ella y no el suyo, por otro lado qué putada, tiene a la madre y a los niños en Bolivia. Cuando subieron la persiana Alicia se dio cuenta de que le tocaba regresar a casa desde allí; fue al baño para pensar qué hacer, quizá un bus nocturno hasta Cibeles y allí otro hasta casa. Al salir le encontró de nuevo: apoyado en un coche, nervioso, jugando con el cordón de la sudadera, Nando simulaba que consultaba algo en el móvil, pero buscó su mirada en cuanto oyó que Alicia preguntaba a Rocío por la parada de autobús.

—Oye. Vas a tardar muchísimo en volver si coges el nocturno. Puedes quedarte conmigo, si quieres, y ya te vas cuando te despiertes. Yo duermo en el sofá, no te preocupes.

Aunque le dio pereza su tono lastimero, su estrategia de apartarse del grupo para forzar la intimidad, Alicia aceptó por evitar las horas que le esperaban de bus en bus, los borrachos que se empeñarían en hablarle, el miedo a encarar sola, de noche, las calles hasta el piso. Él no se despidió de sus amigos, y a los tres pasos indicó aquí, y Alicia reconoció el portal de un año atrás. Mientras subían las escaleras ella pensó en que nunca se había follado al mismo hombre en dos noches distintas, porque si existía un nexo —una compañera de piso o de trabajo— le rogaba que nunca diese su teléfono, y se limitaba a desaparecer mientras él dormía. De repente le apeteció hacerlo: las marcas del sol en sus gemelos firmes, las fiambreras vacías apiladas en espera de la visita a casa de la madre.

¿Cómo lo lograría? ¿Y si él la rechazaba? Quizá la propuesta era sincera, y después de su huida a Nando no le apeteciese más que ofrecerle un cobijo hasta que abriera el metro; a Alicia nunca le habían dicho que no y nunca había subido unas escaleras sin ni siquiera un beso antes en el bar ni una mano bajo la ropa. Nando le preguntó si no quería tomar nada y le ofreció un vaso de agua, otra cerveza, no tenía más. La disposición de los adornos en el mueble no había variado, pero había sustituido la foto de la chica rubia por una foto suya con una mujer mayor, Alicia imaginó que su madre, reutilizando el marco. La misma nariz que Nando, el pelo corto teñido de rojo encendido, una playa de fondo. Nando trajo dos latas, ella abrió la suya, dio un trago. Alicia

le preguntó a qué se dedicaba, y él le contestó que trabajaba en un almacén —no especificó más de un polígono allí cerca, iba y venía en bus; su tío coordinaba las entradas y salidas de pedidos. Cuando se jubilara él ocuparía su puesto, y Nando anheló una extraña monarquía hereditaria de los albaranes. Alicia no le explicó nada más sobre ella: bastaba con la información de la noche pasada. Se giró para colocarse frente a él, él se mantuvo frente al televisor, fijándose en la pantalla apagada mientras le respondía. Ella se inclinaba para escucharle, y escuchaba al mismo tiempo cómo su cuerpo se tensaba. No tenía que ver con el deseo, sino todo lo contrario: ella notaba su miedo. Nando no entendió por qué se había marchado de esa forma, sin despedirse, que había estado bien, que habían charlado sobre cosas que parecían importantes, y que durante semanas pensó en que él le había hecho daño, o había dicho algo fuera de lugar. Alicia se aguantó la risa al imaginar su agobio entre cintas de embalaje, al recrear los ánimos del club ciclista tras verle alicaído, y se dio cuenta de que le molestaba porque hablaba demasiado, en su cabeza el murmullo de su voz, palabras sueltas: primera, exnovia, tampoco, ninguna, entonces, y al oír «entonces» algo zarandeó a Alicia y entonces quiero dormir contigo, le dijo, quiero dormir contigo hoy. Nando se incorporó, tomó la mano de ella y la condujo hasta la habitación, dulce príncipe de la cinta americana. Lo habitual, después: alguien desnuda a alguien, alguien muerde en el cuello o en el hombro, alguien jadea, alguien repasa el gotelé, alguien concluye bien, ha estado bien, sí, bien. Alicia cerró los ojos para intentar dormir, y notó cómo Nando deslizaba un brazo bajo su espalda, el otro sobre su pecho, su cuerpo de lado y su boca cerca de su oído.

—Alicia, lo único que te voy a pedir es que me trates con cariño.

Sonó tan ridículo que ella decidió quedarse cuando amaneciera, pasar incluso el día allí. Nando llamó primero a los del club para avisar de que no le esperasen, porque había celebrado un cumpleaños la noche anterior, y envió un mensaje a su madre para contarle que la visitaría mañana, que no se encontraba bien tras la fiesta. Follaron varias veces más y hablaron mucho, sobre todo: el ciclismo, el almacén, sus amigos del colegio, la enfermedad de su padre y la muerte de su padre, la ilusión cuando le concedieron la hipoteca para el piso, un viaje precioso a los Pirineos, la desorientación cuando ella decidió romper con él. A Alicia le hizo gracia que utilizase esa palabra, no el dolor ni la rabia, sino la desorientación: el amor igual que un mapa. Él la acompañó al metro y ella le dio su teléfono —el número de verdad— al despedirse. Nando le envió un mensaje a la altura de Ventas diciéndole que ya la echaba de menos, y la llamó el martes. El sábado quedaron en La Latina, decidieron compartir un taxi hasta casa de ella: la primera vez que Alicia dormía en su cama —en su propia cama, no en la de él— con un hombre. No lo comprendía muy bien: si cuando follaban cerraba los ojos para evitar verle, si escuchando sus historias su primera reacción era la burla, ¿por qué durante la semana pensaba Alicia qué haría él, contestaba de inmediato a sus mensajes? Sentía por él un desprecio cercano, de forma perversa y deliciosa, al cariño. Al fin de semana siguiente, en su casa, ella le contó que se le acababa el contrato, que no había encontrado nada y que dejaba el piso, por si se enteraba de una habitación. De ninguna manera: Alicia se quedaría con él hasta que la llamasen de algún sitio, y pudiese pagar algo por su cuenta. Trasladaron su ropa y algo de menaje hasta su casa, y ella empezó a recogerle en la parada del autobús, a caminar en paralelo a él por Alcalá, a reconocer el olor de su mierda por las mañanas. Ella tardó casi un año en encontrar trabajo, gracias a un amigo del tío de Nando. Para entonces él ya se había enamorado y a ella le aburría lo de acotar zonas y seleccionar metros mínimos y precios máximos en las webs de alquileres. Al año, al año y medio, Alicia nunca logra especificar, no sabe cuándo, él pidió que se casaran y ella se resistió, pero Alicia lo asume: si

quiere obtener algo, debe ofrecer algo. Dijo que sí.

Para cuando Alicia se dio cuenta se había convertido en su madre: las pulseras doradas, recuerda cada vez menos su rostro y cada vez más el tintineo en sus muñecas. ¿Cómo estará Carmen? ¿Se habrá acostumbrado a preparar garbanzos con espinacas de lunes a viernes y parrillada los domingos? ¿Se arrepiente alguna vez de algo?

El matrimonio no amansó a Alicia: al principio Nando insistía en saber qué había ocurrido con su madre y con su hermana, y ella respondía que nada, por no mentirle. No había ocurrido nada. Contestaba a veces que no le caían bien, y él se molestaba, porque una madre y una hermana no caen bien: no quedas con ellas para tomarte una caña, no les cuentas tus secretos. Nando la animó a invitar al tío Chico a Madrid, para conocerle, y Alicia reaccionó espaciando las llamadas cada vez más, una cada dos semanas, una cada mes, una cada dos o tres meses. El contacto con su familia no podía rechazarlo ella: toleraba unos días en la playa con la madre —el hermano hacía su vida—, pero pedía a Nando que la recta inicial la viviesen ellos solos. Si la madre reservaba un apartamento para una semana, ellos viajaban el domingo y Alicia el miércoles o el jueves. Así disfrutáis el uno del otro, se excusaba Alicia ante su suegra sin que le llevase la contraria. En las primeras vacaciones juntos Nando le propuso un trato: una semana los tres en Oropesa, otra semana los dos. Ella negoció: adelantaos vosotros en coche, yo cojo el autobús a la mitad de la semana, el domingo regresa tu madre con tus tíos, tú y yo nos vamos a otra parte. Nando aceptó.

Él se marchó el domingo, y el lunes Alicia se lo reservó: apagó el móvil, se despertó tarde, almorzó una pizza congelada y durmió la siesta. Luego se duchó, se puso un vestido de flores que le había regalado Isabel —le quedaba grande, a Alicia justo—, y caminó hacia el sur durante cuarenta, cincuenta minutos. Identificó la parada de metro de San Blas, y buscó un bar en el que tomar algo: una cerveza, una tapa. Se sentó en la terraza y encadenó una, otra; cuando se hizo la noche pasó a la barra, y se fijó en el camarero. No en el joven que atendía en las mesas de fuera, casi un adolescente, el pelo rizado; en el que era más mayor, cuarenta y algo, las patillas anchísimas, el pelo de las cejas abundando hasta unirse en una sola. Su acento no lo distinguió Alicia, porque forzaba la pronunciación para ocultarlo: como si le avergonzase borrar la ese del plural, mostrar el origen que borra la ese del plural en un esfuerzo igual que el suyo. Fue el primer detalle que la atrajo. Luego su conversación, claro: su empeño en demostrar que el mundo entero se había sentado en el mismo taburete que ocupaba ella en ese momento, los dueños del mundo sorbiendo espuma en una tasca de San Blas. Alicia conocía los pasos, no había perdido la práctica: escuchó con atención, dejó de beber y comió un poco más —a veces, en los momentos de paro o sueldo bajo, solía hacer eso en bares para ahorrar—, cuando el camarero cerró le preguntó si quería cenar algo más en la cocina, aunque ya se habían ido todos. Alicia regresó a casa y en su mal sueño la tierra olía a aceite requemado. El martes por la mañana limpió habitación tras habitación, encendió el teléfono y recibió un único sms: Nando, el lunes por la noche, le había dicho que la quería. Ella respondió que también, abrió las ventanas del salón y recorrió las cortinas para que se airease mejor.

Se acostumbró a repetirlo de vez en cuando. En ese paréntesis de las vacaciones que se reservaba, cuando Nando y su madre la dejaban sola: unos años desde el domingo al miércoles, todas las tardes, otros años apenas una, según le apeteciera. Aprovechó cuando ingresaron al tío de Nando y le correspondió pasar con él algunas noches; aprovechó cuando él se marchaba unos días, durante un puente o pidiendo un día libre en el almacén, para una excursión de cicloturismo

con los amigos del club. Un cliente al que no le importaba volver a casa un poco más tarde o un hombre en el que se fijaba en el vagón de metro, y al que Alicia preguntaba si no se conocían de algo, de haber coincidido alguna vez. Nunca lo hizo mientras Nando la esperaba en casa: no por daño, sino por comodidad.

Ahora que Alicia tiene treinta años dejará poco a poco de ser el golpe de suerte de alguien; si quiere mantener su estatus deberá subir el límite de edad y relajar sus exigencias. Lo notó a partir de los veinticinco, y también cuando ganó algo de peso: las respuestas inmediatas se demoraban más de la cuenta. Por eso recuperó los primeros impulsos, aquellos que anuló por vergüenza: no la tartamudez de Miguelín ni la psoriasis de Juan Antonio López, sino el chico de la clase de al lado y sus dedos unidos por la piel, el muchacho que almorzaba en el restaurante y al que le faltaban las piernas por debajo de la rodilla. Con mucho prefería Alicia la mediocridad: excitarse con un defecto físico resultaba una filia demasiado evidente, no se tiene por alguien brillante, sobre todo en vista de su biografía, pero sí que respeta la inteligencia que le ha permitido sobrevivir. Aquel pobre diablo de la carrera, Diego, empeñado en ocultar dónde trabajaba, aunque siempre olía a pescado, y en pronunciar los cuatro o cinco nombres conocidos de directores clásicos de cine, exhibiéndolos como si solo él tuviera acceso a los complejos secretos de su arte. El propio Nando y su ridícula ilusión por subirse a una bicicleta cada domingo por la mañana, acompañado por un pelotón de hombres grises como él mismo. Eso interesaba a Alicia: que alguien sin interés imitase ser quien no era, que se esforzase hasta la caricatura. Eso. Pero conforme ha pasado el tiempo a esos hombres absurdos no les interesan las manos arrugadas de ella, alguna mancha que asoma en la piel del rostro, las bolsas en los ojos; ellos tienen también sus arrugas y sus manchas y sus bolsas, y si aceptan una mujer igual a ellos prefieren a alguien cómodo, que acepte sin sorna sus exhibiciones. Alicia ha asumido que no resulta fácil encontrarlos, así que al no sobrarle el tiempo prefiere apostar por alguien con garantías: hombres que rondan la edad que tendría ahora su padre, hombres de su edad o un poco más mayores con un defecto físico evidente, de esos que en su adolescencia observaba y al mismo tiempo descartaba. Una cojera severísima, un tic que dificulta el habla. No quiere a enfermos; no por el momento.

En algunos momentos a Alicia le ha parecido distinguir algunos rasgos suyos, de Eva, de su madre o del tío Chico en la mujer que se sentaba enfrente en el vagón del metro, en la abuela que obsequiaba a su nieto con un chupachups en la estación. Los apellidos del tío Chico resultan tan comunes que, si Alicia quisiera buscar a la madre de su madre, su esfuerzo obtendría decenas de resultados. ¿Y si le decepciona? ¿Y si la forma de ser la transmiten los genes, igual que el color de los ojos o la forma de la boca? Se lo preguntó Alicia en los primeros días de su vida en Madrid, fantaseando con la posibilidad de que se cruzaran; pronto tuvo asuntos más importantes por los que preocuparse, se le olvidó. Se lo ha preguntado durante toda la vida: para qué hacemos lo que hacemos. Quizá hubiese tenido que estudiar Filosofía, oye decir al hombre a la vez que ella lo piensa, no distingue si consejo o si reproche. Para qué subí aquellas escaleras y le pedí que durmiésemos juntos, adónde iré si esto se acaba, esto se habría acabado ya si yo hubiese tenido adónde ir, esto no habría empezado si yo hubiese tenido adónde ir. Se lo ha preguntado durante toda la vida: por qué mi padre se mató. ¿Se mató mi padre por dinero? ¿Se sentía mi padre incapaz de afrontar sus deudas, de conseguir pagarlas y salir adelante? Su madre lo consiguió con facilidad relativa: se tragó el orgullo y empezó de nuevo. ¿O su padre lo hizo porque le aterraba reconocer ante su madre que la vida que le había prometido tenía los cimientos tan débiles que se derrumbaría antes incluso de vivirla? ¿Qué porcentaje de culpa tuvo él, cuerpo de hombre que

renquea? ¿Qué porcentaje su madre? ¿Y Eva y ella? Eva, que exhibía con inocencia su casa de mil televisores ante las niñas pobres, qué alegría distinguió en ellas Alicia al reconocer las palabras de su madre, qué vidas felices les intuye pensando en la forma en que cayó Alicia y cayó Eva y cayó Carmen. De pequeña Alicia se situaba en el centro justo del salón para contemplar el exterior sin que le descubriesen: le interesaba enterarse de lo que ocurría para evitar que una catástrofe le pillase de improviso, pero no le apetecía que nada de aquello —los juegos de los niños, los paseos de sus compañeras de clase, los adultos que regresaban del trabajo— la incluyera. Que su vida transcurriera toda en ese espacio minúsculo, lo justo para dos pies de niña de once, doce, trece años; sin necesidad de comer ni de dormir, de charlar con nadie, mirando tan solo la realidad sin zambullirse en ella. Pero ese deseo lo rompió su madre, sus manos suaves de no querer nunca trabajar, la ambición de tener más de lo que corresponde y de ocultar —las bolsas de El Corte Inglés, el maquillaje comprado en viajes de fin de semana a Madrid y Barcelona— el lugar del que venía, la habitación compartida con el tío Chico y la tía Soledad, las costumbres de quien no ha tenido nada y de repente no lo tiene todo, pero casi: un zapato que estrenas el mismo día en el que afrontas una caminata; un zapato cuya hermosura te ciega pero no tapa el dolor de las heridas que te causa al andar. Ese punto justo del salón al borde de su adolescencia: ahí querría estar Alicia, en el tiempo en que le aguardaban noches sin pesadillas, chicos guapos que en sus sueños la besaban, casas inmensas que habitaba en sus sueños.

LA ALEGRÍA

MADRID, 1998

Él escoge siempre el asiento del pasillo: en el autobús, en el tren, en el avión, espera en silencio a que María se coloque junto a la ventana, y entonces imita su gesto, y se desploma. Se preocupa cuando no controla el movimiento del vehículo, y si no es quien conduce —aunque se mueva de calle a calle en el barrio se niega a la conversación durante el viaje, como si cualquier sonido que no espera le alertase de un descuido: un ronquido de alguien que se duerme al volante, el silbido de un vagón desgajándose del resto. Si María pregunta o comenta qué tiempo hace, quieres un poco de bocadillo, me parece que vamos a llegar tarde, él ruega que se calle con el índice en los labios, incluso chista aunque su ruido oculte el aviso del accidente que viene, de manera que si la distancia implica salir de la ciudad, María siempre guarda antes un libro en el bolso, un cuadernillo de pasatiempos. Con los años ella ha aprendido a callarse en esas circunstancias, aunque también se ha acostumbrado a hablar mucho en otras. Los amigos de él le comentan que se le ha subido a las barbas; tendría gracia si no fuera porque cada mañana, antes de servirse el café, se repasa el afeitado. A estas alturas, a María se le quedan cortas las metáforas: prefiere contar lo que sucede tal como sucede.

Esta tarde regresan del cine: han aprovechado el día del espectador, han caminado veinte minutos hasta la cabecera de la línea, han tomado el autobús directo a casa; Pedro viaja en silencio y le incomodan las conversaciones de los otros, porque le impiden atender a los descuidos del conductor. Cuando frena ante un semáforo en ámbar, cierra el puño y se golpea en el muslo, y al detenerse de golpe en una parada —porque una chica se ha olvidado de pulsar el timbre y avisarse le escapa un «pero hombre» que sorprende a María. No sabe si le apetece que él le proponga no bajarse varias paradas antes, sino acompañarla a casa, y cenar algo rápido, y quedarse a dormir. Ella se siente cómoda así: primero vivían separados porque él se negaba a implicarla en el cuidado de su familia, uno y otro y otro enfermos, sin apenas conocerla, y luego porque a ella le incomodaba atender a alguien a quien en realidad no le unía nada. Al cambiar el pañal de la madre de Pedro, ¿recordaría aquellas semanas primeras en las que cambió el pañal de su hija? ¿Y si se olvidaba de algunas de las pastillas con las que el hermano de Pedro evitaba una crisis? ¿Le empujaría ella a un brote? ¿Se le volvería en contra su violencia? No existe lo que se evita presenciar: Pedro dando de comer a su padre, cargando en brazos a su madre o esquivando un golpe de su hermano. Él se lo contaba con la naturalidad de quien describe un día aburrido, me desperté, trabajé ocho horas, cené una tortilla francesa, mi hermano me amenazó con un cuchillo porque hace varias semanas que esconde la pastilla a un lado de la boca y la escupe sin que me dé

cuenta, mientras mi madre se quejaba por la sensación del meado, mientras mi padre rompía un hilo de baba colgando de la boca. Al principio les visitaba algunos domingos, pero acabó por obligarle a verse sin ellos. Unos cuantos minutos de camino forzaban la distancia: padre, madre, hermano, figuras a las que terminaba reconociendo gracias a algunas imágenes; sabía que existían, pero en los relatos de él los interpretaba ella casi como a personajes de ficción, un padre enfermo y una madre enferma y un hermano enfermo, igual que en las películas.

Las conversaciones con Chico las atraviesa Carmen de puntillas, un cuerpo que nunca se concreta: Pedro tampoco la menciona nunca, e incluso le incomoda oír ese nombre en una conversación ajena, que alguien lo pronuncie a gritos por la calle. Después de la boda, Chico intentó forzar una o dos llamadas anuales, coincidiendo con visitas de Carmen a su casa, cuando él avisaba a María de la hora para que ella telefonease, y coincidiesen: Carmen le decía que seguía casada, enumeraba hijas y embarazos, logros de su marido y suyos también, por extensión. Apenas dos o tres minutos, cada vez su voz más grave, menos conocida, hasta que se esfumó, una llamada, ninguna, el silencio. De vez en cuando, Chico colaba algún detalle en la conversación: le preocupaba que Carmen no trabajase y dependiese de su marido, le contaba que todos decían que Eva se parecía a él en la forma de ser, pero que tenía cierta debilidad por Alicia, la mayor. No debilidad, precisó una vez: curiosidad. Curiosidad por la adulta en la que está convirtiéndose. No es pronto, no. A veces tengo la sensación de que retrocede meses como pasos, de que hablo con una niña que titubea porque lo desconoce todo, pero de que lo hace para tomar impulso: a la frase siguiente se transforma en una igual. Acaba de cumplir trece años y piensa como si tuviera treinta o cuarenta más, actúa así, y al mismo tiempo elige palabras que no desentonan en alguien de su edad, para llamar lo justo la atención. No le importa la soledad. Rechaza a quienes se acercan a ella. Trata con desdén a su hermana. No entiendo los motivos para portarse así, el padre trabaja todo el día para ganar dinero, tienen todo lo que quieren, y por eso mismo me pregunto de dónde sale esa actitud, y hasta dónde llegará.

—¿Cuánto llevamos juntos, María?

A María le extraña, y comprende que pretende algo más. Pedro lo sabe mejor que ella: celebra cada aniversario, nunca olvida su cumpleaños y recita la fecha de tal viaje a la playa. Veintimuchos años, contesta ella para sí, sorprendida de que modifique la actitud de siempre durante el viaje, y hable.

—Mucho tiempo, ¿no?

—Veinticuatro años.

Hay en el silencio de Pedro espacio para que María imagine: mientras él le pregunta, y ella calcula, él precisa, y con el ruido de su boca —y el ruido que enciende en la boca de María— hace que el conductor se despiste y estalle su superstición. El conductor no cae en la cuenta —es de noche—, quizá alguien cruza sin asegurarse de que nadie viene en uno y otro sentido, la fuerza de un cuerpo que se precipita contra la mampara del autobús, sangre negra hacia la alcantarilla; o quizá alguien cruza con demasiada prisa por regresar a casa o por huir de casa —un tramo poco iluminado—, un frenazo que evita el accidente fuera del vehículo, una mujer sin la fuerza suficiente como para agarrarse y no caer, la fuerza de un cuerpo que se precipita contra el suelo del autobús, sangre roja tiñéndoles los pasos. María tapa así el silencio con el que Pedro le advierte oye, es tu turno, tienes que decirme algo. Retoma el discurso que había ensayado en casa.

—Llevamos juntos mucho tiempo ya. No somos adolescentes, María. Esta situación no tiene sentido.

La luz de las farolas rebota contra la carrocería de los coches, y de vez en cuando algún destello ilumina un contenedor, a alguien que pasea un perro; afuera no hay más que noche, pero María se concentra en mirar por la ventanilla, busca algo en el exterior, no sabe qué: evita a Pedro y lo que Pedro tiene que decirle. Cada pocos días desliza la cuestión: el domingo en el bar, mientras almorzaban, a propósito de la comida que prepararían en la cocina los dos; quizá el jueves o el viernes cuando se despidan de Víctor y su mujer, y ellos regresen a la casa de ambos, y Pedro y María se abracen y vuelvan cada uno a la suya. Primero murió la madre de Pedro —mucho antes el padre—, justo un año atrás, en los primeros días del verano pasado; el hermano al comenzar enero, vencido ya por la medicación. En las noches después de la muerte, María le ofreció no regresar a casa de momento, y Pedro se instaló con ella: una maleta llena de calzoncillos, calcetines y camisas, algunos pantalones para cambiarse, la sensación extraña de acostarse juntos y despertarse juntos día tras día. A los pocos días María ya evitaba las conversaciones de antes de dormir, y madrugaba más de la cuenta a propósito. Pedro se dio por aludido, guardó la ropa sucia en una bolsa de plástico y deshizo el camino. Algunos fines de semana él forzaba la convivencia, y lo planteaba a María: ahora que él se había liberado de sus cargas, ¿por qué no se iban a vivir juntos?

En la tarta de cumpleaños de María habían escrito «¡Felicidades, Mamá!». La caligrafía la habían dibujado en letras de chocolate sobre un merengue denso, seca la primera capa al cortar las porciones. El deseo le sonó extraño, porque no lo oía desde hacía mucho tiempo; quizá a otra mujer en su situación le hubiera dañado, pero asumió que casi nadie conocía su historia y que debía achacar el error más a la ignorancia que a la mala intención. Las chicas más jóvenes de la asociación la apodaban así por su empeño en cuidarlas: si en el guiso del domingo le sobraban raciones, María las congelaba, porque sabía que a muchas de ellas no les quedaban ratos para cocinar, y cuando Elvira perdió el trabajo y le tocó dejar el piso, ella la cobijó en su casa. A María le costó adaptarse, y se prometió que nunca más ofrecería el sofá, por mucho que una compañera lo necesitara: su solidaridad se agotaba en ese punto. Sin embargo a veces se le acerca una mujer al final de una reunión, y le habla sobre una amiga o sobre sí misma, y le pregunta. María nunca dice que no.

Después de muchos años, María tiene la sensación de que ha ocupado el sitio que le pertenece: a la misma altura de Pedro. No con él, por mucho que hubiese querido, pero sí en otro espacio similar. Poco a poco se animó a levantar la mano en algunas reuniones, a evitar sentarse con el resto de las mujeres en las cañas de después: quería opinar sobre la solicitud del nuevo parque al ayuntamiento, decidir también en qué emplear el fondo solidario vecinal. Pedro incluso: todos la contemplaban con extrañeza, como si hubiera surgido no se sabe muy bien de dónde. Soy vuestra compañera, intentaba decirles María; pienso igual que vosotros, quiero hablar igual que vosotros, sirvo para algo más que para daros la razón. Se decía para sí que era mentira: a base de leer y de reflexionar sobre lo que leía pensaba mejor que ellos, hablaba mejor que ellos, servía más que ellos. A Pedro no le molestaba, se lo juró, pero sí le incomodaba que ella le dejase en evidencia ante sus amigos, que le interrumpiese, que cada vez más dijese en sus palabras lo que antes Pedro les decía en las suyas: se lo contó un domingo en la cama —él tapándose con la sábana hasta el pecho, ella desnuda sobre la tela— y subrayó «mis amigos», para que María entendiese el vacío entre ellos y ella. María le replicó. En las reuniones de la asociación, ¿dónde estaban las mujeres? Algunas se incorporan en el bar para acompañarles, recontaba ella; otras ni

siquiera asoman por allí. Pero yo no soy como ellas, Pedro. Bueno, María, eso será porque lo dices tú. Él cerró los ojos, fingió la siesta y zanjó la conversación.

Desde que Laura y ella se organizaron, lograron que la asociación les cediera el local durante unas horas cada tarde, convocaron a mujeres suficientes como para ponerse en marcha, a María le costó labrarse las nuevas costumbres: decir que no a los turnos extra que le proponía la empresa —al principio los rechazaba todos, y le tocó reorganizar su presupuesto; luego consiguió que algunas otras mujeres se sumasen al turno de atención, y se permitió aceptar alguno de vez en cuando—, almorzar muchas veces de pie aprovechando los restos de alguna otra comida, correr hasta el local para que Laura se marchase a casa. Ahora María madruga demasiado, y cada vez le cuesta más abrir los ojos, desperezarse, arrastrarse hasta el baño; el camino hasta la facultad le cuesta muchas paradas de metro, y los trenes son viejos y la línea es lenta, con averías constantes y cambios de vagón. La subcontrata la destinó hace varios meses a Ciencias de la Información, y le entretiene haber cambiado a los ejecutivos por los estudiantes: arrojan al suelo los papeles, recoge más colillas, pero existen tantas diferencias en el paisaje que María oye ahora, que incluso lo disfruta; no tanto, claro, pero sí, no le molesta tanto como debería. María no se fija en sus rostros, cara tras cara tras cara, porque a cierta edad todos los chicos y todas las chicas le parecen iguales: pero oye las conversaciones, los comentarios sobre las noticias, el entusiasmo ante las películas —en muchos casos, las mismas que ella ve: ¿lo imaginarán?—, y al menos le entretienen. Ya se acostumbrará.

María acaba de celebrar sus cuarenta y ocho años. Cuarenta y ocho, piensa: más cerca de la muerte que de la vida, comenta con Laura, y Laura se ríe de su tono trágico, tan atípico en ella. En la tarta de cumpleaños de María habían escrito «¡Felicidades, Mamá!», y Laura torció el gesto al descubrirlo, y buscó la mirada de María para advertirle que no es cosa de ella, que se han ocupado las chicas. Laura trabaja por la tarde, y por la mañana se ocupa de las cuestiones legales del grupo de mujeres de la asociación; de asesorar a una señora que quiere separarse pero no tiene dinero, de ayudar con la residencia a una chica que trabaja ahí cerca desde hace años aunque no la hayan dado de alta. Se marchó del barrio al terminar la carrera, y volvió cuatro o cinco años atrás, con la crisis, a casa de su madre. Lo repite de continuo, cuando se refiere a sí misma o a alguno de los casos que trata en la asociación: es cosa del dinero, siempre cosa del dinero. Si lo tuviésemos, no digo que nos sobrase, digo que si lo tuviésemos, nuestra vida sería más sencilla. ¿Más feliz?, le pregunta a veces María. Entrar en una tienda y comprar lo que quieras, lo que tú hayas decidido, sin hacer cuentas ni esfuerzos. María, acaba Laura sonriendo, ¿no te parece esa suficiente felicidad?

¿De qué manera explicar a Pedro que no, que no es el momento, que ahí —que aquí— en el autobús no es el momento? Cuándo, responderá él: el tono le sacude al adverbio la interrogación, lo envuelve de amenaza. Ven esta noche a mi casa, María subraya el posesivo —a mi casa, al piso cuyo alquiler pago yo, con el dinero que yo gano: eso indica el posesivo—, y lo hablamos. Aquí me suena a encerrona, Pedro. Si Pedro eleva el tono, si Pedro utiliza palabras que la dañen, María no podrá salir del autobús: no en esa zona. Una farola parpadea y la otra, en la manzana siguiente, no se enciende nunca; la calle estrecha queda trufada de portales, y ella no quiere arriesgarse. Se oyen historias sobre esas calles: alguna mujer en la asociación ha contado que a la hija de una amiga la metieron en uno de los portales a la fuerza, otra que a la altura del número veinte un hombre con una navaja se asoma con el ruido de tacones. Pedro, ya sabes que por aquí no me voy

a bajar sola, a estas horas, tan tarde. Por eso saco el tema ahora, María, le explicaré: porque de aquí no puedes escaparte, y tienes que oírme lo que te voy a decir.

Lo que te voy a decir, el momento de decirlo: Pedro lo ha calculado todo, las palabras, las cifras, las anécdotas con las que justificarse. No te hablo de casarnos, María, porque sería un chiste: cuando nos conocimos quizá sí me hubiera hecho ilusión, porque eso es a lo que aspiramos todos, por muy modernos que nos sintiésemos en aquellos años, ¿no te parece?, pero yo tenía mis circunstancias, tú las tuyas, quizá por eso nos encontramos y nos acompañamos. Ahora lo que tenemos es ya una edad, ¿a nuestra edad un vestido blanco y un banquete? ¿Estos me van a llevar de despedida de soltero? Nos vendría bien por la Renta, me lo contaron estos, pero te hablo de ser prácticos: de que es ridículo que yo no sepa hoy si dormiremos juntos, después de veinticuatro años. ¿En serio tengo que preparar una maleta después de tanto tiempo para pasar el fin de semana en tu casa? De acuerdo: no hay boda. De acuerdo: no vivimos juntos. ¿Pero qué dolor sientes al ver unos pantalones míos en tu armario? Ni el cepillo de dientes, María: ni el cepillo de dientes. Lo tengo que llevar de casa en la chaqueta, o aguantarme hasta volver, o usar el tuyo a veces.

Del discurso de Pedro, María retiene los detalles. Los pantalones de él en el armario de ella, el cepillo de ella contra los dientes de él. Él, de qué forma nombrarle: novio, pareja, compañero. «Novio» suena adolescente, incluso extemporáneo en sus primeros años; la pareja sugiere una cercanía, una convivencia, que él intenta forzar y a la que ella se resiste. María recurre a «compañero» y, cuando lo menciona, alguien suele responderle: compañero de qué, de trabajo, de clase, y una carcajada. Compañero de vida, compañero de ideas, precisa ella: siempre que puede intenta huir de la emoción. Un vestido blanco de novia, aunque se lo hubiesen prestado igual que a Carmen: un vestido blanco de novia para ella, sus arrugas y sus canas —piensa en teñírselas de un color imposible, butano o teja—; un vestido con vuelo y con encaje, ella a su edad disfrazada de tarta de merengue, la capa primera seca igual que la tarta aquella de su cumpleaños. La despedida de soltero de aquellos hombres, en qué bar organizarían qué, por un momento las manos duras de Pedro sobre la piel firme de una chica joven. En este punto del relato, la posibilidad a María la reconforta, más que molestarle.

Pedro insiste: María, míralo por el lado del dinero. Lo que importa, lo de siempre: el lado del dinero. Hoy se alarga el trayecto de regreso desde el centro, como si el autobús cruzase el río de una orilla a otra, de otra orilla a una, aunque María de vez en cuando reconoce un letrero, algún escaparate, y así cuenta el tiempo que falta hasta el piso de Pedro y hasta el piso suyo. Lo que Pedro intenta decirle a María es que si viviesen juntos ella se ahorraría el alquiler, y dejaría de tirar la nómina: le explica que comprende que es un piso antiguo, y que arrastra demasiados cadáveres —dos muertos en el dormitorio principal, el padre y la madre, ambos mientras dormían, y uno en el sofá, delante del televisor: cuando Pedro regresó del trabajo el cuerpo aún caliente de su hermano, los aplausos del público en un programa de la tercera cadena—, pero quizá pudieran hacer una reforma, y mientras se instalarían en la casa de ella. Esto que dice Pedro lo ha escrito en el reverso de las fotocopias que cuelan en el buzón, por una parte el anuncio de un electricista —Yeison, el teléfono, subraya «muy económico»— y por otra los motivos más sentimentales, por una parte un vidente africano que se ofrece para amarres y males de ojo y por otra sus argumentos económicos. Pedro conoce bien a María, y sabe que su propuesta la aceptará si le convence de que vivir juntos es la única forma de que ahorre. María, mírate las manos, quisiera advertirle Pedro: mírate la piel cuarteada de las manos, yo nunca conocí otras manos tuyas, pero con el tiempo se te han cubierto de toda la mierda de los otros, una capa y otra capa y

otra capa de la familia aquella y de la familia otra y del ejecutivo aquel y de los niños aquellos. María, tócate la espalda, quisiera advertirle Pedro: tócate la espalda que se queja de escurrir la fregona, de agacharte para frotar contra la mancha que no sale en el suelo. María no aguantará demasiado los dolores que ahora calla, y en la empresa despiden a algunas de las veteranas porque las peruanas cobran menos y trabajan más horas; la indemnización sale a cuenta por lo que ahorran en los sueldos de después. Cuando pidas una baja por enfermedad, ¿quién te dice que tu sitio no lo ocupará otra más barata? Siempre hay alguien que necesita el dinero más que tú.

Muy bien, Pedro. Reformamos tu piso, el piso de tus padres, y cambiamos la bañera por un plato de ducha, y quitamos la cocina de butano; vivimos juntos. ¿Qué sucederá entonces? ¿Qué sitio tendré? Toda la casa, María: el dormitorio, la habitación pequeña, la cocina. No, me refiero a cuál será mi posición en la pareja. ¿Me tocará explicarte adónde voy, con quién voy, por qué un día vuelvo tarde a casa? ¿Me pedirás explicaciones si ceno con Conchita y Laura, y nos quedamos charlando, y me da miedo porque es tarde, y me quedo a dormir con ellas? ¿Tendré que llamarte para evitar una bronca al día siguiente? Yo nací para casarme y tener hijos, y cocinar y limpiar la casa, y quizá para trabajar fuera mientras no trabajaba dentro; pero mi vida fue otra, y quiero mantenerla.

Por supuesto, estas palabras no suenan en voz alta. Lo piensa mientras Pedro enhebra su discurso, salta de un argumento a otro: una sola factura de teléfono y de agua y de electricidad, una parada menos de metro hasta el trabajo, ahorro en la cesta de la compra al cocinar para dos. María, igual que muchos domingos cocinas para ti, ahora cocinarías para ti y para mí. A cada palabra Pedro pierde altura, el pelo se le cae de la cabeza, se le acentúan las ojeras: María lo percibe vulnerable, fragilísimo, igual que cuando le pedía que se callase en las reuniones, que se sentase con las demás mujeres en las cañas, que le dejase hablar, que le dejase hablar. María se echó a un lado, y formó con Laura el grupo de mujeres de la asociación, y muchas noches pasa de largo cuando les distingue en el bar; entiende que Pedro necesita que sus amigos le reconozcan de otra forma, no como aquel cuya mujer —novia, pareja, compañera— le ignoró y se convirtió en su enemiga y rechazó una vida con él, sino como aquel capaz de reconducir la situación; de dominarla. No se trata de dinero, concluye María para sí; se trata de poder. De demostrar ante sus amigos —María también los confundía con los suyos— el poder que tiene él sobre María. Él insiste, gastar menos, ahorrar, lo digo por ti, lo digo por tu bien; subraya que su vida —que la vida de él— se mantendrá feliz, tal cual, con o sin ella en casa, pero la de ella mejorará, menos gastos, tus manos y tu espalda, tienes cuarenta y ocho años. Y tú cincuenta y cuatro, Pedro; te faltan dientes y te empeñas en que el pelo crezca para taparte las entradas. No le contesta eso porque se refieren a cuerpos diferentes, porque él insiste en su salud y ella atacaría a su dignidad, y no pretende herirle: Pedro no se merece el daño, aunque tampoco la victoria.

—Pedro, es una decisión importante. Me gustaría pensarlo con algo más de calma. No te puedo responder aquí, en un autobús.

Si María aceptara la propuesta de Pedro, ¿qué le quedaría? María llama «mi casa» al piso de alquiler —en ese punto miente el posesivo— en el que vive; el segundo desde que se marchó de la casa de su tía, y perdería una renta amable y una casera que reacciona con prisa ante los problemas; jamás se planteó comprar algo porque jamás ahorraría lo suficiente para una entrada ella sola, porque ningún banco concedería una hipoteca a alguien en sus circunstancias, de manera que acepta esa trampa que le tienden sus propias palabras, «mi casa», «mi piso», varias habitaciones a nombre de una mujer que regresó al pueblo y que reza para que a María le toque la

Primitiva o conozca a un buen hombre y deje el piso, y le permita subir el alquiler. Si aceptase vivir con él le tocaría deshacerse de sus muebles, o de parte de ellos; no sabría cómo mantener sus libros a salvo de los libros de Pedro. ¿Qué pareja no obliga a sus bibliotecas a convivir? María necesita conservar los subrayados, las esquinas dobladas, los billetes de autobús y las entradas de cine y de teatro entre sus páginas, para que al recuperarlos años más tarde los propios libros le cuenten el tiempo en el que se leyeron. ¿Y si exigiese a Pedro la habitación pequeña para ella? Chico apenas la visita una vez al año, con suerte; no necesita una cama para él. Quizá pueda instalar un sillón cómodo para leer allí, y no en el sofá o en la cama. ¿Qué le queda si pierde su casa que es de otra, su piso que es de otra? ¿Y si la convivencia no funciona, y una larga relación pacífica estalla por los aires al normalizarse? Normalizarse, se sorprende: a María nada en sí misma le parece extraño, por mucho que oiga comentarios al explicar que sí, que llevan juntos tanto tiempo, que viven separados, que no se plantean otra cosa. ¿Y si le molesta que él no baje la tapa del váter, que deje abierto el bote de gel? Ocurre siempre en las películas. ¿Le tocará empezar de nuevo, buscar otro piso, comprar otros muebles, aprenderse otra ruta hasta la parada de metro? ¿Merecerá la pena regresar a su parte del barrio desde su nueva casa para comprar al mismo carnicero, a la misma frutera? ¿En serio que a estas alturas tienen que cambiarlo todo? La cuestión es el dinero, se dice María, y la cuestión es el poder. Esto choca en su cabeza; fuera de ella, en el autobús, Pedro continúa su perorata sobre la convivencia, el dinero que se ahorrarán, el cuerpo de María que envejece, y se agota, y se desgasta. En la calle, allá fuera, donde María se fija, suceden otras cosas: conforme el autobús se acerca a su destino la calle se ensancha en avenida, y gana en luz —varias farolas en pocos metros de acera—, e incluso algunos bares han montado ya la terraza de verano. Me tomaría algo, piensa María, se interrumpe a sí misma; si Pedro no hubiese decidido armar esta escena ahora, le habría propuesto tomarnos una cerveza ahí mismo, pedir unas aceitunas, regresar a casa de la mano. Existe otro plano en lo que ocurre: la gente que sube al autobús escucha una parte de la conversación entre Pedro y María, baja preguntándose quiénes son. Le divierten las historias que inventarán sobre ellos: dependiendo de la elipsis —si se montaron antes de cruzar el Manzanares, después de entrar en General Ricardos—, ese chico que ha apagado su discman para prestarles atención contará que él se ha divorciado y ahora su amante se niega a formalizar la relación, esa madre con su hijo —pendiente del berrinche del niño, que ha opacado parte del monólogo de Pedro— no entenderá que María se niegue a ahorrarse parte del alquiler. El dinero, el poder: esto choca en la cabeza de María, que en un principio interpretaba que Pedro se refería al amor y al afecto, a la compañía, a la intención de depositar en ella los cuidados que antes había reservado para su familia. ¿Era ella ahora su familia? ¿Quién era la familia de María?

De inmediato menciona dos nombres: Chico y Pedro, claro. Con sus hermanos mayores apenas mantiene más contacto que una llamada por su cumpleaños y otra por Navidad, y con Soledad algo se rompió cuando todo se rompió con Carmen: como si se sintiese culpable por no haber podido evitar que sucediera con ella lo que sucedió con María; como si sintiese que Carmen era su responsabilidad, y que había fallado. Se llaman, se cuentan, Soledad la ha visitado, pero su hermana le habla siempre como pidiéndole disculpas. Otros dos nombres más: Laura, Conchita. Las mujeres de la asociación más cercanas a su edad: Maribel, que sabía de Carmen, y Mercedes. Algunas de las muchachas jóvenes, que la apodaban Mamá y la escuchaban recomendar libros y películas; incluso Elisa, que a las pocas semanas le confesó —avergonzada— que pensaba que mentía, o que les engañaba, porque nunca imaginó que una limpiadora entendiese aquellas

historias. De una forma casual —aparecieron en un almuerzo, en una reunión, esperando a pagar en la zapatería— ha tejido María una red en la que apoyarse cuando enferma, cuando necesita la opinión de otra persona.

La cuestión no es la familia, ni el amor: es el dinero. Pedro gana más que ella, aunque no mucho —los titubeos al pedir otra caña en el bar los comparten—, y tampoco hubiera podido comprar por sí mismo el piso en el que vive. Lo ha heredado porque sus padres se instalaron en el barrio cuando nadie lo recomendaba, y costaba barato, y los dos trabajaban. El hermano de Pedro murió y Pedro sobrevivió a todos —compradores, propietarios, usufructuarios—, así que él heredó aquel piso interior, minúsculo para cuatro y suficiente para uno o dos. Un golpe de suerte: una casualidad que le brinda cierta ventaja —cierto privilegio— con respecto a María. ¿De qué argumentos dispone María para negociar? ¿Su generosidad es un argumento? ¿Su cuerpo es un argumento? ¿De qué manera explicar a Pedro que la forma en que él se ofrece a cuidarla no es la forma en que ella quiere que la cuiden?

—¿Qué quieres conseguir con esto, Pedro?

—No te entiendo. ¿Crees que quiero conseguir algo? Lo hago por ti. Todo esto lo he pensado para ti.

—Tengo la sensación de que sí. ¿Quieres demostrar algo a alguien? ¿En serio lo haces todo por mí?

—María, has cumplido una edad y no puedes seguir comportándote como una adolescente. Lo que haces lo haces sin pensar en las consecuencias. Unas veces te arrastra a ti, sin más, pero otras afecta al resto. Con dieciséis o diecisiete años tenías una excusa, pasase lo que pasase; pero no puedes actuar en la vida como si estuvieses sola. Ahora estás conmigo: estás conmigo desde hace años y años. ¿Me borrarás a mí también como has borrado al resto? No somos una nota escrita a lápiz en un cuaderno: no basta con un gesto para que dejemos de existir. Estamos aquí. Tu hija, tus nietas. Tus hermanos. Yo.

—Pedro, déjame salir. Me voy a bajar. Prefiero volverme sola a casa.

—Esta no es tu parada, María. No es mi parada, ni siquiera.

María se incorpora, y espera de pie a que Pedro se levante, al menos a que mueva las piernas para que ella se desplace. Ambos se retan mientras el autobús avanza; María estira el cuerpo para pulsar el timbre, y avisar al conductor de que se baja en la próxima. Por fin, Pedro cede; apenas la palma de una mano para que María intente salir.

—Hablamos mañana, Pedro. Mejor mañana, más tranquilos.

Pedro no le responde. A María le suena esa parte del barrio, de bloques algo más altos que el suyo, con las fachadas sucias: de nuevo atraviesan un tramo de calles con poca iluminación, pero la avenida queda a pocos metros, así que volverá a casa sin acelerar el paso ni mirar atrás para comprobar que nadie le sigue. Cuando el autobús se detiene, María no calcula la distancia entre el vehículo y la acera, y su pie derecho choca con el bordillo. María cae —carne, huesos, canas, arrugas—, se levanta como puede, tranquiliza a la mujer que ha corrido para ayudarla desde la última fila del bus. Unos pasos después se lleva la mano a la barbilla, y nota la sangre abriéndose paso. Mientras la empapa con un pañuelo, el autobús se aleja, y se fija en Pedro dándole la espalda.

¿Se parecen a mí? A María le desborda a veces el impulso de preguntárselo a su hermano: ¿alguna de ellas se parece a mí? Al pensar en las hijas de Carmen —¿cómo utilizar la expresión

«mis nietas», si no forma parte de una familia que la ha expulsado?— a María le basta con asomarse al espejo: les asigna los ojos grandes y claros, el mentón dominando el rostro, el pelo grueso y casi rubio en los meses de verano, la piel tan blanca que revela el camino exacto de la sangre. Cuando a Eva le ponen las vacunas, ¿alabarán las enfermeras lo sencillo que resulta identificar las venas en el brazo? En las vacaciones en la playa, ¿se refugiará Alicia bajo la sombrilla por el riesgo de quemarse? ¿Jugarán las dos bajo el sol, los rayos desplomándose contra su carne tierna? Chico le ha contado que una de ellas, la mayor, huye del contacto con los demás, y la pequeña toma de la mano a los desconocidos; estos gestos le acercan a Eva, pero quisiera conocer a Alicia para entender mejor lo que Chico le confía sobre ella. Si al visitarla su hermano le propone mostrarle alguna fotografía de las niñas, o si por teléfono le anuncia que quizá le envíe una imagen de la comunión de una, del baile de fin de curso de la otra, María le pide que no: prefiere ignorar qué aspecto tienen, le basta con ese rato de imaginación frente al espejo, sus ojos en el rostro de Eva, su melena en la de Alicia. Si no las veo, nunca existirán; si algún día una de ellas quiere escuchar mi versión de la historia, me encantará contársela, pero no voy a molestarles.

María abre la puerta de casa; los nervios impiden que acierte con la llave en la cerradura. El camino peldaños arriba lo acompañaba el rumor de un timbre de teléfono; piensa que quizá en su casa, piensa que Pedro para disculparse, se plantea no responder. Al otro lado de la puerta se asegura: lo que suena es su teléfono. Ella se demora, y mientras la llamada se prolonga hasta agotarse; apenas medio minuto y de nuevo alguien insiste. María lo oye desde el cuarto de baño, se desinfecta la herida —ahora le tocará bajar al portal, repetir el camino para asegurarse de que no ha marcado su trayectoria con un reguero de gotitas de sangre—, piensa en que quizá mañana debiera acercarse al ambulatorio para que la curen, y evitar una infección. Alguien insiste, telefonea una vez más, María se queja en voz alta y tira la toalla. Con parsimonia camina hasta el salón, descuelga: la voz de su hermano.

—Menos mal, María. Óyeme. Llevo toda la tarde llamándote. Menos mal que me respondes. No debería, pero tengo que contártelo. Ha pasado algo espantoso.

LA NOCHE

MADRID, 2018

Los pasajeros se agolpan en la estación de metro. A Alicia le cuesta atravesar los tornos; no se trata de que pasen llenos los trenes hacia el centro, sino de que tanta gente se baja en Atocha Renfe que le cuesta alcanzar el vagón. Maldice a su compañera, que le pidió que le cubriese un rato —una hora primero, luego dos o tres— porque la amiga que se quedaba con los niños le había fallado, y ha obligado a Alicia a salir del trabajo más tarde de la cuenta. Había oído lo de la manifestación, había visto por la mañana a las mujeres en la cuesta de Moyano, pero no imaginaba que le afectase a ella: nada más pretende regresar a casa de una vez, comprar algo en el súper para cenar, que nadie la moleste. Ninguna de las compañeras de otras tiendas ha faltado al trabajo, una mujer se acercó al mostrador para entregarle un folleto —«¡ESCUCHEMOS LA VOZ DE LAS MUJERES!»— que Alicia arrugó y tiró a la basura. Se cruza con chicas muy jóvenes, con la cara pintada, y pancartas, y camisetas de color morado; algunas de la mano, algunos chicos con ellas, chocan mientras Alicia intenta ocupar un sitio en el andén. Varias de ellas desprecian su rumbo contrario, no hacia el exterior sino buscando la línea azul a Gran Vía, luego la línea verde a Canillejas, luego el sofá de su casa. Ella no siente especial curiosidad por lo que ocurre arriba, pero hay un momento en el que decide retroceder, unirse a ellas, salir del metro y caminar hacia Atocha. Algo la conduce hasta ahí. Desde la puerta de la estación intuye más pancartas, globos de color violeta, alguna consigna por los altavoces. Una chica del brazo de otra chica le adelanta: estoy emocionada, le confiesa. Al reprimir la carcajada, Alicia la transforma en un bufido.

Avanza sin saber muy bien adónde. La razón le animaría a retroceder hasta Menéndez Pelayo o Palos de la Frontera, y conectar en algún punto con la línea verde, o incluso acercarse a Acacias o a Puerta de Toledo para evitar transbordos; el paseo no le apetece, pero tampoco le molesta. Ha caminado hasta la rotonda: a uno y otro lado, más gente que llega, gente que no se mueve porque la cabecera de la manifestación retrasó su salida, o porque hay más gente de la cuenta. Alicia nunca se ha movido bien en grupos de más de cinco o seis personas; se agobiaba en las fiestas, cuando el amigo de alguien se sumaba a su grupo en el bar fingía dolor de cabeza y regresaba pronto a casa. Gente a la izquierda, a la derecha; por todas partes puños. ¿Recuerda Alicia el momento en que se marea y cae? Es incapaz de describirlo: el golpe de su cuerpo contra el suelo. En la caída la amortiguan un cuerpo, otro cuerpo, choca con unas y con otras, al final se desploma sobre la calzada. No ha perdido la consciencia, ni siquiera ha cerrado los ojos: cabezas, camisetas, pantalones, zapatillas, luego el gris sucio del suelo, luego un vacío en torno a ella. Varias mujeres le ofrecen su mano, pero una de ellas —la más mayor— no espera a que responda; la agarra por

las axilas y tira de Alicia. Como no lo consigue, vieja ilusa, una adolescente que la acompaña —intuye que su nieta, aunque Alicia no encuentra un solo rastro de la anciana en la joven— la sustituye, y entre todas logran que se reincorpore. Hasta ahora Alicia se había cruzado con muchas chicas jóvenes, alguna de su edad, pero el grupo que le rodea sirve como excepción: la mayoría tienen cincuenta, sesenta, más. La vieja —sesenta y tantos años, el pelo teñido, corto como el de un hombre— le pregunta si está bien mientras le ofrece un botellín de agua demasiado caliente, y le pregunta también si espera a compañeras suyas. Alicia se fija en la camiseta de la chica, «LAS MUJERES DE PAN BENDITO... ¡UNIDAS!», Comic Sans en blanco sobre fondo violeta. Contesta que no, que se va para casa; que no salió hasta ahora del trabajo, y que se asomaba por curiosidad.

«¡Menos curiosidad y más sororidad!», oye a su espalda. Tiene la vieja un gesto amable, una verruguita oscura en la barbilla: Alicia identifica en ella algunos de los ecos —las consonantes que se esfuman, las vocales que se abren— que a ella tanto le costó neutralizar. Puedes quedarte con nosotras, le ofrece, mientras Alicia no deja de fijarse en su barbilla; no en la verruga, sino en la barbilla.

Una mujer cae al suelo. Había avanzado unos pasos mareada, agarrándose al brazo de una chica que charlaba con su grupo y le daba la espalda, al hombro de un muchacho que sostenía una pancarta, y al fallarle las piernas y derrumbarse la mujer ha rebotado en varios cuerpos. Las demás mujeres reaccionan sin darse cuenta, se apartan, al chocar la mujer con el cemento se alejan de ella; el cuerpo, la caída, la debilidad, han generado una onda expansiva. María se adelanta para ayudarla a levantarse; no puede ella sola porque la mujer pesa demasiado, así que lo intentan entre ella y una de las jóvenes. Lo consiguen, porque la mujer se espabila y pone de su parte. Estás bien, toma algo de agua, esperas a compañeras tuyas: María encadena las preguntas. Quizá hubiese caminado desde otro barrio, como ellas, varias horas en grupo desde el sur de la ciudad, incorporándose a otras mujeres de otros distritos, y se haya quedado rezagada, sin batería en el teléfono, y no logre dar con el resto.

En la asociación les pareció una idea hermosa: no una convocatoria directa en la estación, sino un camino de todas desde el mismo barrio en el que viven y por el que trabajan, sumándose a otras mujeres a las que no conocen, pero con las que comparten horas en asociaciones, rellorando formularios, buscando soluciones para los problemas de las demás. Así lo explicó Laura cuando informó al resto: saldremos de aquí, de la plaza, de la misma plaza en la que desde por la mañana repartiremos panfletos, y explicaremos qué pedimos a todas las mujeres que se acerquen, y a las que no se acerquen, y a los hombres que quieran escucharnos. Podemos impartir talleres de empoderamiento, sugirieron desde el grupo joven, y a María le pareció que quizá la palabra expulsase a algunas mujeres del barrio, poco acostumbradas a ciertas expresiones; por lo general, María tenía la sensación de que muchas veces sus mensajes omitían a las mujeres del barrio, a las mujeres mayores que ya necesitaban no cuidar sino que las cuidasen, a las mujeres inmigrantes, a las mujeres gitanas, a aquellas cuyos cuerpos no quedaban bien en las fotografías de las actividades que se compartían en las redes. Pero después de todo, pensó, al final también esto tenía que ver con el poder, y tenía que ver con el dinero. Alguien tenía que conseguirlo, que asegurárselo, para repartirlo después entre todas.

La mujer le responde que no, que para regresar a casa debe llegar al metro; al hablar se esfuerza por pronunciar cada sonido, por no apartar un solo plural, por no fallar en un participio,

avergonzada de su acento. Al contar esto, varias chicas del grupo le abroncan, rechazan su actitud; pero para entonces María ha dejado de escucharla, y se fija en ella: la cara palidísima, que quizá pudiesen achacar al mareo, los ojos minúsculos y oscuros, el físico de quien ha dejado de preocuparse por sí misma; la carne generosa y flácida, el mentón plagado de granitos, algún pelo de la barba. Por un momento María piensa: el mentón. Los ojos no son los que guardan mi memoria, primero los de él, luego los de ella: qué diferente habría sido mi vida si nunca los hubiera visto. No se trata de una niña: la mujer que le devuelve la botella de agua ha cumplido ya los treinta y tantos años. La mujer insiste en marcharse, le agradece la ayuda; nota en su voz cierta prisa, cierto nerviosismo. María fuerza un último intento no para que permanezca con ellas, sino para que le brinde algún dato más: la edad exacta, el nombre, el origen que procura tapar. Me llamo María, ¿y tú?, y de esta forma intenta conocer al menos su nombre. Quizá se llame Alicia o Eva; por la edad debería ser Alicia, aquella niña tan inteligente y tan arisca sobre la que le habló Chico, la que peor reaccionó ante la muerte del padre. Sin embargo, en el dedo anular de la mano derecha María identifica una alianza; Chico se lo habría contado, al menos eso se lo habría contado, cree, por mucho que ella durante tanto tiempo se haya negado a saber nada. Que ella sepa, ninguna de las hijas de Carmen se ha casado. La mujer detiene su paso, se gira de nuevo hacia María; no contesta. María le sonrío, se despide; le desea buena suerte. En cierto modo, se la garantiza también a ella. Respira con cierto alivio: no, no es Alicia, no es Eva. Se ha confundido, sin más.

¿En serio? En el mentón de la anciana ha creído reconocer el suyo que tanto le incomoda: Alicia, se lo advierte a sí misma, no le des más vueltas. ¿Cuántas barbillas moldeadas con desgana se ha encontrado durante todos estos años? Alicia ha identificado muchos mentones así, bastos, y no se le ocurrió que le uniese a ellos más que cierta jugarreta en el físico. Mientras camina sin rumbo, Santa María de la Cabeza abajo —terminará asomándose al río, en la otra punta de la ciudad—, Alicia se esfuerza por imaginar esa escena en la que su padre casi adolescente convence a su madre adolescente, ella sí, de que quizá poner a su hija el nombre de la mujer a la que odia no se trate de una buena idea: Alicia se hubiese llamado María de haber impuesto su madre su intención. Si lo fuese, el bebé de sus pensamientos debiera llamarse Carmencita, el nombre de la mujer que destrozó su vida: monstruo avaricioso, la ropa que vestía y la comida que comía las pagó el padre de Alicia con su sudor y con la sangre que todas las noches le mancha el traje en sus sueños. Habría estado bien la vida de Alicia: educación de pago en un buen barrio, universidad de prestigio, trabajo garantizado en el negocio familiar. Ahora en qué consiste, se pregunta mientras se acerca a un tipo que consulta su móvil sentado en un banco del paseo, si no le hace caso no le quedará más remedio que bajar a Marqués de Vadillo, a ver qué encuentra. Es lo que necesita ahora: otro nombre, una profesión distinta, pasarlo bien durante un par de horas, ya se inventará alguna excusa para Nando. Alicia repite, repite, repite: seas quien seas, vieja, para ti no soy nadie. Bórrame como si me hubiesen escrito a lápiz en el margen de las ofertas del supermercado: un gesto, y ya no existo. Vieja, tu acento, tu barbilla: no existo.

Para cuando Alicia abre la puerta de su casa, Nando ya ronca tumbado en el centro mismo de la cama, desplegadas las piernas y los brazos desplegados, como señalándole el rumbo: fuera de aquí. Alicia primero aprovechó que su compañera se retrasara, y le mintió: envió a su marido un whatsapp para contarle que no había encontrado a nadie que cuidase de sus hijos, y que le había pedido por favor que le sustituyera. No te pases de buena, recordó Nando; si aceptas una vez, ¿qué

le dirás las próximas? Hoy por ti, mañana por mí, contestó Alicia, y un emoji prodigioso en el que le enviaba un beso y un corazón al mismo tiempo. A las diez de la noche ya debiera haber respondido, sales a tu hora, cuándo sales, cómo estás, va todo bien, te recojo en el metro. A las doce apagó el móvil, para que ni siquiera se iluminase la pantalla cada vez que Nando le llamaba. Alicia no sabía de qué forma mentir: olía a alcohol y esperaba que no a vómito, apenas dos arcadas en el váter. La mujer se desnudó e intentó aprovechar un hueco mínimo a su lado. Él se dio cuenta: se apartó, y cedió la mitad del colchón. Alicia, la segunda vez que viniste a casa. ¿Te acuerdas? Sí, contestó ella. Te pedí que me trataras con cariño. Era tu parte del trato, y no la estás cumpliendo.

Esa chica que se ha caído en Atocha junto a nuestro grupo, piensa María. Qué extraño: al principio me llamó la atención su forma de hablar, escondiendo el acento; se notaba la manera en que forzaba la *ese*, la *de*, y me apenó que se avergonzase de esa forma del lugar del que viene. Pero después me fijé en el mentón, la misma forma desganaada del mío. Calculé la edad y pensé en que podría ser mi nieta mayor. No sé nada sobre ella: yo misma pedí a mi hermano que no me contase, que no me enseñase fotografías. Nunca la he buscado, pero de repente: quizá justo hoy, de repente, teníamos que encontrarnos. María escuchó a sus compañeras, intentó distraerse. Tardaron horas en alcanzar el final de la manifestación, y para cuando los grupos de mujeres de los barrios más lejanos del centro desembocaron en Plaza de España, las luces y la música ya se habían apagado. Muchas de ellas se quejaban del cansancio, del dolor; otras insistían en que ni siquiera debían usar el transporte público. María les contó: yo trabajé aquí al lado varios años, en un piso, sirviendo a una madre y a una hija. La madre se me murió a mí, estando sola con ella, el día del entierro de Franco, con la hija en el Valle de los Caídos. ¿Y qué pasó, María? Nada. Aguanté unas semanas más y dejó de necesitar me. Las más jóvenes regresaron caminando, varias horas en volver a casa. María, Laura y algunas más subieron hasta Argüelles para coger el metro; huelga de consumo, vale, pero no que la huelga me consuma a mí, se quejaron. Si lo fuera, se preguntó María, ¿estaría yo dispuesta a cambiar la vida que tengo por alguien a quien no conozco? María piensa en el día de hoy: tiene que valerme con el día de hoy. Y cuenta las paradas que restan hasta llegar a casa, convencida de que no, está segura: no.

María cierra la puerta de su casa: enciende la luz y se demora en recorrerla, habitación a habitación. Al renovar el último contrato bromeó con su casero, el nieto de la mujer que le alquiló el piso: cuando lo enseñes al próximo que lo quiera alquilar, podrás contar que la anterior se portó tan bien que la dejaste morir aquí. Él lo encajó como pudo, añadió: dentro de muchos años, mujer. Duerme su perra en el salón, anciana y cansada como ella; decidió llamarla Leidi. El sofá lo ha retapizado varias veces, y la televisión la cambió las pasadas navidades, un capricho; el dormitorio permanece tal cual desde hace años, décadas, sin un solo adorno sobre la mesita de noche. En el salón montó estanterías para su biblioteca: le enorgullece pagar sus libros, exhibirlos ante quien entra en su casa. Cada vez tiene peor la vista, y sufre con la tipografía demasiado pequeña. Todo lo que ha ocurrido, ¿mereció la pena? Todo, desde el principio: sin obviar nada. El día de hoy, por ejemplo: hasta regresar a casa, cerrar la puerta, encender la luz del salón. El alquiler de su piso minúsculo. Su sofá. Su estantería. Su televisión. María se sienta en él un rato a descansar.